



HISTORIA POLITICA DE LA ESPERANZA

CARLOS DEL FRADE



HISTORIA POLÍTICA DE LA ESPERANZA.

Carlos del Frade

Rosario, abril de 2008.

delfradec@ciudad.com.ar

Indice

Prólogo

Memoria, patrimonio e identidad.

La falsificación de la historia y el presente.

De la Tierra Sin Mal a la Marcha por la Vida.

Artigas y San Martín, el proyecto del siglo XXI.

De Cavallo a Belgrano.

De Saavedra a Duhalde.

Santiago del Estero y el encubrimiento.

El billete de cien pesos.

Voces.

Fútbol, historia y futuro.

Memoria esperanza

Epílogo.

Bibliografía consultada.

Prólogo

¿Qué es la Argentina para cada uno de nosotros?.

¿Qué es la Argentina para las pibas y pibes menores de treinta años?.

Quizás la Argentina sea la descolorida metáfora de la camiseta de la selección de fútbol.

Aquella que cada cuatro años nos hace sentir que formamos parte de algo colectivo.

Una sensación de pertenencia a algo superior a lo individual cada cuatro años.

Muy poco, muy amarrete para con cada uno de nosotros mismos.

La Argentina es lo que se cifra en esa canción que cada día se entona con menos ganas, el himno nacional.

Es ese lugar, ese proyecto que promete vivir con gloria siempre y cuando seamos capaces de construir en el trono de la vida cotidiana la noble igualdad.

Pero para eso habrá que completar lo iniciado en mayo de 1810.

Ahora que estamos a dos años de cumplir doscientos años de aquel inicio, no es mala ocasión para preguntarnos a qué distancia estamos de aquello que quisimos ser.

Y algo más, ¿se sabe qué quisimos ser?.

De allí la necesidad de profundizar en la historia no para saber lo que pasó, sino para descubrir el sentido de lo colectivo, el por qué vale la pena enamorarnos y parir hijos en la Argentina.

¿Dónde está la esperanza del sueño colectivo inconcluso?.

De eso se trata este libro.

Un recorrido que va desde las palabras a los mitos de la crónica existencial argentina en clave de presente y con el deseo de contribuir a darle sentido a la palabra futuro.

Para que la palabra futuro no le meta miedo ni a los pibes ni a nuestros viejos, ni a nosotros.

Porque recuperar la Argentina también significa recuperar las palabras.

Hacia 1975, decía la UNESCO, cada argentino manejaba ocho mil vocablos.

Treinta años después, la misma fuente indicaba la consecuencia del saqueo: cada argentino maneja ochocientas palabras.

Diez veces menos.

Y cuando uno no habla con sus propias palabras, cuando no puede decir lo que siente, lo que quiere y lo que no quiere, se convierte en un no dicente, en un a-dicto, y esa primera adicción, hija directa del proyecto de ingeniería social y política que quiso desaparecer la conciencia colectiva y solidaria del pueblo argentino, deriva en otras adicciones. De allí que la pibada al no tener en qué creer ni tampoco poder expresar lo que necesita, llena su angustia con las armas químicas que el sistema viene preparando para que no vuelva a existir una generación revolucionaria. La democratización del narcotráfico no solamente es un negocio fenomenal, sino también una profunda herramienta de domesticación social al servicio de las minorías que siguen manejando el país a su imagen y semejanza.

Por eso hay que insistir en que existe un por qué enamorarnos de la Argentina.

Una serie de imágenes, falsificaciones, ocultamientos que, en realidad, devuelven el protagonismo y el desafío al presente.

Si una vez se pudo, por qué no volver a intentarlo.
Desde la democracia pero con voluntad de transformación.
Para “descontentar” al privilegio de unos pocos, como decía Mariano Moreno.
La rebeldía es sinónimo de salud mental.
Y hay una crónica política de esa rebeldía.
Fragmentos de esa evolución contestaria está en estas líneas.

La historia personal le da sentido al presente de cada uno.
Sepultar la memoria es debilitar el hoy.
Por eso el sistema es experto en destruir los puentes entre las distintas generaciones.
Que las nuevas camadas de argentinos no sepan que pueden ser continuadores de una epopeya. Porque a las minorías les conviene miles y miles de pibes convertidos en delincuentes antes que en militantes sociales o políticos con ideas de cambio.

Esta “Historia política de la esperanza” es un conjunto de informaciones que generan conciencia sobre el país que somos y, al mismo tiempo, despiertan indignación, rebeldía y nutre de sentido a la práctica cotidiana.

La Argentina es el mandato de nuestros viejos.
La dignidad de varias generaciones que pelearon y pelearon para que la felicidad sea propiedad de todos y no la propiedad privada de algunos.

Por eso esta “Historia política de la esperanza”, para volver a pelear por lo que se quiere, para no vivir lo que no queremos.

Carlos del Frade.
Rosario, abril de 2008.

Memoria, patrimonio e identidad

La palabra memoria apareció en Europa entre los años 1220 y 1250.

Venía del latín membrar, remembar.

Aquello que estaba rodeando al corazón.

Por eso recordar es volver a pasar por el corazón.

Otras acepciones latinas como memorare sugirieron palabras españolas como remendón.

En 1734, cuando el imperio español comenzaba su decadencia frente al avance inglés, la palabra memoria sufrió una síntesis.

Empezó a hablarse que la cuestión de recordar era cosa de memos.

Y los memos se convirtieron en los lelos. En los tontos.

Hacia fines del siglo XVIII cuando la sombra de Napoleón se agigantaba y el imperio inglés ya desplazaba a los españoles, recordar la vieja gloria peninsular era cosa de memos, de lelos, de tontos.

Por eso muchos dicen en la Argentina del tercer milenio que hacer memoria no tiene sentido.

Que es una tontería.

Porque la memoria, en definitiva, suele ser revulsiva para los sectores del poder por dos razones fundamentales.

Una de ellas es que distingue quiénes son los multiplicadores del dolor del presente y quiénes fueron sus socios, antes y después.

Y por otro lado, la memoria también aloja los sueños colectivos inconclusos, aquellos proyectos que pueden enamorar a las nuevas generaciones con la idea del futuro que todavía espera realizarse desde mayo de 1810.

Un país libre y con un pueblo feliz producto de la distribución de la riqueza como consecuencia de un estado que enfrente a la riqueza acumulada en pocos y en unidad con los otros pueblos de Sudamérica, como decían Moreno, Belgrano, San Martín, Artigas y otros.

En griego, centenares de años antes de Cristo, la palabra memoria era sinónimo de verdad.

Sin memoria no hay verdad.

La mentira, entonces, es cuestión del olvido.

Y mucho antes que los griegos y los europeos, en estos arrabales del mundo, los guaraníes incorporaban la memoria al significado de la palabra aguyje, plenitud.

Sin memoria no hay plenitud.

Así pensaban los pueblos originarios de lo que después se llamaría la Argentina.

Sin embargo, para muchos de los sectores de privilegio, memoria está lejos del concepto griego y ni hablar de la profunda y bella definición guaraní.

Para esos nichos de poder, memoria está vinculada a una cuestión de lelos.

A aquello que terminó significando cuando el imperio español comenzaba su decadencia y entonces no hacía falta recordar lo que alguna vez fue.

No sea cosa que en ese ejercicio se encontraran a los responsables.

En tanto la palabra patrimonio remite a bienes, herencia y pertenencia.

Apareció en el año 1132 y proviene del latín pater.

Hacia 1490 el patrimonio se emparentó con la palabra patrón.

En el segundo cuarto del siglo XV, el vocablo patrimonio se relacionó con la patria, la tierra de los padres.

En 1330, patrimonio significó lo heredado de los padres.

Pero ese conjunto de bienes físicos o materiales también incluía los espirituales, los culturales.

Por su parte, la palabra identidad deriva de idem y surgió en el siglo XVII. En latín, idem es el mismo, lo mismo.

Hacia 1440, apareció identitas.

Para los diccionarios de sinónimos, la identidad es coincidencia, semejanza, uniformidad.

¿Qué es lo que hace coincidir a los argentinos entre sí?

¿Qué es lo que hace semejantes a los argentinos?

Pero para recuperar la memoria, el patrimonio y discutir la identidad primero es necesario saber cómo fue contada la historia del pueblo argentino.

Cómo fue falsificada la crónica existencial del pueblo argentino.

La falsificación de la historia y el presente

La mentira está dentro nuestro.

Desde el Himno Nacional.

Censurado y mutilado.

Su música original, pensada para alentar a los soldados y gauchos, negros e indios en la lucha por la liberación nacional continental era más parecida a la versión de Charly García que a la que se entona cada vez con menos fervor en los patios de las escuelas o en los lugares públicos.

Pero no solamente la música de Blas Parera tuvo que sufrir modificaciones.

También la letra escrita por un muchacho de veinticinco años, Vicente López y Planes.

Hay una estrofa jamás cantada:

“Se levanta a la faz de la tierra

una nueva y gloriosa nación

coronada su sien de laureles

y a sus plantas rendido un león”.

El león era el símbolo del imperio dominante del siglo XIX, Gran Bretaña.

Una nueva y gloriosa nación, escribía aquel muchacho de veinticinco años.

¿Qué muchacho de veinticinco años en este crepuscular inicio del tercer milenio se animaría a sentir y escribir algo semejante?.

Lo cierto es que aquella estrofa nunca fue cantada.

Alguien imaginó que semejante gesto de autoestima iba a caerle muy mal a los dueños del mundo de entonces y decidieron mutilar y censurar el himno.

Letra y música modificadas.

Un orgullo desfigurado.

¿Por qué?.

La mentira está dentro nuestro.

Y hace algo con nosotros.

Miramos desde la mentira.

Hacia atrás y hacia adelante.

Difícil reconocer, entonces, el punto de vista.

El punto de partida resulta un lugar sinuoso.

Las palabras que pronunciamos suele incluir el punto de vista del dominador, del explotador.

Cuando, en realidad, las mayorías formamos parte de los explotados, de los dominados.

Palabras llegadas a estos arrabales del mundo hace siglos y que hoy se mantienen en nosotros.

Aunque con un significado contrario, distinto.

Hecho a imagen y semejanza de lo que no somos.

A imagen y semejanza de las minorías.

El investigador Rodríguez Mola en una edición especial de la revista "Todo es historia" sobre la negritud en la Argentina, contó los resultados de uno de sus estudios.

La palabra quilombo significa desorden, caos, reunión sin ningún objetivo.

Sin embargo en dialecto kimbundú, la lengua de los negros angoleños que poblaron el territorio que luego se convertiría en el Virreynato del Río de La Plata en 1776, significaba asamblea, una reunión que tenía el objetivo claro que decidían sus integrantes. Los negros esclavos.

La palabra mina que en el argot del tango remite a una mujer de estatura espiritual siempre menor a la pareja, la hermana y ni hablar de la madre y que refiere a una compañía esporádica y sin mayor trascendencia significa, sin embargo, compañera amada, siempre en el kimbundú original.

O catanga que hasta este siglo XXI es sinónimo del bicho de mal olor, en su acepción primaria quiere decir perfume.

Cafúa que en el lenguaje lunfardo es cárcel, en realidad significa hogar.

Palabras que llegan hasta el interior de los argentinos del tercer milenio pero con los significados inversos a la verdad etimológica.

Con el sentido exacto que le daba el dominador, el explotador de los negros.

La palabra mandinga que pobló gran parte de la literatura gauchesca es la expresión del mal en la Tierra.

Sin embargo quiere decir selva, oscuridad, la posibilidad de la libertad para el negro esclavo.

Y por eso representaba el mal supremo para el patrón porque era la independencia de su fuerza de trabajo gratuita que era el esclavo.

Pero hay una palabra que mantiene el sentido original.

Mucama. Que en kimbundú quería decir esclava.

A fines de 2004, el Ministerio de Trabajo de la Nación ratificó que el mayor nivel de evasión patronal se da en el empleo doméstico. Las que más sufren son las mujeres, las llamadas mucamas.

Si las palabras han viajado cuatro siglos en el interior de los argentinos e invirtieron sus significados es porque un grupo quiso que se mirara el mundo de acuerdo a cómo se hablaba de las cosas del mundo.

Y si el mundo se dice y se mira desde los ojos del dominador, desde el punto de vista de las minorías, es muy difícil que las mayorías adquieran una visión real de sus propias necesidades y de su concreto lugar de existencia.

De la Tierra Sin Mal a la Marcha Por la Vida

Los primeros pobladores que llegaron al Litoral argentino fueron los guaraníes del Amazonas.

Ellos buscaban la Tierra Sin Mal.

Los karai, los sacerdotes jefes de la comunidad, dijeron, hace unos tres mil años atrás, que el lugar estaba al oeste.

Hacia 1539, los tupí guaraní llegaron hasta las tierras peruanas. Fue una peregrinación de diez años. Quedaron trescientos de los dos mil caminantes originales que partieron de la selva esmeralda.

“La Tierra Sin Mal es la edad de oro si se quiere, pero no anunciada desde un pasado remoto. Es una tierra prometida en la tierra y que sin embargo no es un reino sino, por el contrario, la abolición de toda forma de poder”, dijeron mucho después los antropólogos.

Un paraíso para los vivos.

Para los que tuvieron el valor y la constancia de observar la vida de los antepasados y que guiados “por el poder privilegiado del chamán hayan descubierto el camino hacia él. La búsqueda de los guaraníes duró cuatro siglos. La Tierra Sin Mal, al lado del Paraná, era el lugar donde se iba a vivir en justicia”, cuentan los estudiosos.

Tres milenios después la Tierra Sin Mal sigue sin ser.

El proyecto de los habitantes guaraníes era tierra, libertad y justicia.

Marchaban alentados por ese proyecto y se hacía en el camino y los hacía ser lo que eran.

Una nación con un proyecto de estado.

En la búsqueda de un pueblo, un estado que se define a favor de la decisión de sus integrantes.

- El corazón le va a poner fuerzas a tus pies - le dijo una nenita de abuelos guaraníes al coordinador de Los Chicos del Pueblo, organizadores de La Marcha Por la Vida que comenzó el 28 de octubre, en Puerto Iguazú, y terminó el 8 de noviembre de 2000, en la Plaza de Mayo.

Tres mil años después de los primeros pobladores del Litoral, ocho de cada diez chicos no tienen zapatillas ni tampoco para comer cuatro veces al día.

Todavía no lograron La Tierra Sin Mal.

Pero la siguen buscando.

“No queda mucho tiempo. Es el hambre o los niños. El hambre o la Patria”, reflexionó el hombre de los pies cansados, el sociólogo Alberto Morlacheti, después de buscar signos en tamaña nueva peregrinación.

Ahora el viaje es por la geografía del poder, geografía del hambre, como la llaman los grandes medios de comunicación.

Pero antes, en ese lugar, cuando los guaraníes decidieron compartir con los jesuitas su proyecto de la Tierra Sin Mal, dos imperios temblaron y decidieron borrarlos de la faz del planeta a sangre y fuego.

Cuando un estado nuevo y diferente, con instituciones nuevas y diferentes, comenzaba a surgir, los estados de las monarquías española y portuguesa y hasta el propio Vaticano, eligieron la conocida herramienta política y económica de la violencia.

A la historia le gusta jugar a las coincidencias: hubo 30 mil guaraníes desaparecidos.

Y con ellos un proyecto económico, social, político y cultural que desafiaba las leyes y el privilegio de los decadentes imperios español y lusitano.

Tres mil años después, la desnutrición es el resultado del mapa íntimo que dibujaron las estrategias del poder para imponer sus instituciones, a imagen y semejanza de las minorías.

Clave para entender la historia del poder.

Allí donde el mapa de la Argentina marca el mayor número de necesidades básicas insatisfechas, Formosa, Chaco, Misiones, Corrientes, Jujuy, Salta, Tucumán y Santiago del Estero; allí hubo antes un lugar en que los pueblos fueron felices hasta que los aplastaron.

Geografía del poder, geografía del hambre.

Consecuencias de la historia política del estado que impuso un proyecto de dependencia y, por ende, en beneficio de pocos.

Donde la tierra está yerma, existió un vergel.

Donde los pies descalzos de los chicos caminan el polvo de la indiferencia, hubo, en algún momento, un proyecto político de liberación y, en forma paralela, de un estado representativo con instituciones respetadas.

Cuenta la historia oficial que la fundación de Santiago del Estero, en 1553; de Mendoza, en 1567; de San Miguel de Tucumán, en 1565; de Córdoba, en 1573; de Salta, en 1582; de La Rioja, en 1591; y de Jujuy, en 1593; coincidió con la expansión hacia los cuatro puntos cardinales, de la colonización por los españoles y los mestizos del Paraguay: fundaron Villa Rica, en 1570; Santa Fe en 1573; Buenos Aires por segunda vez, en 1589; Vera de las Siete Corrientes fue establecida en 1588.

Fue en 1607, cuando se fundó la provincia de Paracuaria, aquel proyecto en el que coincidieron miles de guaraníes y centenares de jesuitas, a contrapelo de las leyes de los imperios y aún, hasta del mismo Vaticano.

Las misiones llegaron a funcionar como verdaderos estados dentro de los estados, la actividad económica que desarrollaron hasta les dio la posibilidad de generar préstamos y tomar depósitos como si fueran bancos mucho más seguros que los existentes en Europa. Hacia finales del siglo XVII, exportaban azúcar, cacao, cueros y semejante desarrollo les generó la enemistad de colonizadores, distintas órdenes religiosas y otras instituciones que, por otra parte, querían a los guaraníes como mano de obra esclava para explotarlos en las minas de la región.

Eran unidades independientes, tanto para la producción como para el comercio.

En esos mismos años finales del 1600, los colegios jesuíticos exportaban una quinta parte de las exportaciones totales de ganado vacuno de la región del Plata a Perú. También era considerable el negocio con las mulas.

“Los jesuitas protegían a sus guaraníes con todos los medios que disponían, al tiempo que condenaban y contribuían a exterminar a las tribus nómades amantes de la libertad”, cuenta Magnus Morner, en su libro “Actividades políticas y económicas de los jesuitas en el Río de La Plata”.

Hacia 1.702, en 22 reducciones de la provincia, vivían 89.501 personas, agrupadas en 22.857 familias.

Entre 1731 y 1738, los guaraníes de los treinta pueblos de Paracuara, descendieron de 138.934 a 90.287, como consecuencia de las viruelas.

Hasta que en 1750 se firmó el Tratado de Límites entre España y Portugal que justificó el exterminio del proyecto de Paracuara. Tenían que evacuar sus tierras.

Los guaraníes y los jesuitas se opusieron.

Vino, entonces, el terrorismo impuesto por los estados monárquicos español y portugués.

30 mil guaraníes fueron muertos.

No se recuerdan sus nombres.

Un número más que sirvió al reordenamiento del rol de los estados peninsulares.

“Se tiene por mérito para conseguir ascensos en nuestra Corte ser enemigo de los jesuitas...”, contaba una carta enviada por el padre José de Robles a otro sacerdote de la Compañía de Jesús.

Es que los jesuitas de América siempre se resistieron a pagar a la Corona diezmos sobre la producción agrícola e industrial de sus propias propiedades.

Semejante actitud fue juzgado como un crimen contra el Rey.

Hacia 1767, 224 jesuitas fueron enviados a Europa.

Nada se supo de la sobrevivencia de los guaraníes.

El investigador Moner remarcó que “la destrucción de los pueblos no fue consecuencia inmediata de la expulsión, como tantas veces se ha afirmado, sino un proceso lento, acelerado sólo bajo el impacto de las guerras fronterizas a principios del siglo XIX”.

Según el historiador Halperín Donghi, “otra causa del éxito jesuítico sigue manteniendo plena vigencia: es la superioridad cultural de esa élite internacional que no podía encontrar rivales entre los funcionarios relegados a ese rincón del imperio que era el Río de La Plata y aun menos los hallaría entre los colonos mismos”.

Para el estudioso, “el violento final es el signo de un ascenso imperial y regional que hacía ya menos necesaria la presencia jesuíticas; en este sentido la Compañía iba a ser víctima de sus éxitos más aún que de sus fracasos”.

Paracuara fue desgarrada.

En el cuerpo de los guaraníes y en los mapas.

De aquella posibilidad de un estado acorde las necesidades de sus habitantes, se llegó a un presente que está lejos de la Tierra Sin Mal de los guaraníes.

Los pedazos de Paracuara se llaman, hoy, Chaco, Corrientes, Formosa, Salta, Misiones, Corrientes y Entre Ríos.

De acuerdo a un estudio de la consultora Equis, en las provincias del Chaco, Corrientes, Formosa y Salta, los chicos menores de 15 años que viven bajo el nivel de indigencia son más del 40 por ciento.

“Ese es el caso de un niño chaqueño de 12 años que suele dormirse del hambre en las veredas del pueblo de San Bernardo: no regresa a su casa porque, según cuenta, si lo hace sin haber conseguido pan para sus diez hermanos, sus padres lo golpean. Es el caso de una niña, hija de una familia igualmente numerosa que a los tres años pesa varios kilos bajo el peso normal, y como consecuencia de la desnutrición que padece, no camina; se arrastra. Tampoco habla. Son más de dos millones setecientos mil niños los que integran esa enorme franja de carencia extrema”, relataron los periodistas que recogieron la investigación.

Parece que el sueño original de los guaraníes devino en la Tierra del Mal.

Pesadilla convertida en realidad por la decisión de los distintos estados -nacional, provinciales y municipales- que jugaron su rol en beneficio de los menos y en perjuicio de los que son más.

Inversión del mandato político que viene del fondo de la historia argentina y que le da su más claro sentido de identidad.

Algunas cifras más del informe: las provincias más pobres sufren el impacto del quiebre económico hasta límites nunca antes registrados en el país.

Así, el 45,7 por ciento de los chicos de Chaco; el 44,9 de los correntinos; el 40,4 de los salteños; el 39,1 de los entrerrianos están privados de un crecimiento normal.

Ahora, el record en toda la Argentina se lo lleva la ciudad de Concordia, en Entre Ríos, donde el 53 por ciento de los menores de quince años vive sin las calorías mínimas.

Ese fue el resultado de la consolidación del proyecto de terrorismo de estado que terminó con la experiencia de Paracuara.
Geografía del poder, geografía del hambre.

Artigas y San Martín, el proyecto para el siglo XXI.

La mayoría de los muchachos que tienen entre quince y treinta años y viven en las principales ciudades sudamericanas están desocupados.

Apenas sobreviven el presente.

Los que ni siquiera son seducidos por la escuela intentan pelearla en las calles. Son las víctimas del sistema que luego las convierte, a través de las distintas policías y los diferentes medios de comunicación, en los primeros acusados.

Ellos, ángeles exiliados de los paraísos prometidos en diversos fragmentos de la historia política de sus pueblos, no saben qué significa esa palabra de seis letras que parece escribirse en el agua: futuro.

Y entre los porrones de cerveza y las peleas entre barras, apenas los entusiasma la camiseta del club de fútbol y el único indicio de formar parte de un país o de algo colectivo es la selección nacional.

No saben qué pasó en los años setenta ni tampoco entienden por qué sus padres se quedaron sin ganas ni palabras para explicar los fracasos cotidianos.

No creen en muchas cosas.

Amistad, algún amor, el fútbol y poco más.

No saben nada de derechos laborales, hecho que los convierte en permanente mano de obra eventual, barata y hasta capacitada.

Náufragos en medio de un mar artificial de indiferencia que favorece a los vencedores de la concentración económica en pocas manos, los pibes de estas tierras, en los umbrales del tercer milenio, son víctimas de la falsificación histórica y el saqueo de la conciencia política y social, paralelo al robo del patrimonio económico de las naciones del sur.

Para ellos es urgente recrear los proyectos inconclusos de San Martín y Artigas, enamorarlos de aquellos sueños y seducirlos de sus éticas de líderes populares y funcionarios públicos.

Contarles que los verdaderos protagonistas de la historia de sus países fueron hombres y mujeres como ellos, los que hicieron de San Martín y Artigas los máximos referentes de los países del Plata.

Decirles que los actuales debates en torno a sus figuras vuelven a mentir y ocultar dos aspectos centrales de la dinámica de los pueblos: el protagonismo social y los proyectos económicos y políticos que hicieron líderes a ambos caudillos.

Esos programas inacabados de San Martín y Artigas quizás sean la nueva camiseta para que los pibes de estos arrabales del mundo conviertan su desesperación en una nueva creencia, en necesaria, beligerante y tierna rebeldía ante el nuevo orden del pensamiento único que intentan consolidar como inmodificable los que concretaron el terrorismo de estado primero y la concentración de riquezas después.

Los pensamientos y los hechos de los dos José muestran un recorrido para ellos y no mirando hacia atrás, sino para adelante.

La suerte de una carta

Jesualdo Sosa, escritor y maestro uruguayo, en su libro “Artigas, del vasallaje a la revolución”, sostuvo que hacia 1819 se produjo un intento de acercamiento entre el caudillo oriental y San Martín que no se concretó.

“Este año 19 que comienza, no presenta para Artigas, mejor rostro, a pesar de los triunfos de sus tenientes en el Litoral, quienes le aseguran cierto reposo en cuanto a Buenos Aires. La resistencia de esta región le está saliendo cara al Directorio. San Martín, el héroe indiscutido del momento no accedió a los ruegos de Pueyrredón para enviar tropas contra las montoneras, a pesar de participar de su política”, comentó el escritor.

Y agregó que San Martín escribió a Artigas: “No puedo ni debo analizar las causas de esta guerra entre hermanos; lo más sensible es que siendo todos de iguales opiniones en sus principios, es decir, a la emancipación e independencia absoluta de España...debemos cortar toda diferencia”.

“Cada gota de sangre americana que se vierte por nuestros disgustos me llega al corazón. Paisano mío, hagamos un esfuerzo, transemos todo y dediquémonos únicamente a la destrucción de los enemigos que quieren atacar nuestra libertad. Unámonos contra los maturrangos bajo las bases que Vd. crea y el gobierno de Buenos Aires más conveniente y después que no tengamos enemigos exteriores, sigamos la contienda con las armas en la mano, en los términos que cada uno crea por conveniente: mi sable jamás se sacará de la vaina por opiniones políticas, como éstas no sean en contra de los españoles y su dependencia”, sostuvo San Martín desde Mendoza el 13 de marzo de 1819.

La carta nunca llegó a destino.

“Artigas no llega a recibir esta carta que es interceptada por Belgrano, pero la actitud de San Martín acalora el genio de Pueyrredón”, relata Jesualdo.

¿Qué hubiera pasado si San Martín y Artigas comenzaban a intercambiar opiniones, experiencias y proyectos?.

Los proyectos económicos y políticos de los dos José

Cuando San Martín arribó a las Provincias Unidas del Río de La Plata, en marzo de 1812, Artigas ya era el líder popular que condujo la marcha de más de veinte mil personas en octubre del año anterior en lo que se conoció como el éxodo oriental.

Hacia 1820, ambos, San Martín y Artigas, eran considerados enemigos de Buenos Aires por sus posiciones políticas contrarias al directorio que se había apropiado e invertido del proyecto surgido en mayo de 1810, según el Plan de Operaciones pensado y escrito por Mariano Moreno.

Artigas caminaba hacia el corazón de la selva paraguaya, después de guerrear durante una década contra españoles, portugueses, porteños y sus ex lugartenientes, Francisco Ramírez y Estanislao López.

San Martín, en tanto, desde el 2 de abril de 1820, había dejado de ser general a sueldo del estado manejado por la burguesía de Buenos Aires y se convirtió, desde entonces, en general del primer ejército popular en operaciones, el de Los Andes.

Pero en ese tramo de ocho años en el que compartieron el principal escenario de las confrontaciones sociales, políticas y económicas de Sudamérica, Artigas y San Martín, cuando tuvieron la posibilidad de desarrollar sus propias ideas desde el poder regional, mostraron similitudes que terminaron por enfrentarlos a los nuevos dueños del país.

La cuestión social y Gran Bretaña

“El virreinato, creado en 1776, y la Argentina después, iban a ser un embudo en cuanto al desarrollo de las fuerzas productivas y a la estructura económica, por cuyo pequeño

agujero, el puerto de Buenos Aires, se vertería al mundo la enorme producción de oro y plata del Alto Perú”, sostuvo el historiador Nahuel Moreno.

Para el lúcido Juan Bautista Alberdi, “la organización virreinal fue impuesta por España para perpetuar esta región como colonia y tendía a impedirle ser nación”.

Esta interpretación histórica es vital para relativizar la supuesta traición sanmartiniana al proyecto de una unidad latinoamericana que, en los hechos, no existía.

El propio Simón Bolívar sostuvo que “es una idea grandiosa pretender formar de todo el mundo nuevo una sola nación” ya que tienen “un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, deberían por consiguiente tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse mas no es posible porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes dividen la América”.

Según Milcíades Peña, “la independencia de las colonias inglesas del Norte produjo la unidad de aquellos estados en los Estados Unidos de Norteamérica. Eso fue posible porque ya existía la estructura de un mercado interno común con intereses capitalistas interesados en soldarlos mediante una sólida unión política”.

Sin embargo, “en las colonias españolas ocurrió lo contrario. Los intereses capitalistas más sólidos y poderosos no se orientaban hacia el mercado interno, sino hacia el mercado mundial. Y las clases con intereses en el mercado interno eran pequeños productores atrasados, destinados a desaparecer ante la competencia de las muy superiores industrias europeas”.

Hacia 1810 aquel modelo de país diseñado en torno a la exportación de los metálicos del Alto Perú por el puerto de Buenos Aires entró en crisis (la mina de plata de Potosí se inundó y dejó de funcionar) y surgió la ganadería en la zona del Litoral.

En forma paralela, dos años antes de la llegada de San Martín a estas tierras, se fundaba la Cámara Comercial Británica. También en el año de la revolución se estableció el primer saladero, en Ensenada. Había, en Buenos Aires, un poco más de 35 mil habitantes y solamente el diez por ciento sabía leer y escribir. Entre la población se destacaban seis mil negros que luego pasarían a ser ninguneados por la historia oficial.

A fines de 1811 surgió el primer Triunvirato integrado por Paso, Chiclana y Sarratea, con Bernardino Rivadavia como secretario. Son días difíciles para los hombres más comprometidos con la idea de inventar una nueva nación con justicia social y libre de toda dominación extranjera. El 4 de marzo de aquel año 11, fue asesinado Mariano Moreno; el 6 de junio la Junta Grande dispuso el procesamiento de Manuel Belgrano por sus derrotas en Paraguay y Tacuarí; y en diciembre se detuvo y se le inició juicio al orador de la revolución de mayo, enfermo de cáncer en la lengua, Juan José Castelli, por su comandancia al frente del Ejército Expedicionario del Alto Perú. Escribirá en un cuaderno de tapas rojas: “Si ves al futuro dile que no venga”.

En 1815 apareció “Las Higuieritas”, cuyos propietarios eran Rosas, Terrero y Anchorena, en Monte Chingolo.

Allí comenzó a invertirse el desarrollo no solamente económico, sino también demográfico del país.

Porque hasta los primeros quince años del siglo XIX más de la mita de la población vivía en la zona del noroeste argentino.

Cuando las fuerzas productivas, la burguesía porteña en relación con Gran Bretaña y la naciente oligarquía ganadera del Litoral y la provincia de Buenos Aires, reemplazaron a la burocracia minera del Alto Perú, la decisión política fue trasladar la guerra por la independencia justamente a los territorios más densamente habitados.

De tal forma la estructura social de las Provincias Unidas del Río de La Plata presentaba a sectores importadores, librecambistas a ultranza; productores para el mercado interno, proteccionistas; y exportadores que viraban en sus posiciones políticas de acuerdo a las coyunturas comerciales.

Por otro lado estaban los quinteros, artesanos y lecheros de los pueblos y ciudades, directamente vinculados al mercado regional. También se debe sumar al sector de los gauchos que “vivían en los intersticios de la sociedad colonial y persistieron cuando el país ya se había independizado”, según describió Nahuel Moreno.

Frente a ese modelo en descomposición, España invadida por las tropas napoleónicas, surgió el interés de Gran Bretaña por las ex colonias peninsulares.

Para Mariano Moreno, autor del programa político de la revolución de Mayo, el ya citado Plan de Operaciones, era necesario “elevar cargos contra el virrey Cisneros y las autoridades españolas por haber atentado contra el bienestar general al conceder franquicias de comercio libre con los ingleses, el que ha ocasionado quebrantos y perjuicios”.

La idea de este ensayo es demostrar que el proyecto de Moreno fue llevado a cabo por Artigas y San Martín y en defensa del mercado interno y por lo tanto, opositor a las ideas de la corona inglesa.

El programa político de la revolución de mayo

Agosto de 1810. El secretario de la primera junta de gobierno, doctor Mariano Moreno es el encargado de redactar el programa político y económico que le dará encarnadura al invento de 162 personas que el 25 de mayo decidieron hacer un nuevo país y separarse de España.

Moreno escribirá el “Plan de Operaciones. Que el gobierno provisional de las Provincias Unidas del Río de la Plata debe poner en práctica para consolidar la grande obra de nuestra libertad e independencia”.

Para la junta era vital el proyecto, el horizonte hacia donde marchar.

La situación no podía ser peor: “En el estado de las mayores calamidades y conflictos de estas preciosas provincias; vacilante el gobierno; corrompido del despotismo por la ineptitud de sus providencias, le fue preciso sucumbir, transfiriendo las riendas de él en el nuevo gobierno provisional de las Provincias Unidas del Río de la Plata, quien haciéndose cargo de la gran máquina de este estado, cuando se halla inundado de tantos males y abusos, destruido su comercio, arruinada su agricultura, las ciencias y las artes abatidas, su navegación extenuada, sus minerales desquiciados, exhaustos sus erarios, los hombres de talento y méritos desconceptuados por la vil adulación, castigada la virtud y premiados los vicios...”, describieron los integrantes del gobierno provisional el 18 de julio de 1810.

Moreno define la revolución como un proyecto sudamericano: “El sistema continental de nuestra gloriosa insurrección”.

Para el secretario es necesario modificar la estructura social: “tres millones de habitantes que la América del Sud abriga en sus entrañas han sido manejados y subyugados sin más fuerza que la del rigor y capricho de unos pocos hombres”. Moreno sabe que los privilegios deben ser suprimidos si en verdad se quiere crear “una nueva y gloriosa nación”, como dirá más tarde una de las estrofas mutiladas del Himno Nacional.

Por ello quiere insuflar de decisión política al nuevo estado para que sea herramienta de distribución de riquezas: “qué obstáculos deben impedir al gobierno, luego de consolidar el estado sobre bases fijas y estables, para no adoptar unas providencias que aún cuando parecen duras para una pequeña parte de individuos, por la extorsión que pueda causarse a

cinco mil o seis mil mineros, aparecen después las ventajas públicas que resultan con la fomentación de las fábricas, artes, ingenios, y demás establecimientos en favor del estado y de los individuos que las ocupan en sus trabajos”.

Y agrega que “si bien eso descontentará a cinco mil o seis mil individuos, las ventajas habrán de recaer sobre 80 mil o 100 mil”.

Un estado que arbitre lo necesario para cumplir el objetivo de la política, según el propio Moreno, que es “hacer feliz al pueblo”. Un estado que vuelque su poder en favor de las mayorías y en contra de los intereses minoritarios.

Con un proyecto de desarrollo del mercado interno y proteccionista de su comercio y su industria: “se pondrá la máquina del estado en un orden de industrias lo que facilitará la subsistencia de miles de individuos”.

El futuro del país pensado por Moreno “será producir en pocos años un continente laborioso, instruido y virtuoso, sin necesidad de buscar exteriormente nada de lo que necesita para la conservación de sus habitantes”.

Durante una década no habrá interés particular por sobre las necesidades del estado revolucionario: “se prohíbe absolutamente que ningún particular trabaje minas de plata u oro, quedando al arbitrio de beneficiarla y sacar sus tesoros por cuenta de la nación, y esto por el término de diez años, imponiendo pena capital y confiscación de bienes con perjuicio de acreedores y de cualquier otro que infrigiese la citada determinación”.

Repite su cuestión de estado a favor de una igualdad garantizada desde el poder: “las fortunas agigantadas en pocos individuos, a proporción de lo grande de un estado, no solo son perniciosas, sino que sirven de ruina a la sociedad civil, cuando no solamente con su poder absorben el jugo de todos los ramos de un estado”.

No era solamente una advertencia sobre aquel presente, sino una profecía para los tiempos que vendrían.

El 4 de marzo de 1811 Moreno fue envenenado frente a las costas brasileñas y junto a su cuerpo también desapareció la voluntad política de generar y sostener un estado revolucionario.

La metáfora del cuerpo del revolucionario sumergido y desaparecido en el Atlántico es un macabro prólogo de lo que sucedería en los años setenta del siglo XX con aquellos que intentaban un cambio estructural en la sociedad argentina.

Sin embargo, las ideas políticas y económicas del Plan de Operaciones serían puestas en marcha por Artigas y San Martín cada vez que les tocó llevar adelante una tarea de gobierno.

He allí un camino abierto y un proyecto todavía no realizado.

Los hechos sanmartinianos y artiguistas

“La mayoría de los próceres de 1810 eran hacendados, comerciantes o barranqueros asociados con alguna casa de comercio británica, “los intereses particulares” que Castlereagh quería formentar. A los tres días de instalada, la Primera Junta levantó la prohibición al comercio con extranjeros; a los quince días redujo los impuestos a la exportación de cueros y sebo, del 50 al 7,5 por ciento; a los 45 días autorizó la exportación de metálico; a los sesenta días suprimió el impuesto especial del 54 por ciento que gravaba a los artículos de algodón del comercio inglés”, indicaron los colaboradores de Rodolfo Walsh y el propio periodista desaparecido en un estudio sobre San Martín publicado por el Centro de Estudios Argentinos “Arturo Jauretche”, en febrero de 1978.

Alberdi escribió que para Buenos Aires, “mayo significa independencia de España y predominio sobre las provincias; la asunción por su cuenta del vasallaje que ejercía sobre el virreinato en nombre de España. Para las provincias, Mayo significa separación de España y sometimiento a Buenos Aires, reforma del coloniaje, no su abolición”.

En ese contexto tanto Artigas como San Martín, representantes de los pueblos del interior, comenzaron a producir hechos políticos, tomar decisiones económicas y establecer líneas diferentes a los intereses que se adueñaron del sueño de mayo.

La política de San Martín

El primer triunvirato, constituido por Juan José Paso, Manuel de Sarratea y Chiclana, resolvió crear un impuesto que gravaba con un 20 por ciento el consumo interno de carne. En forma paralela eliminó distintas tasas que regulaban la exportación.

Semejante decisión de política económica generó la primera aparición pública de San Martín y sus granaderos. Ocuparon la Plaza de la Victoria, la de Mayo, y recién se retiraron cuando fueron designadas nuevas autoridades políticas.

El 3 de abril de 1815 el ejército que el director Carlos Alvear había enviado para reprimir a los artiguistas se sublevó contra la autoridad porteña. En Mendoza, en tanto, San Martín reunió a una Junta Militar que llamó tirano a Alvear y un cabildo abierto declaró rotos los vínculos con Buenos Aires. San Martín dejó de ser comisionado de la ciudad puerto y fue designado gobernador “electo por el pueblo”.

Setiembre de 1816. A los pies de la cordillera de Los Andes, San Martín sabe que no encontrará aliados entre los porteños o los representantes de la burguesía, por ello encara la alianza con los indios del sur mendocino.

“Los he convocado para hacerles saber que los españoles van a pasar del Chile con su ejército para matar a todos los indios, y robarles sus mujeres e hijos. En vista de ello y como yo también soy indio voy a acabar con los godos que les han robado a ustedes las tierras de sus antepasados, y para ello pasaré Los Andes con mi ejército y con esos cañones...Debo pasar por Los Andes por el sud, pero necesito para ello licencia de ustedes que son los dueños del país”, les dijo San Martín.

El 27 de julio de 1819, San Martín afirmó: “...Andaremos en pelotas como nuestros paisanos los indios: seamos libres y lo demás no importa nada”.

El 27 de agosto de 1821, ya en el gobierno de Perú, decretaría la abolición del tributo por vasallaje que debían pagar los indios a los españoles, la eliminación de la mita, la encomienda y el yanaconazgo y los declararía “peruanos” para intentar zanjar las diferencias del propio lenguaje. De tal forma seguía los mandatos que en su momento, ante la Puerta del Sol en Tiahuanaco, dispuso Juan José Castelli al frente del Ejército Expedicionario del Alto Perú cuando declaró ciudadanos e iguales a todos los indios.

En 1819, San Martín volvió a desobedecer al gobierno de Buenos Aires, representante político de los comerciantes porteños aliados a Gran Bretaña y a los propietarios de saladeros del Litoral que le ordenaba marchar contra el interior rebelado. Buenos Aires quería que reprima a las montoneras de López, Ramírez y Bustos. San Martín repitió su negativa.

Ya en Chile, en 1820, San Martín comunicó la necesidad de elegir un nuevo jefe ya que el gobierno de Buenos Aires había cesado. Sin embargo, aquel 2 de abril, los soldados de aquel primer Ejército Popular Latinoamericano en Armas, el de Los Andes, suscribieron un acta en la ciudad de Rancagua. “Queda sentado como base y principio que la autoridad que

recibió el General de Los Andes para hacer la guerra a los españoles y adelantar la felicidad del país, no ha caducado ni puede caducar, pues que su origen, que es la salud del pueblo, es inmutable”.

“Para defender la causa de la independencia no se necesita otra cosa que orgullo nacional, pero para defender la libertad y sus derechos, se necesitan ciudadanos...a pesar de todas las combinaciones del despotismo, el evangelio de los derechos del hombre se propaga en medio de las contradicciones”, sostuvo San Martín en distintas ocasiones.

Era su plataforma política: liberación nacional y continental, derechos políticos que garanticen la dimensión de ciudadano y respeto por los derechos humanos.

“La ilustración y fomento de las letras es la llave maestra que abre las puertas de la abundancia y hace felices a los pueblos”, reglamentó cada vez que se hizo cargo de gobiernos estatales, regionales o nacionales, en Cuyo y Perú respectivamente.

Para el equipo de investigación de Walsh, “revolucionario en 1812 y 1815 contra gobiernos impuestos por Buenos Aires contra la voluntad de los pueblos; gobernador elegido por el pueblo cuyano; general en jefe reconocido por sus oficiales por un mandato originado en la salud del pueblo, pero sumiso al legítimo Congreso peruano; nunca creyó que la obediencia militar fuera un valor más alto que la soberanía popular. Este es el verdadero San Martín que desde hace un siglo es ocultado al pueblo soberano y a los militares que deben servirlo”.

La política de Artigas

“Un puñado de patriotas orientales cansados ya de humillaciones habían decretado su libertad en la orilla de Mercedes”, sostuvo José Gervasio Artigas el 7 de diciembre de 1811. Se refería al llamado Grito de Asencio, producido entre los días 27 y 28 de febrero de aquel año. Surgía el ejército oriental: “fuertes hacendados, arrendatarios o meros poseedores de la tierra cuyos hombres movilizaban la vecindario; los paisanos peones de estancia, los hombres sueltos; los curas patriotas, portavoces del ideal revolucionario; los indios tapes de las tierras misioneras, los charrúas y lo minuanes; los negros esclavos fugados de sus amos que buscaban entre las columnas patriotas su liberación”, describieron los historiadores uruguayos Cristina Martínez y Carlos Alcoba.

Era un frente social policlasista, similar al constituido por San Martín desde Cuyo.

Pero el liderazgo político de Artigas se manifestaría con una fuerza elocuente en el denominado éxodo del pueblo oriental, en octubre de 1812.

Por diferencias políticas, sociales y económicas con Buenos Aires, Artigas decide dejar el sitio a Montevideo todavía ocupado por españoles.

Ocho mil familias siguieron al líder hasta la actual provincia de Salto en Uruguay.

Ocho mil familias que dejaron sus casas, sus ocupaciones, sus penurias, el lugar de su historia existencial para seguir el proyecto de un hombre que decía que “los más infelices serán los más agraciados”.

¿De dónde surgía semejante poder de convencimiento si no es porque Artigas y sus palabras no representaban las necesidades de las mayorías de la Banda Oriental?.

Más de veinte mil personas detrás de Artigas y su proyecto.

“Sólo a los pueblos será reservado sancionar la constitución general...Como todos los hombres nacen libres e iguales, y tienen ciertos derechos naturales, esenciales e inajenables, entre los cuales pueden contra el de gozar propiedad y, finalmente, el de buscar y obtener la seguridad y la felicidad, es un deber de la institución, continuación y administración del

gobierno, asegurar estos derechos, proteger la existencia del cuerpo político y el que sus gobernados, gocen con tranquilidad las bendiciones de la vida, y siempre que no se logren estos grandes objetos, el pueblo tiene un derecho para alterar el gobierno y para tomar las medidas necesarias a su seguridad, prosperidad y felicidad”, indicó en su proyecto de Constitución para la Provincia Oriental en 1813.

El sujeto histórico en el ciclo artiguista es el pueblo movilizad y su legitimidad se expresaba a través de asambleas y la posibilidad de cambiar los gobiernos si no respondían a los principios enunciados y prometidos.

Artigas sabía que su enfrentamiento en la dinámica de la guerra por la liberación nacional contra los españoles primero y luego contra los portugueses, lo llevaría a ser perseguido por los intereses minoritarios que se habían apropiado de la revolución de mayo.

Porque su respeto a la soberanía popular implicaba una lucha por la igualdad que estaba en contra de los privilegios de las clases criollas dominantes.

Artigas terminó siendo la expresión de la guerra por la liberación nacional, por un lado, y la síntesis de la liberación social, por otro.

El oriental lo sintetizó muy bien: “tienen miedo que la cría se vuelva respondona”.

Es decir, la estatura y dimensión política de ciudadanos que el artiguismo dio a las masas del Litoral era intolerable para aquellos que querían mantenerlas bajo su explotación, política y social.

En este contexto se explica la carta que escribió el director supremo de las Provincias Unidas del Río de La Plata, Gervasio Posadas, cuando se preguntaba: “¿Qué me importa que el que nos haya de mandar se llame rey, emperador, mesa, banco o taburete?...los orientales deben ser tratados como asesinos o incendiarios...sin olvidar que la destrucción de los caudillos Artigas y Otorgués es el único medio de terminar con la guerra civil en esta provincia y la de Entre Ríos”.

Y en las actas secretas del Congreso de Tucumán, en 1816, se estableció que Buenos Aires dejaría invadir a los portugueses el territorio de la Banda Oriental a cambio de desterrar para siempre a Artigas y su pueblo insurgente.

La lógica de semejante traición se explica por la profundización de las medidas políticas, económicas y sociales que había dispuesto y llevado a la práctica el Protector de los Pueblos Libres, Don José Artigas.

Esas disposiciones atentaban contra los propietarios, los privilegiados del Litoral y de Buenos Aires.

Era inadmisibile que se repitiera la experiencia concreta del gobierno revolucionario artiguista entre setiembre de 1815 y mayo de 1816.

Sin embargo, aquellas medidas de política económica y social, continuadoras de las expresadas por Mariano Moreno en el Plan de Operaciones, serían establecidas por San Martín en Cuyo, primero y en Perú después.

Los años setenta y los derechos humanos

La película “Estado de sitio” del realizador griego Costa Gavras fue elocuente del resultado de la falsificación histórica y sus efectos en la lectura política del proceso social uruguayo de los años setenta del siglo XX.

La imagen de José Gervasio Artigas estaba presente en los cuarteles policiales y militares que ordenaban la tortura y la vejación como metodología represiva contra los insurgentes políticos en los tiempos de la dictadura de José María Bordaberry.

Y también el retrato artiguista y su bandera azul y blanca cruzada por un banda roja presidía las reuniones de Tupamaros.

El terrorismo de estado se aprovechó del Artigas de bronce, del “padre de la patria”, como militar abnegado y desprendido y símbolo de la identidad de la nación ante los enemigos internos que propugnaba la doctrina de seguridad nacional impulsada por los Estados Unidos para los ejércitos de Sudamérica en la teoría de la Tercera Guerra Mundial.

“Ese” Artigas estaba vaciado de sus hechos económicos, políticos y sociales a favor de las mayorías.

En tanto, las organizaciones políticas reclamaban la democratización del “otro” Artigas, el referente de las luchas colectivas del pueblo uruguayo.

Pero el Artigas concreto, de carne y hueso, el histórico había sido muy claro en relación al respeto por la soberanía popular: “el despotismo militar será precisamente aniquilado con trabas constitucionales que aseguren inviolable la soberanía de los pueblos”.

En forma paralela, el terrorismo de estado en la Argentina también idolatró al San Martín estratega militar, supuesto defensor del orden de los privilegios y enemigo de lo político.

De acuerdo a los distintos testimonios de los sobrevivientes de los 340 centros clandestinos de detención que funcionaron en el país durante la dictadura inaugurada el 24 de marzo de 1976, la imagen de San Martín también estaba en algunas de estas mazmorras en las que se violentaba a mujeres embarazadas y se mutilaba gente joven y anciana.

San Martín, al igual que Artigas, había sido demasiado preciso en torno a las armas del ejército. “La patria no hace al soldado para que la deshonor con sus crímenes, ni le da armas para que cometa la bajeza de abusar de estas ventajas ofendiendo a los ciudadanos con cuyos sacrificios se sostiene”, sostuvo el general de Los Andes.

Y agregó en Perú que “la presencia de un militar afortunado es temible a los estados que de nuevo se constituyen...el general San Martín jamás desenvainará la espada contra sus hermanos, sino contra los enemigos de la independencia de la América del Sur”.

Ni San Martín ni Artigas avalaban la prepotencia militar ni mucho menos el desprecio de la voluntad popular.

Sus imágenes presentes en las salas de torturas son el resultado de presentar y difundir durante décadas una historia en la que deliberadamente se despojaron los proyectos políticos, económicos y sociales que encarnaron.

Y, al mismo tiempo, haberlos presentado como los grandes vencedores del siglo XIX, cuando, en realidad, fueron los grandes derrotados, junto al sujeto histórico que expresaron: las mayorías populares.

Estado, mercado interno, proteccionismo y desarrollo autónomo

Más allá de las discusiones sobre la vida personal de los próceres.

Los proyectos económicos y políticos que representaban.

Ocultos para la historia oficial y desconocidos para las renovadas discusiones de fin de milenio.

Ideas y hechos de los dos líderes populares, Artigas y San Martín.

Proyectos inconclusos que sirven para el presente y marcan un camino para el futuro en el que necesariamente “los más infelices” deberán “ser los más agraciados”.

La permanente y mentada sensación de inseguridad de los crepusculares días del año 2000 tenía para Artigas una solución política, principista y existencial.

“...como el objeto y fin del gobierno debe ser conservar la igualdad, libertad y seguridad de los ciudadanos y de los pueblos, cada provincia formará un gobierno bajo esas bases, además del gobierno supremo de la nación”, dice Artigas en sus instrucciones del año 1813. Es decir, para que exista seguridad es necesario que el gobierno primero garantice la igualdad y la libertad.

Un principio político que deberían tener en cuenta los gobernadores del presente en el barrio cósmico latinoamericano.

Ante la invasión de mercaderías extranjeras, la concentración de riquezas en pocas manos y la extranjerización de la banca que hoy sufren los pueblos del sur, las palabras artiguistas no solamente suenan como contraste sino también como proyecto político económico alternativo: “todos los derechos, impuestos y sisas que se impongan a las introducciones extranjeras serán iguales en todas las provincias unidas, debiendo ser recargadas todas aquellas que perjudiquen nuestras artes o fábricas, a fin de dar fomento a la industria de nuestro territorio”.

El sujeto de la historia, el origen de la legitimidad política y el destinatario de la acción estatal son las mayorías populares pauperizadas: “los más infelices serán los más privilegiados. En consecuencia, los negros libres, los zambos de esta clase, los indios y los criollos pobres, todos podrán ser agraciados con suerte de estancias, si con su trabajo y hombría de bien propenden a su felicidad y a la de la provincia”.

Un gobierno que reparte la tierra y recompensa al trabajo. Reforma agraria en ciernes y protección al mercado interno. Distribución de riquezas desde la decisión política del estado naciente.

Dirá sobre los ingleses: “Abriré el comercio con quien más nos convenga...los ingleses deben conocer que ellos son los beneficiados, y por lo mismo jamás deben imponernos”.

Y repetirá sobre el origen y fin de los impuestos: “los señores comerciantes serán obligados a pagar en nuestros puertos los derechos de introducción y extracción establecidos y acostumbrados en las diversas receptorías según los reglamentos generales”.

“Los terrenos repartibles son todos aquellos de emigrados, malos europeos y peores americanos que hasta la fecha no se hallan indultados por el jefe de la provincia, para poseer sus antiguas propiedades”. Semejante concepto del estado expropiador por razones políticas estaba en la base del Plan de Operaciones de Mariano Moreno y sería el principal argumento de la obra de gobierno de San Martín, ya sea en Cuyo como en Perú.

Bartolomé Mitre, el inventor de la historia oficial argentina, escribió en “Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana”, que el programa político llevado adelante por el correntino en Cuyo era un “plan cooperativo económico militar”.

“Se solicitaba todo en auxilio, y luego se devolvía (carretas, caballos, mulas, semillas)” y se exigían “contribuciones ordinarias y extraordinarias”, sostuvo Mitre.

“Secuestró los bienes de los prófugos; se recogieron los capitales a censo pertenecientes a manos muertas, usando de sus intereses; impuesto general según el capital de cada individuo, previo catastro (cuatro reales por cada mil pesos de capital); contribución extraordinaria de guerra pagadera en cuotas mensuales; se expropiaron los diezmos; se gravaron los barriles de vino y aguardiente; propiedad pública de las herencias españolas; los trabajos públicos se hacían gratuitamente”, enumeró Mitre en una perfecta descripción de un estado que expropia riquezas según las necesidades políticas del proyecto de liberación nacional al mismo tiempo que da trabajo e iguala a los gauchos, indios con los ex representantes de la oligarquía nativa cuyana.

“A la idea del bien común y a nuestra existencia, todo debe sacrificarse. Desde este instante el lujo y las comodidades deben avergonzarnos”, decretó el gobernador San Martín.

Mitre señaló que “durante tres años el gobierno fomentó la instrucción pública, se mejoraban los canales de regadío y se propagaba por primera vez la vacuna”. A los curas “les recomendaba que en sus pláticas y sermones hiciesen ver la justicia con que la América había adoptado el sistema de la libertad. Los tuvo que ajustar varias veces por medio de circulares”, apuntó el creador del diario “La Nación”.

Según Ricardo Rojas, otro de los historiadores oficiales de San Martín, “reglamentó el trabajo social en el sentido de suprimir la vagancia, el juego y el delito; creó los decuriones que eran alcaldes de barrios, con amplias facultades para mantener el orden instituido por él” y “el cabildo se convirtió en un cuerpo semejante a una legislatura”.

Para el equipo de investigación que conducía Rodolfo Walsh, “San Martín sentó en Cuyo las bases de una economía independiente, aunque no cerrada y si la Argentina hubiera sido gobernada con el criterio que él usó para crear su Ejército de Los Andes, otro hubiera sido el destino nacional”.

De otro modo, “San Martín no hubiera podido instalar en Mendoza una fábrica de pólvora, una fundición de artillería en la que 300 obreros trabajaban en 7 fraguas, un batán para tejer las telas de los vestuarios, una fábrica de tintas para dar color a los uniformes, e inclusive aplicar la fuerza motriz del agua al batán y el laboratorio de explosivos. En todas estas empresas los trabajadores fueron organizados dividiendo sus tareas y coordinándose en un plan de producción”.

De acuerdo a este punto de vista, “el mismo sentido tiene la reunión concertada en Mendoza de alimentos, animales, tejidos, monturas, capitales, técnicos y mano de obra proveniente de San Luis, San Juan, La Rioja, Corrientes, Córdoba y Buenos Aires; la liberación de los esclavos para que sirvieran al ejército; las explotaciones ganaderas y agropecuarias a cargo de la Intendencia en tierras de particulares; la confección del vestuario distribuyendo su corte y costura entre sastres y mujeres voluntarias que trabajaban bajo un programa coordinado; la recolección en almacenes de ropa vieja que luego se usaba para forrar el calzado; la construcción de 20 mil herraduras para mulas y caballos; la nota de San Martín al gobierno de Buenos Aires en diciembre de 1816 pidiendo que se suprimieran los impuestos a los licores cuyanos y se gravaran los importados para proteger la industria”.

Un completo programa de economía que asentada en el desarrollo del mercado interno, fomentara la industria regional, generara inclusión social y sentara las bases para el crecimiento y la exportación.

En Perú, años después, siguió con estos conceptos políticos económicos. Los mismos se vieron reflejados en el llamado Reglamento de Comercio. Allí dispuso la duplicación de los derechos de importación sobre los artículos que pudieran competir con los del país; eliminó aduanas interiores; decretó que sólo los peruanos podían ejercer el comercio minoristas; prohibió la exportación de metálico; rebajó las tasas aduaneras a los barcos de bandera peruana o americana y creó un banco presidido por el ministro de hacienda, con accionistas particulares nativos y sus fondos se mantuvieron siempre separados del gobierno. “El banco peruano debió cerrar por la oposición del comercio inglés y el Reglamento de Comercio fue modificado por la presión de los mismos intereses cuando San Martín se alejó del Perú”, remarcaron los integrantes del centro de estudios “Arturo Jauretche”.

Para ellos, todos estos hechos “indican que San Martín percibía la estrecha relación entre independencia económica y defensa nacional cuando estos temas no habían sido estudiados aún por ninguna escuela científica ni militar”.

Artigas y San Martín representaron los intereses de las mayorías sociales.

Se convirtieron en sus líderes políticos y sus medidas económicas desde los estados creados impulsaron respuestas concretas para satisfacer las necesidades existenciales de la gente que se jugó la vida detrás de estos dirigentes populares.

La aplicación de estos proyectos políticos, económicos, sociales y educativos generó el rechazo del grupo dominante que se hizo cargo de los resultados de la guerra por la liberación nacional luego de 1816.

De allí que ambos fueran exiliados, desterrados y posteriormente falsificados de acuerdo a los intereses de diferentes grupos de poder, fundamentalmente las fuerzas armadas de Uruguay y Argentina.

Los que siguieron a San Martín y Artigas tenían entre quince y sesenta años.

Ellos abandonaron todo lo material en pos de concretar aquellos proyectos colectivos basados en esas ideas políticas y económicas.

Los que hoy no siguen a nadie, los más castigados por el modelo que se aplica en estos arrabales del mundo, también tienen entre quince y sesenta años.

Pero no saben casi nada de las ideas políticas que hicieron de San Martín y Artigas líderes populares.

Por eso la necesidad de devolver a los dos José a la existencia cotidiana de las mayorías rioplatenses.

De difundir sus ideas políticas y económicas y defenderlos de tanto bronce vacío y discusiones particulares que vuelven a negar el verdadero fundamento de su paso a la posteridad: el haber sido representantes de las masas anónimas que decidieron con sus ideas ser protagonistas y no merca comparsa en la historia del sur de América.

Los exilios de San Martín y Artigas

1820, año límite para el sueño de inventar “una nueva y gloriosa nación”, aquella a la que a sus plantas se rendía el león de la globalización de entonces, Gran Bretaña.

El proyecto político de la Revolución de Mayo, el Plan de Operaciones de Moreno es una leyenda de la que ya nadie habla y la idea de la igualdad se murió en la papeleta del conchabo que establecía con claridad que solamente tenían derecho aquellos que eran propietarios y los peones obedientes a los patrones de estancia.

En los primeros días del año 20, en la quebrada de Belarmino murieron los mejores oficiales indios de las misiones que seguían al general de los humildes. De los casi veinte mil orientales que hicieron el éxodo en octubre de 1812, solamente quedan 400 sobrevivientes con Artigas.

“Formen la tropa y disuélvanla en mi nombre, que cada uno vaya donde quiera. Yo no pienso pelear más contra los portugueses. Toda resistencia ahora me parece un sacrificio inútil”, dice Don José.

“Nadie mueve a ninguno de los últimos cuatrocientos hombres”, narra Jesualdo.

En uno de los últimos campamentos antes de entrar a Misiones, recibe la visita de dos caciques del Chaco que han atravesado muchas leguas para ofrecerle su indiada.

Cuando tenía 76 años aún su nombre despertaba sentimientos de rebeldía y dignidad, palabras que bien podrían ser sinónimos, en aquel entonces, en este presente.

Lo engrillaron y estuvo seis meses presos en Paraguay.

A los ochenta años lo trasladaron a un rancho en el Ibiray, cerca de Asunción. “Es lo que queda de tantos trabajos: hoy vivo de limosnas”, dijo Artigas.

Murió el 23 de setiembre de 1850, aunque varias veces sufrió distintas muertes, entre otras la que produjo la falsificación histórica, el permanente ocultamiento de sus pensamientos y prácticas políticos y económicos.

1820, el año en que los sueños de Mayo se fueron con los dos José.

San Martín era el jefe del Ejército de Los Andes, del primer ejército popular latinoamericano en armas, como diría el historiador Norberto Galasso. Desde Rancagua en adelante San Martín ya no sería empleado del estado argentino.

Sus ideas políticas y económicas lo dejaron prescindente.

Retiro involuntario por disposición de un gobierno que llevó adelante la más profunda de las reformas del estado argentino: la reconversión de las ideas de Mayo de 1810 en el rol que exigiera cumplir el primer mundo de la época.

Reforma política del estado y San Martín despedido, jubilado sin sueldo, militar en armas pero con dineros chilenos y peruanos.

Antonio Gutiérrez de la Fuente, joven militar peruano, el 22 de mayo de 1822 se embarcó en El Callo con rumbo a Valparaíso. Su misión era llegar a Buenos Aires y pedir apoyo financiero para terminar la guerra de liberación continental. Dos veces habló con Bernardino Rivadavia. El 14 de agosto de 1822 se volvió con las manos vacías.

Según Félix Luna, “Rivadavia dio el golpe definitivo a la expedición pedida por San Martín en 1822; en 1825, los rivadavianos del congreso facilitaron, sin moverseles un pelo, que el Alto Perú abandonara el conjunto rioplatense”.

En 1823, San Martín le escribió a su amigo Tomás Guido: “Ignora usted por ventura que en el año 23 cuando yo por ceder a las instancias de mi mujer de venir a Buenos Aires, se apostaron partidas en el camino para prenderme como a un fascineroso, lo que no realizaron por el piadoso aviso que se me dio por un individuo de la misma administración...hay alcaldes de lugar que no se creen inferior a un Jorge IV”.

Estanislao López, caudillo santafesino, le remitió a San Martín una esquila en la que comentaba: “Se de manera positiva, por mis agentes en Buenos Aires, que a la llegada de usted a aquella capital, será mandado a juzgar por el gobierno en un consejo de guerra de oficiales generales, por haber desobedecido sus órdenes de 1819 haciendo la gloriosa campaña de Chile, no invadir a Santa Fe y la expedición libertadora del Perú...siento el honor de asegurar a usted que a su solo aviso estaré con mi provincia en masa a esperar a usted en el desmochado para llevarlo en triunfo hasta la plaza de la victoria”. San Martín prefirió seguir coherente a su postura de no desenvainar su espada contra hermanos.

En setiembre de 1824, Rivadavia desnudó su sentimiento hacia San Martín en una carta dirigida a Manuel García: “Es de mi deber decir a usted para su gobierno que es un gran bien para ese país que dicho general esté lejos de él”.

La reaparición de San Martín y la continuidad de la falsificación histórica.

“Don José”.

José Ignacio García Hamilton presentó una biografía novelada sobre San Martín, titulada “Don José” en julio del año 2000. En menos de un mes agotó una edición y vendió más de cincuenta mil ejemplares. Cada una de sus presentaciones termina en escándalo debido a la

presencia de grupos fascistas que disfrazados de sanmartinianos puros tratan al autor de poco menos que hereje. Así ocurrió en la Feria del Libro de Rosario y también en Mendoza. García Hamilton se apropia de algunos detalles que distintos historiadores e investigadores fueron revelando en torno a San Martín. La posibilidad de que sea hijo de Diego de Alvear y de la india guaraní Rosa Guarú, hecho que la tradición oral correntina da por cierto y que se puede apreciar escuchando “Memoria de la sangre” del conjunto musical “Los de Imaguaré”; la adicción del general al opio; su gusto por las mujeres; la apertura de una cuenta en Gran Bretaña con fondos oficiales; son algunos de los hechos que despertaron la polémica en torno a la obra del escritor.

Incluso hay reflexiones que pueden democratizar la polémica en torno a la historia oficial. Hace poco tiempo el propio García Hamilton publicó que parte de la sociedad argentina “prefiere tener como progenitor simbólico a un hijo legítimo con sangre puramente europea. Hasta la posibilidad de que fuera adoptado ha sido tomado como un insulto en ciertos sectores recalcitrantes”.

Y terminaba diciendo que “en un país donde hace menos de veinticinco años el terrorismo de estado sustituía la identidad de seres vivos (los hijos de secuestradas embarazadas que luego hacían desaparecer), resulta curioso que no se admita ni siquiera reconsiderar algunos rasgos filiatorios de un hombre que murió hace ciento cincuenta años y cuyos méritos no sufrirían ninguna mengua de confirmarse estos nuevos aportes”.

Para el historiador Hugo Chumbita, “un libro de memorias escrito en el siglo XIX por María Joaquina de Alvear y Sáenz de Quintanilla confirma rumores que recorren dos siglos de historia argentina: San Martín fue hijo del español Diego de Alvear y de una india guaraní, de quien la tradición afirma que se llamaba Rosa Guarú”.

Según su interpretación, “San Martín padeció su destino americano: no saber quién era, el extrañamiento, la ausencia materna, la conciencia de ser hijo de la violencia de los dominadores sobre los pueblos nativos. Se alzó desafiando al mundo de su padre. Transformó su humillación en rebeldía política. La persona, la memoria y la significación de San Martín no son patrimonio de una familia, ni siquiera de un país. Es una figura americana y universal. Es hora de saber quién fue”.

Lo fundamental del dato según el punto de vista de Chumbita es que sirve “para entender y resolver, entre otros enigmas, su venida a América en 1812, sus contradicciones con la élite porteña y su concepción de la revolución, la forma de gobierno y el destino común de los países emancipados”.

Sin embargo, ninguna de estas cuestiones parecen alumbrar la necesidad de revelar y masificar el pensamiento político, económico y social de San Martín.

Es más, al volver la discusión en torno a su comportamiento privado, individual, se lo recorta y se lo separa el sujeto social que le dio la dimensión de hombre público, es decir, las masas voluntarias que lo convirtieron general de Los Andes.

De tal forma se repite la más perversa de las lógicas de la falsificación histórica, aquella que supone que los grandes hechos son protagonizados y producidos solamente por grandes hombres, por semidioses que están más allá de los demás mortales.

El sistema económico y político que mantiene una estructura social que tiene en el vértice de la pirámide a un reducido grupo privilegiado continúa intocable. San Martín parece ser un hijo directo del status quo o, en el peor de los casos, uno de los principales gestores de la Argentina actual.

“San Martín y la tercera invasión inglesa”.

Pero quizás el autor que más cuestione el rol político de San Martín, sea Juan Bautista Sejean en sus dos libros “San Martín y la tercera invasión inglesa”, de julio de 1997, y su reciente “Prohibido discutir sobre San Martín”.

A pesar de las cuatro ediciones de su primer obra, Sejean sufrió los efectos de la censura de los grandes diarios nacionales, hecho repudiable en el marco de la democracia argentina.

Sus textos concluyen en que San Martín fue “el sucesor de Beresford y de Whitelocke, o, para ser más preciso, el jefe de la tercera invasión inglesa al Río de La Plata. Disfrazada, naturalmente, escondida dentro de la llamada “Logia de Lautaro”, especie de envase hermético con etiqueta criolla que contenía la salsa inglesa que supimos digerir”, sostuvo Sejean.

Para el autor, “el golpe de estado del 8 de octubre de 1812 por el cual la logia se encaramó en el poder colocando en los puestos claves del gobierno a sus hombres”, Nicolás Rodríguez Peña y Antonio Álvarez Jonte, favorecieron a los ingleses. Llega a decir que Saturnino Rodríguez Peña “fue innegablemente un agente inglés pues no solamente ayudó a escapar a Beresford sino que también percibía una pensión del gobierno británico y una asignación del general Whitelocke”. Sejean no repara en el hecho de que Nicolás Rodríguez Peña formaba parte de los logistas que respondían a Carlos de Alvear, contrario a los proyectos sanmartiniano, según declaró el general Zapiola a Bartolomé Mitre.

Sejean dice que el abandono que hizo San Martín del ejército del norte para “dirigirse a Córdoba” fue porque en esa ciudad estaba Paroissien, “el primer extranjero que solicitó la naturalización” en el país y dirigía una fábrica militar de pólvora. Con el tiempo Paroissien sería uno de los encargados de comprar dos barcos de guerra con fondos de un empréstito peruano. Para Sejean se trata de un hombre que trabajaba para Londres y que siempre acompañó a San Martín por esa misma razón. No hay mayores fundamentos para adjudicar al correntino una relación contractual o de subordinación a Gran Bretaña por esta relación con Paroissien.

Luego cuestiona la designación de San Martín como gobernador intendente de Cuyo y la declaración de la independencia en 1816. “En 1813 la asamblea constituyente no dio ese paso porque Inglaterra se opuso, según lo sostiene Rosa (por el historiador revisionista José María). En 1816 San Martín presionó para ello -lo dice Terragno- lo que significa que Londres dio la directiva en ese sentido”, remarca Sejean.

Resulta curioso el desarrollo de la lógica del autor. San Martín en 1813 apenas comenzaba a producir hechos políticos como el alzamiento de octubre del año anterior y la batalla de San Lorenzo y tres años después, siendo gobernador de Cuyo, demanda una rápida decisión política para la declaración de la independencia. La conclusión parece descansar más en los aspectos del desarrollo de los hechos internos y del proyecto sanmartiniano que en las decisiones tomadas supuestamente desde Londres en 1816.

A posteriori señala la comunicación de la independencia de Chile a lord Castlereagh, la orden de partir hacia el Perú, la independencia del mismo país, su partida de la tierra de los incas como consecuencia de una resolución de “los amigos (la logia)” y que sería nada menos que una decisión de Gran Bretaña. Dice Sejean que “en su aspecto formal, en su epidermis, su misión no ofrece matices espurios. Empero, detrás de ella se advierte nítidamente entre bambalinas la actuación del titiritero inglés. Duff, Castlereagh, Paroissien, Robertson, dirigían o vigilaban sus pasos estrechamente para la consecución de las metas fijadas”. No hay ninguna documentación citada que fundamente semejante serie

de relaciones que establezca en una aparente cadena de causas efectos la subordinación de San Martín al imperio dominante del siglo XIX.

Termina diciendo que “los ingleses consiguieron todo lo que habían programado. Dividieron y luego reinaron. San Martín contribuyó sensiblemente para lo primero. Seguramente nunca pasó por su cabeza que con su acción iba a sentar las bases de un largo período de coloniaje británico en esta parte del mundo”.

El trabajo es desafiante y polémico y a la vez contradictorio.

Si los ingleses consiguieron “todo lo que habían programado” no fue por obra y gracia de San Martín sino por los sucesivos gobiernos que convirtieron al país en “una de las joyas de la corona de su graciosa majestad”.

Pero he aquí otra vez el vicio de la falsificación histórica: los procesos sociales generan líderes, pero estos expresan la decisión de distintos sectores de un país o de una región.

La derrota del proyecto sanmartiniano, de su economía social puesta en funcionamiento en Cuyo, Chile y Perú, fue consecuencia de la victoria del programa político de la burguesía de Buenos Aires en relación con el capital inglés. El principal referente es Bernardino Rivadavia, enemigo político de San Martín, tanto en lo particular como en lo político. Y el que cobraba como miembro de una empresa inglesa era Rivadavia y no San Martín, como ocurrió con la Compañía Minera de Famatina.

El caso paradigmático de traición a la patria fue el que intentó llevar adelante Carlos de Alvear, enemigo político de San Martín y, según los recientes estudios, medio hermano del general de Los Andes.

El 31 de enero de 1815, Manuel José García, enviado del recientemente designado Director Supremo de las Provincias Unidas, Carlos de Alvear, partió de Buenos Aires con destino a Río de Janeiro para entrevistarse con Lord Castlereagh. Le llevaba una carta del jefe de estado argentino: “Este país no está en edad ni en estado de gobernarse por si mismo y necesita una mano exterior que lo dirija y sostenga, antes que se precipite en los horrores de la anarquía”.

Alvear agregaba más adelante que “en estas circunstancias solamente la generosa Nación Británica puede poner un remedio eficaz a tantos males, acogiendo en sus brazos a estas Provincias, que obedecerán su gobierno y recibirán sus leyes con el mayor placer, porque conocen que es el único remedio para evitar la destrucción del país”.

Queda claro quién era el que quería la dominación británica.

Sin embargo los ingleses prefirieron seguir con sus negocios. No les interesaba el dominio político y si su colonialismo, primero mercantil y luego financiero. Esa parece haber sido la decisión política después de las derrotas de las invasiones realizadas en 1806 y 1807.

En junio del mismo año, otra vez Alvear, verdadero enemigo de San Martín en lo político, le envió un detallado informe al ministro español que se encontraba en Río de Janeiro exponiendo la descripción de “la fuerza efectiva de línea que tienen las Provincias del Río de la Plata que están en insurrección”. Tropas de infantería, caballería, artillería, cuerpos cívicos, informes sobre los trabajos de San Martín en Mendoza, los estragos de la desertión, el ánimo en las montoneras de Artigas, la situación política de Córdoba, Tucumán y Buenos Aires y además de semejante información, “dos semanas después uno de los compañeros de exilio de Alvear -Angel Monasterio, que fuera miembro del Consejo de Estado de Posadas y Alvear- hacía llegar al ministro español un plano de Buenos Aires con el plan de defensa que se había preparado en caso de invasión”, cuenta el historiador Felipe Cárdenas.

Y el 23 de agosto de 1815, Alvear le terminó pidiendo perdón a Fernando VII: “Es muy sensible a un español que nació con honor...presentarse ahora a vindicar su conducta en actitud de un delincuente y con las sombras de rebelde y enemigo de su Rey. Yo habría ido lejos de los hombres a ocultar mi vergüenza, si no conservase una esperanza de poder hacer disculpables mis procedimientos o si conociese menos la clemencia del Soberano y la indulgencia de sus ministros”.

Sin embargo, después de haber comandado las tropas americanas en Ituzaingó, en 1824, Alvear ingresaría en el olimpo de la historia oficial argentina, mientras que los proyectos políticos y económicos de sus dos principales enemigos, San Martín y Artigas, serían cuidadosamente relegados y ocultados para las mayorías.

Sería bueno saber qué piensa el doctor Sejean sobre las conductas y hechos políticos de Rivadavia y Alvear.

También es interesante observar que el proyecto político sanmartiniano va creciendo a medida que avanza la identificación de centenares de pobladores de las entonces Provincias Unidas del Río de la Plata con sus hechos y acciones.

De tal forma no es ilógico pensar, tal como lo hiciera Mariano Moreno en su Plan de Operaciones, el propio Artigas en su Reglamento de Tierras e Instrucciones a los Diputados, que la guerra de liberación nacional debía ser continental y que, por lo tanto, la idea de la unidad de las nuevas naciones sería paralelo y posterior al proceso independentista, tal como lo consignó el mismísimo Simón Bolívar. San Martín no podía estar en contra de una unidad que histórica y políticamente no existía ni en los hechos ni en los proyectos.

Su ideología era la derivada del liberalismo español que se opuso a la invasión napoleónica y con el cual vino a estas tierras para seguir luchando contra las monarquías, según coinciden la mayoría de los historiadores.

Al mismo tiempo Sejean se contradice porque permanentemente opina que el general trabajaba a sabiendas para la logia y de acuerdo a los planes ingleses pero termina diciendo que “seguramente nunca pasó por su cabeza que con su acción iba a sentar las bases de un largo período de coloniaje británico en esta parte del mundo”.

A pesar de esta discusión conceptual y política, de la falta de documentación para fundamentar sus dichos, el libro de Sejean abre una brecha para indagar en los motivos políticos de la falsificación histórica o su proceso paralelo, la construcción de la historia oficial. Sus denuncias sobre las censuras del presente y la publicación del decreto 22.131 del año 1944 que prohibía discutir sobre San Martín, definen con claridad hasta qué punto el sistema necesita preservar ciertas ideas sobre la formación del país para que nadie intente pensar que la nación del hoy es totalmente contraria a los proyectos que sostuvieron algunos de sus prohombres.

“Maitland & San Martín”.

Otra de las publicaciones recientes sobre San Martín y sus relaciones con los ingleses es el libro de Rodolfo Terragno, actual ministro coordinador, llamado “Maitland & San Martín”, editado en 1998.

“Al cruzar Los Andes, derrotar a los españoles en Chile y seguir a Perú, San Martín puso en práctica el plan que el general Thomas Maitland le presentara en 1800, en Londres, a Henry Dudas (más tarde vizconde Melville), secretario de Guerra del gobierno de William Pitt El Joven”, cuenta Terragno.

Sostiene que “San Martín buscó el apoyo británico. Esto no lo hace menos patriota. La conducción de toda guerra requiere una política de alianzas. Esto no significa identificarse con los ideales o los intereses de los aliados. El propio San Martín había aprendido en España que las alianzas militares son necesidades transitorias. Durante años arriesgó su vida junto a los franceses en lucha contra aquellos ingleses de los cuales había sido prisionero. Luego, terminó peleando al lado de los ingleses contra el invasor francés”. Según el escritor y actual funcionario, “San Martín no fue un agente inglés”.

Para Terragno, “la campaña de San Martín no fue sólo una magnífica campaña militar. El Libertador presionó por la independencia del Río de la Plata, contribuyó a la creación de Chile, proclamó la independencia de Perú y gobernó ese país. Combinó propósitos políticos y militares y los llevó a cabo al mismo tiempo. Una de las razones por las cuales Gran Bretaña nunca se decidió a aplicar un plan como el de Maitland fue, precisamente, por la falta de un líder de las características de San Martín”.

Termina diciendo que “San Martín demostró ser un líder con aquellas virtudes. Como general fue brillante. Como estadista, visionario. Honrarlo no obliga a ignorar el mérito de Maitland. El oficial escocés concibió, dos décadas antes de la expedición y sin conocimiento directo de Sudamérica, un plan que (está demostrado) era factible y eficaz. La caída del Perú, que ocurrió de un modo similar al sugerido por Maitland, marcó -como él lo previera- el fin del dominio español en Sudamérica”.

A pesar de esta presencia de San Martín en los medios de comunicación del año 2000, su pensamiento político y económico sigue desconocido para las grandes mayorías argentinas. Como también es preciso remarcar la continuidad de la falsificación histórica.

Otra vez la historia aparece como el producto de los grandes hombres.

Como si nadie hubiera cruzado la cordillera junto al correntino, como si nadie hubiese muerto y sangrado en San Lorenzo, Chacabuco, Cancha Rayada y Maipú.

¿O no fueron 3.700 voluntarios los que siguieron a San Martín en la utopía del cruce de Los Andes?.

¿No fueron ellos los que legitimaban al general?.

¿Y por qué lo hicieron?.

Seguramente no fue porque entendían que San Martín era hijo de guaraníes o de españoles, o porque era mujeriego o fiel esposo; tampoco pelearon porque les urgía saber si era masón, agente inglés o monárquico; sino porque los proyectos económicos y políticos que encarnaba eran las respuestas para sus necesidades existenciales.

Esa es la porción de la historia que se sigue ocultando al pueblo argentino.

Y en esa continuidad de la mentira se explica gran parte de la desesperanza de miles de argentinos que no saben dónde encontrar un camino para salir de las injusticias del presente.

Malditos e indispensables.

“Maldita sea mi estrella. El general San Martín siempre será un sospechoso en su país”, dijo el general correntino que se reconocía indio y que se opuso al proyecto de la burguesía porteña.

La maldición que alcanzó a San Martín y Artigas no es individual.

Sino colectiva.

La marginación, el olvido construido sobre sus proyectos económicos, políticos y sociales, conforman la derrota de un proyecto que incluía a las masas gauchas y nativas, a los pequeños propietarios y a las economías regionales.

La hipocresía institucionalizada a partir de la construcción de la historia argentina y uruguaya difundida desde la concentración de las riquezas que ahogó al interior y condenó a las mayorías a ser meras espectadoras de los procesos sociales; hizo que se levantaran estatuas, se multiplicaran calles y avenidas, pueblos, comunas y ciudades con los nombres de los exiliados, perseguidos, desocupados y censurados San Martín y Artigas.

Tanto bronce, tanta mentira, ocultaron los proyectos político, social y económico de ambos José.

La historia oficial los elevó a padres de la patria luego de haber ocultado sus derrotas frente a los intereses de las burguesías y oligarquías del Litoral, el Plata y las provincias de Buenos Aires y parte de la mesopotamia argentina.

La suerte de individual de Artigas y San Martín fue la suerte de las mayorías que le habían puesto del cuerpo a las ideas de la revolución de mayo.

Jubilados sin sueldos, despedidos de los estados nacientes por sus ideas políticas y económicas, San Martín y Artigas constituyen una imagen del presente: víctimas, como millones de personas, de un sistema de economía concentrada al servicio a los intereses de los dueños de la globalización.

Sin embargo, ambos forman parte del necesario ideal existencial que descubrirán las nuevas generaciones americanas.

Cuando los pibes del nuevo milenio vuelvan a morder los privilegios y se enamoren de los viejos proyectos aún por ser, Artigas y San Martín volverán a caminar con ellos para completar sus proyectos de igualdad, libertad y justicia para los que son más en estos barrios cósmicos del sur.

De Cavallo a Belgrano

Postales del tercer milenio

A 191 años de la revolución de Mayo, del surgimiento del país, miles de argentinos deciden irse todos los días como consecuencia de un sistema que garantizó la concentración de riquezas en pocas manos y la multiplicación de la angustia entre los muchos.

No se trata de un trabajo histórico.

Es un ensayo periodístico político.

La excusa para un debate sobre el sentido de la vida colectiva en la Argentina de 2001.

Y con dos referentes fuertes.

Sabedores que nunca los hombres públicos son solamente ellos, sino los grupos de intereses que representan.

Uno de los dos, es un político que recorrió los últimos 30 años de historia del siglo XX y principios del tercer milenio, Domingo Felipe Cavallo.

A pesar de haber surgido como referente intelectual de industrias del interior -así se definieron los empresarios de la Fundación Mediterránea a fines de los años setenta-, el hombre nacido en San Francisco fue siempre el hombre de confianza de los financistas estadounidenses en América latina. De allí que sus primeros servicios los cumpliera de la mano de los asesores de norte durante la narcodictadura boliviana de principios de los años ochenta. Y luego se convirtiera en el político economista preferido del hombre fuerte del Batallón de Inteligencia 601 durante el terrorismo de estado, el general Horacio Liendo. Luego su paso por el Banco Central, la estatización de la deuda externa privada, su arribo a los restos del peronismo, la nueva garantía para los acreedores a través de sus amigos Nicholas Brady y David Mulford, la supuesta estabilidad al mismo tiempo que multiplicaba por tres el número de pobres en el Gran Rosario y en el país, y la llegada como “salvador con superpoderes” durante el rápido ocaso de la Alianza. Desde este presente un nuevo servicio para sus verdaderos sostenedores: canje de bonos de la deuda a favor de pocos bancos estadounidenses, generalización del IVA e impuestos al cheque. Todo para los bancos externos. “La aristocracia del dinero”, diría Manuel Dorrego.

El hombre que dice confiar en el futuro del país, en el colmo del cinismo, acaba de renovar su pasaporte italiano.

Los encuestadores profetizan que Cavallo será uno de los candidatos a presidente en el año 2003.

Político economista y con influencia sobre más de veinte años del proceso social histórico argentino, Domingo Cavallo es la expresión de factores de poder propios y ajenos que impactan de alguna manera en la existencia de las mayorías.

“Mi marido es un patriota”, dijo su esposa Sonia en un programa televisivo el sábado 12 de mayo de 2001.

¿Qué quiere decir ser patriota en el tercer milenio?.

¿Qué lo separa de otro político economista que tuvo importancia durante los primeros veinte años del siglo XIX, cuando se formó el nuevo país?.

¿Qué cosas vinculan y cuáles son las que lo distancian de Manuel Belgrano?.

¿Tiene algún sentido formular estas preguntas?.

¿Tiene algún sentido, en estos tiempos de Cavallo, celebrar el 25 de Mayo como el día de la patria?

¿Qué diablos significa el país para los que se quedan y para los que se desesperan por irse del territorio dominado por los intereses representados por Cavallo?

La propuesta es identificar en ambos quiénes eran los sujetos históricos de sus proyectos; qué relación tenían con la corrupción, el estado, la educación, el trabajo y las potencias dominantes de sus tiempos.

A 191 años de la revolución, las ideas de Belgrano superan a las de Cavallo en cuanto al desarrollo integral de la sociedad argentina.

De tal forma, lo que sigue es una forma de balbucear una historia política del futuro, un conjunto de imágenes y palabras que nos devuelva la pasión por recuperar un país que sea definitivamente de los que son más y no de sus impunes saqueadores.

Belgrano, el político de la revolución

“...el vestido de los héroes de la Patria, siempre tirados y siempre en trabajos y pocos menos que desnudos”, escribió Don Manuel en una de sus 370 cartas reunidas en el llamado “Epistolario Belgraniano”, recientemente editado.

El párrafo hace mención a sus compañeros de armas. Los describe como héroes de la Patria. Son anónimos. Pero ellos son los héroes. Los protagonistas de la historia.

Para Belgrano, entonces, el sujeto social son las masas anónimas, las que combaten en el interior en pos de una nación americana.

“Llora la guerra civil y destruidora en que infelizmente está envuelta la América”, se lamentaba el dirigente que había sido educado en España en medio de las privaciones económicas propias y las de toda su familia. Se recibió de abogado, volvió y a los 24 años ya era secretario del consulado en Buenos Aires.

Ya estaba “hecho”, según el malversado sentido común de estos tiempos.

Sin embargo repetirá una y otra vez un concepto político existencial desmesurado. Una infranqueable intransigencia contra toda forma de corrupción.

“Ofrezco a VE la mitad del sueldo que me corresponde, siéndome sensible no poder hacer demostración mayor, pues mis facultades son ningunas y mi subsistencia pende de aquel, pero en todo evento sabré también reducirme a la ración del soldado, si es necesario, para salvar la justa causa que con tanto honor sostiene VE”, dijo e hizo el abogado economista transformado en militar.

“No quiero pícaros a mi lado...Lo mismo es morir a los cuarenta que a los sesenta, no me importa y voy adelante, quiero volar, pero mis alas son chicas para tanto peso”.

¿Cuál era el vuelo que quería remontar Belgrano?

¿Qué cielo imaginaba para esas masas miserables que lo seguían?

¿Por qué le achicaron las alas al general?

Dice y repite que en las revoluciones *“los que las intentan y ejecutan, trabajan las más de las veces para que se aprovechen los intrigantes...es la época de aprovecharse”*. Pero él no se aprovechó. Estuvo siempre a la orden de los distintos gobiernos que se hicieron cargo de un país todavía enemigo de si mismo. De una colonia que quería cambiar de dueño y formar parte, relaciones carnales mediante, con la potencia hegemónica de entonces, Gran Bretaña.

“Entré a esta empresa con los ojos cerrados y pereceré en ella antes que volver la espalda...”, confesó y fue fiel a esas palabras.

Palabras refrendadas con hechos.

Palabras de un político refrendadas con hechos.

Compromiso. Como así se le llamaba a la coherencia en los años setenta del siglo XX también en estas tierras de América latina.

Un compromiso que lo llevaba a la locura.

En Vilcapugio, Belgrano estaba “parado como un poste en la cima del morro, con la bandera en la mano, parecía una estatua”, narran los historiadores. Allí estaba, en medio del desbande, sosteniendo la bandera por la que había sido juzgado.

¿Por qué ese hombre que había logrado un difícil, pesado y fatigoso ascenso social se exponía a la muerte en un sucio campo de batalla?.

También sostienen los cronistas oficiales que Belgrano, en la retirada de Vilcapugio, se ubicó en la retaguardia y cargó un fusil y cartuchera de un herido.

Estaba cargado de ideas y proyectos. Enamorado de un país inventado en las mesas de cafés clandestinos antes de que estallara el 25 de mayo.

“*Crea V que es una desgracia llegar a un país en clase de descubridor*”, dijo en una clara demostración de inteligencia y modestia.

Allí se juega el destino de sus sueños. Las ideas de un grupo de una incipiente clase media que tomó el cielo por asalto y que no entendía que allá lejos, a través de ríos y pampas, allá en el interior, se pensaba y se creía en otras cosas. Será un choque para Belgrano, Castelli y los otros revolucionarios. Eso es lo que connota esta primera impresión de Don Manuel cuando se entrevista con la gente de carne y hueso del país que tendrá que descubrir. “*Esta gente son la misma apatía; estoy convencido de que han nacido para esclavos*”, dijo.

Repitió en abril de 1818: “*todo es país enemigo para nosotros, mientras no se logre infundir el espíritu de provincia, y sacar a los hombres del estado de ignorancia en que están, de las miras de los que se dicen sus libertadores, y de los que los mueven para satisfacer sus pasiones*”.

Diez años de guerra continua en favor del proyecto de la revolución de Mayo lo llevaron a enfrentarse con Artigas aunque sostenía sus mismas ideas políticas y económicas.

La revolución belgraniana

Pero hay un momento de la transformación de la acción política en Belgrano.

El 15 de julio de 1810 escribió los nueve puntos básicos para la Primera Junta de Gobierno surgida del 25 de mayo.

Es necesario un plan que “*rigiese por un orden político las operaciones de la grande obra de nuestra libertad*”.

Allí describía el cuadro de situación heredado del Virreynato: “*Inundado de tantos males y abusos, destruido su comercio, arruinada su agricultura, las ciencias y las artes abatidas, su navegación extenuada, sus minerales desquiciados, exhaustos sus erarios, los hombres de talento y mérito desconceptuados por la vil adulación, castigada la virtud y premiados los vicios*”.

Ese documento se la base del Plan de Operaciones de Mariano Moreno, a la sazón nombrado como secretario de la Junta. Agosto de 1810. Moreno, entonces, a sugerencia de Belgrano, es el encargado de redactar el programa político y económico que le dará encarnadura al invento de 162 personas que el 25 de mayo decidieron hacer un nuevo país y separarse de España.

Moreno escribirá el “Plan de Operaciones. Que el gobierno provisional de las Provincias Unidas del Río de la Plata debe poner en práctica para consolidar la grande obra de nuestra libertad e independencia”.

Para la junta era vital el proyecto, el horizonte hacia donde marchar.

La situación no podía ser peor: “En el estado de las mayores calamidades y conflictos de estas preciosas provincias; vacilante el gobierno; corrompido del despotismo por la ineptitud de sus providencias, le fue preciso sucumbir, transfiriendo las riendas de él en el nuevo gobierno provisional de las Provincias Unidas del Río de la Plata, quien haciéndose cargo de la gran máquina de este estado, cuando se halla inundado de tantos males y abusos, destruido su comercio, arruinada su agricultura, las ciencias y las artes abatidas, su navegación extenuada, sus minerales desquiciados, exhaustos sus erarios, los hombres de talento y méritos desconceptuados por la vil adulación, castigada la virtud y premiados los vicios...”, describieron los integrantes del gobierno provisional el 18 de julio de 1810.

Moreno define la revolución como un proyecto sudamericano: “El sistema continental de nuestra gloriosa insurrección”.

Para el secretario es necesario modificar la estructura social: “tres millones de habitantes que la América del Sud abriga en sus entrañas han sido manejados y subyugados sin más fuerza que la del rigor y capricho de unos pocos hombres”. Moreno sabe que los privilegios deben ser suprimidos si en verdad se quiere crear “una nueva y gloriosa nación”, como dirá más tarde una de las estrofas mutiladas del Himno Nacional.

Es la misma idea de Belgrano cuando dice que *“las tres quintas partes de la población y territorio del antiguo virreinato, escapan a nuestro control; la plata del Alto Perú, bloqueada por la insurrección del Mariscal Nieto, resulta vital para las finanzas; representan el 80 por ciento de las exportaciones de la capital. Además los españoles europeos siguen conspirando. Nuestro país es inmenso y despoblado; tal es su presente; sólo le queda acechar como un tigre, un futuro que sin duda será de grandeza”*.

Por ello Moreno quiere insuflar de decisión política al nuevo estado para que sea herramienta de distribución de riquezas: “qué obstáculos deben impedir al gobierno, luego de consolidar el estado sobre bases fijas y estables, para no adoptar unas providencias que aún cuando parecen duras para una pequeña parte de individuos, por la extorsión que pueda causarse a cinco mil o seis mil mineros, aparecen después las ventajas públicas que resultan con la fomentación de las fábricas, artes, ingenios, y demás establecimientos en favor del estado y de los individuos que las ocupan en sus trabajos”.

Y agrega que “si bien eso descontentará a cinco mil o seis mil individuos, las ventajas habrán de recaer sobre 80 mil o 100 mil”.

Un estado que arbitre lo necesario para cumplir el objetivo de la política, según el propio Moreno, que es “hacer feliz al pueblo”. Un estado que vuelque su poder en favor de las mayorías y en contra de los intereses minoritarios.

Con un proyecto de desarrollo del mercado interno y proteccionista de su comercio y su industria: “se pondrá la máquina del estado en un orden de industrias lo que facilitará la subsistencia de miles de individuos”.

El futuro del país pensado por Moreno “será producir en pocos años un continente laborioso, instruido y virtuoso, sin necesidad de buscar exteriormente nada de lo que necesita para la conservación de sus habitantes”.

Durante una década no habrá interés particular por sobre las necesidades del estado revolucionario: “se prohíbe absolutamente que ningún particular trabaje minas de plata u oro, quedando al arbitrio de beneficiarla y sacar sus tesoros por cuenta de la nación, y esto

por el término de diez años, imponiendo pena capital y confiscación de bienes con perjuicio de acreedores y de cualquier otro que infringiese la citada determinación”.

Repite su cuestión de estado a favor de una igualdad garantizada desde el poder: “las fortunas agigantadas en pocos individuos, a proporción de lo grande de un estado, no solo son perniciosas, sino que sirven de ruina a la sociedad civil, cuando no solamente con su poder absorben el jugo de todos los ramos de un estado”.

No era solamente una advertencia sobre aquel presente, sino una profecía para los tiempos que vendrían.

El 4 de marzo de 1811 Moreno fue envenenado frente a las costas brasileñas y junto a su cuerpo también desapareció la voluntad política de generar y sostener un estado revolucionario.

La metáfora del cuerpo del revolucionario sumergido y desaparecido en el Atlántico es un macabro prólogo de lo que sucedería en los años setenta del siglo XX con aquellos que intentaban un cambio estructural en la sociedad argentina.

La cuestión educativa

“Ni la virtud ni los talentos tienen precio, ni pueden compensar con dinero sino degradarlos; cuando reflexiono que nada hay más despreciable para el hombre de bien, para el verdadero patriota que merece la confianza de sus conciudadanos en el manejo de los negocios públicos que el dinero o las riquezas, que estas son un escollo de la virtud que no llega a despreciarlas, y que adjudicarlas en premio, no sólo son capaces de excitar la avaricia de los demás, haciendo que por general objeto de sus acciones subroguen el bienestar particular al interés público, sino que también parecen dirigidas a lisonjear una pasión seguramente abominable en el agraciado...he creído propio de mi honor y de los deseos que me inflaman por la prosperidad de mi patria, destinar los expresados cuarenta mil pesos para la dotación de cuatro escuelas públicas de primeras letras”. Esas escuelas, aún en pleno año 2001, todavía no fueron construidas.

Ese es el tamaño de la hipocresía de la historia oficial argentina.

La exacta dimensión de cuatro edificios escolares ausentes en el norte argentino.

A principios del siglo XIX, Belgrano periodista escribía que *“uno de los principales medios que se deben adoptar a este fin, son las escuelas gratuitas adonde pudiesen los infelices mandar a sus hijos sin tener que pagar cosa alguna por su instrucción; allí se les podían dictar buenas máximas e inspirarles amor al trabajo, pues en un pueblo donde no reine este, decae el comercio y toma su lugar la miseria”.* Es decir, educación y trabajo garantizados por el estado.

Ricardo Caillet Bois sostuvo que “Belgrano propuso combatir la ignorancia del labrador mediante la fundación de escuelas agrícolas” y criticó “la falta de un comercio activo y de buenas comunicaciones. Aconsejó la rotación y diversificación de los cultivos, y la extirpación de las malezas. De paso señaló la importancia de los abonos y la necesidad de impedir la tala forestal en forma irracional. Abogó por el cultivo del lino y del cáñamo, por el establecimiento de fábricas de curtiembres y como la polilla era el enemigo mortal de los cueros apilados, bregó para que la ciencia hallase la ansiada solución. Con el fin de lograr un mejor nivel de la población campesina se manifestó partidario de las explotaciones agrarias por cooperativas, y de la enfiteusis, adelantándose así en doce años a la realización rivadaviana”.

“Pónganse escuelas de campaña. Obliguen los jueces a los padres a que se mande sus hijos a la escuela. Y si hubiesen algunos que se resistiesen a su cumplimiento, tomen a su cargo los hijos y póngalos al cuidado de personas que los atiendan. Siempre he clamado por la educación. Sin educación, en balde es cansarse, nunca seremos más de lo que desgraciadamente somos”.

Lo económico

Un estado al servicio del mercado interno. Agil y capaz de generar educación y trabajo para todos. Dispuesto a introducir avances tecnológicos. Ese es el pensamiento de Belgrano, político economista.

“Los hornos del célebre Rumford, sólo se conocen aquí por Cerviño y Vieytes, que los han establecido para sus fábricas de jabón, y seguramente no debería haber casa donde no los hubiese mucho más notándose la falta de combustible, para lo cual no veo que se tomen disposiciones a pesar de nuestros recursos. Estos habitantes tienen todo su empeño en recoger lo que da la naturaleza espontáneamente, no quieren dejar al arte que establezca su imperio, y tratan de proyecto aéreo cuanto se intente con él”, escribió en setiembre de 1805.

Denunció como periodista del “Telégrafo Mercantil, Historiográfico, Rural y Político del Río de la Plata” a los estafadores del pequeño comerciante de la colonia. *“Otro mal imponderable al labrador y a los pueblos, es el de los usureros, enemigos de todo viviente, a estos que tragan la sustancia del pobre y aniquilan al ciudadano, se les debe considerar por una de las causas principales de la infelicidad del labrador, y como mal tan grande, no hay voces con qué exagerarlo”*, sostuvo entonces.

El desarrollo del mercado interno era la obsesión de Belgrano: *“Es preciso no olvidar que el comercio es el alma que vivifica y da movimiento al Estado, por la importancia de cuanto necesita y la exportación de sus frutos y efectos de industria, proporcionando a los pueblos, la permutación de lo superfluo por lo que les es necesario, y facilitándoles recíprocamente, todas las especies de consumo a precios cómodos y equitativos, y que por este medio los derechos y contribuciones moderadas, ascienden a una cantidad considerable, que siendo suficiente para las atenciones públicas, la pagan insensiblemente todos los individuos del estado”*, sintetizó en carta al gobernador de Salta, Feliciano Chiclana, el 5 de marzo de 1813.

Repudiaba la apertura indiscriminada de las fronteras porque *“la importación de mercaderías que impiden el consumo de las del país o que perjudican al progreso de sus manufacturas y de su cultivo y lleva tras si necesariamente la ruina de la nación”*. Agregó que *“si el mercader introduce en su país mercancías extranjeras que perjudiquen el consumo de las manufacturas nacionales. El estado perderá primero el valor de lo que ellas han costado en el extranjero; segundo, los salarios que el empleo de las mercancías nacionales habría procurado a diversos obreros; tercero, el valor que la materia prima había producido a las tierras del país o de las colonias; cuarto, el beneficio de la circulación de todos esos valores, es decir, la seguridad que ella habría repartido por los consumos sobre diversos otros objetos; quinto, los recursos que el príncipe o la Nación tienen derecho a exigir de la seguridad de sus súbditos”*, remarcó.

Analizó que los fenómenos de corrupción dentro del estado son proporcionales a la miseria que padecen las mayorías: *“Desengañémonos: jamás han podido existir los estados, luego de que la corrupción ha llegado a pisar las leyes y faltar a todos los respetos. Es un*

principio que en tal situación todo es ruina y desolación, y si eso sucede a las grandes naciones, ¿qué no sucederá a cualquier ramo de los que contribuyen a su existencia?. Si los mismos comerciantes entran en el desorden y se agolpan al contrabando, ¿qué ha de resultar al comercio?; que se me diga, ¿qué es lo que hoy sucede al negociante que procede arreglado a la ley?. Arruinarse, porque no puede entrar en concurrencia en las ventas con aquellos que han sabido burlarse de ella”.

Entiende la necesidad de la distribución de las riquezas cuando escribió que *“la repartición de las riquezas hace la riqueza real y verdadera de un país, de un estado entero, elevándolo al mayor grado de felicidad, mal podría haberla en nuestras provincias, cuando existiendo el contrabando y con él el infernal monopolio, se reducirán las riquezas a unas cuantas manos que arrancan el jugo de la patria y la reducen a la miseria”.*

Pero para lograrlo es fundamental la decisión política desde el estado.

“Nadie duda que un estado que posea con la mayor perfección el verdadero cultivo de su terreno, en el que las artes se hallen en manos de hombres industriosos con principios, y en el que el comercio por consiguiente se haga con frutos y géneros suyos, sea el verdadero país de la felicidad, pues en el se encontrará la verdadera riqueza, será bien poblado, y tendrá los medios de subsistencia y aún otros que le servirán de pura comodidad”, señalaba Belgrano.

Tampoco desconoció el dolor de la desocupación y su huella hacia el futuro: *“He visto con dolor sin salir de esta capital una infinidad de hombres ociosos en quienes no se ve otra cosa que la miseria y desnudas; una infinidad de familias que solo deben su subsistencia a la feracidad del país, que está por todas partes denotando la riqueza que encierra, esto es, la abundancia; y apenas se encuentra alguna familia que esté destinada a un oficio útil, que ejerza un arte o que se emplee de modo que tenga alguna más comodidad en su vida. Esos miserables panchos donde ve uno la multitud de criaturas que llegan a la edad de pubertad sin haber ejercido otra cosa que la ociosidad, deben ser atendidos hasta el último punto”.*

A Güemes le escribió en junio de 1819 una feroz comprobación: *“atúrdase V., en la Aduana de Buenos Aires hay depositados efectos cuyo valor pasa de cuarenta millones de pesos; vea V. si lográsemos que se extrajeran para el Interior, como tendríamos los fondos del Estado por derechos cinco millones que todo lo alentarían”.* Este párrafo es una profunda denuncia de la concentración de riquezas de parte del estado de Buenos Aires en contra del interior y a favor de un proyecto contrario por el que pelean los mejores hombres, *“los héroes de la Patria”*, al decir de Belgrano, las mayorías populares, en términos contemporáneos.

Lo cierto que Don Manuel hasta pensó en hacer navegable al río Bermejo, proyecto que hasta ahora, en el crepuscular inicio del tercer milenio sigue siendo una quimera para los argentinos.

En realidad, una clara descripción del movimiento de fuerzas productivas de un país pensado desde adentro en pleno ejercicio del desarrollo del mercado interno para que luego se extienda a otros rubros.

Es el mismo plan de Mariano Moreno, Artigas y San Martín.

El camino por el cual debería sostenerse *“la nueva y gloriosa Nación”* sobre *“la faz de la Tierra”*, como dicen los versos nunca cantados del Himno Nacional.

He allí el verdadero proyecto político económico inconcluso. El que todavía no se llevó adelante y que requiere una práctica autónoma y coherente con aquellos deseos incumplidos. En esas ideas fuerzas está la suerte de una Argentina para las mayorías.

De allí que Belgrano también sea parte de la necesaria historia política del futuro.

Urgencias, corrupción y compromiso existencial

“A Dios que el tiempo me apura”, le dijo en una carta a Moreno, el 8 de octubre de 1810. Confiaba convertir un ejército de gauchos en soldados para presentarlos como tales a sus *“compañeros de fatigas por la Patria”*.

Remató estancias y enfervorizado le indicaba al secretario de la Junta: *“Nada, mi amigo. Ya este edificio no viene abajo, Usted como más joven, lo disfrutará tranquilamente, y cooperando con sus conocimientos a su decoración y grandeza”*.

Atacó la corrupción y la describió.

“Mi amigo, todo se resiente de los vicios del antiguo sistema, y como en el era condición, sine qua non, el robar, todavía quieren continuar y es de necesidad que se abran mucho los ojos en todos los ramos de la administración, y se persiga a los pícaros por todas partes, porque de otro modo, nada nos bastará. Basta mi amado Moreno, desde las 4 de la mañana estoy trabajando y ya no puedo conmigo”, redactó el 20 de octubre de 1812.

Una y otra vez habla de la corrupción de los dirigentes que ocupan cargos en el naciente estado: *“Tomando la máscara de patriotas no aspiran sino a su negocio particular y a desplegar sus pasiones contra quienes suponen enemigos del sistema acaso con injusticia, porque desprecian su conducta artificiosa y rastrera”*. Repetía: *“No veo más que pícaros y cobardes por todas partes y lo peor es que no vislumbro todavía el remedio de este mal”*.

Es un apasionado. Siente bronca, impotencia, grita y sigue adelante.

Se siente empujado por una creencia y tiene ideas políticas y económicas para el futuro.

Por eso dice frases como estas: *“En vano se quema uno la sangre”*; *“dinero y pólvora y vamos adelante”*; *“la tropa está toda desnuda, después de haber viajado más de 400 leguas, casi siempre con aguas, ni la falta de lienzos, porque estos pueblos se hallan en la mayor miseria”*; *“tengo al ejército falto de todo”*; *“que no se oiga ya que los ricos devoran a los pobres y que la justicia es para aquellos”*; se queja, arde y exige Belgrano ya transformado en militar, lejos de Buenos Aires, de las comodidades que supo ganarse y a punto de comprobar que la revolución que impulsa lo dejará exiliado en sus propias tierras. Habla de la *“España Americana”*, una idea que refuerza la interpretación de que la revolución tenía un concepto liberal contra la dominación napoleónica y que fue antimonárquica y antieuropea. Se funda en la identidad que dio el virreynato del Río de la Plata pero se proyecta continental y autónoma. Por eso insiste en su origen, habla de *“los Americanos”*.

“Siempre me toca la desgracia de buscarme cuando el enfermo ha sido atendido por todos los médicos y lo han abandonado: es preciso empezar con el verdadero método para que sane, y ni aún para esto hay lugar; porque todo es apurado, todo es urgente y el que lleva la carga es quien no tuvo la culpa de que el enfermo moribundo acabase”, le dijo a Rivadavia el 30 de junio de 1812. Pero Belgrano seguirá adelante.

“La vida es nada si la libertad se pierde”, le escribió a Gaspar de Francia en enero de 1812, en cuyo texto subordina la suerte individual a la colectiva. *“No me atrevo a decir que amo más que ninguno la tranquilidad, pero conociendo que si la Patria no la disfruta, mal la puedo disfrutar yo”*, sostuvo Belgrano. Y era cierto.

El por qué de la bandera

“He dispuesto para entusiasmar las tropas y estos habitantes que se formen todas aquellas y hablé en los términos de la copia que acompaño. Siendo preciso enarbolar Bandera y no teniéndola la mandé hacer y celeste conforme a los colores de la escarapela nacional, espero que sea de la aprobación de VE”, remitió al gobierno desde Rosario el 27 de febrero de 1812.

“No había bandera y juzgué que sería la blanca y celeste la que nos distinguiese como la Escarapela y esto con mi deseo de que estas provincias se cuenten como una de las Naciones del globo, me estimuló a ponerla. Vengo a estos puntos, ignoro como he dicho, aquella determinación, los encuentro fríos, indiferentes y, tal vez, enemigos; tengo la ocasión del 25 de Mayo, y dispongo la bandera para acalorarlos, y entusiasmarlos, ¿y habré, por esto, cometido un delito?. Lo sería si a pesar de aquella orden, hubiese yo querido hacer frente a las disposiciones de VE, no así estando enteramente ignorante de ella, la cual se remitiría al Comandante del Rosario y la obedecería, como yo lo hubiera hecho si la hubiese recibido”, respondió Belgrano a la acusación en su contra por haber inventado la bandera.

“La bandera la he recogido y la desharé para que no haya ni memoria de ella y se harán las banderas del regimiento número seis, sin necesidad de que aquella se note por persona alguna, pues si acaso me preguntaren por ella, responderé que se reserva para el día de una gran victoria para el ejército, y como esta está lejos, todos la habrán olvidado y se contentarán con lo que se les presente” dijo con amargura y bronca.

“En esta parte VE tendrá su sistema al que me sujeto, pero diré también, con verdad, que como hasta los indios sufren por el Rey Fernando VII y les hacen padecer con los mismos aparatos que nosotros proclamamos la libertad, ni gustan oír el nombre de Rey, ni se complacen con las mismas insignias con que los tiranizan”, desafía Manuel.

“Puede VE hacer de mi lo que quiera, en el firme supuesto de que hallándose mi conciencia tranquila y no conduciéndome a esa, ni otras demostraciones de mis deseos por la felicidad y glorias de la Patria, otro interés que el de esta misma, recibiré con resignación cualesquier padecimiento, pues no será el primero que he tenido por proceder con honradez y entusiasmo patriótico”, remarcó.

“Mi corazón está lleno de sensibilidad, y quiera VE no extrañar mis expresiones, cuando veo mi inocencia y mi patriotismo apercibido en el supuesto de haber querido afrontar sus superiores órdenes, cuando no se hallará una sola de que se me pueda acusar, ni en el antiguo sistema de gobierno y mucho menos en el que estamos y que a VE no se le oculta...sacrificios he hecho por él”, terminaba aquella carta del 18 de julio de 1812.

A pesar de haber sido acusado de insubordinación, juzgado en dos oportunidades más por supuesta impericia y perseguido por la indiferencia de Buenos Aires, Belgrano siguió ocho años más bregando por el nuevo país imaginado y soñado en las febriles jornadas de mayo de 1810.

La osadía de haber creado la bandera lo exilió en forma definitiva de los intereses del puerto en relaciones carnales ya con Gran Bretaña.

Su ardiente pasión sería usada para terminar la guerra de la independencia pero sus ideas políticas económicas fueron sepultadas bajo la falsificación histórica y su suerte individual disuelta en la pobreza.

Mitre, sesenta años después, alzaría el pedestal de un Belgrano vacío de contenido, saqueado de sus proyectos y deseos.

Ese es el Belgrano que hay que continuar para que haya futuro en la Argentina.

De eso hablan estas líneas.

Soberanía y respeto para los vencidos

Con respecto a las relaciones con las potencias europeas, Belgrano sugería una posición política abierta pero firme en el concepto de la soberanía.

“Ellas (las naciones europeas) tendrán cuidado de traernos lo que necesitemos, y de buscar nuestra amistad por su propio interés...es preciso hacerse respetar y que se guarde el decoro debido al gobierno; lo demás nos traerá infinitos males: cuando se mande una cosa, o siquiera se diga, es preciso sostenerla aunque vengan rayos, lo demás se reirán de VS y los burlarán”, aconsejó.

No son pocas las cartas en las que Belgrano marca el trato que debe dársele a los prisioneros de guerra. Palabras que vienen bien contradecirlas con los dichos y hechos de los generales que dijeron continuarlo en los años setenta del siglo XX.

“No les falte el alimento precio, tomando las providencias al efecto, del lugar donde deberán parar; que asimismo ningún individuo los insulte sino que sean bien tratados en la carrera toda”, ordenó en la misma línea de pensamiento de San Martín y hasta del propio Chacho Peñaloza que luego sería ultimado de la manera más perversa.

Este Belgrano que no para de reclamar armas y dinero para los suyos, es un político metido a militar que tiene en claro que la soberanía y los gestos cotidianos hacen a la coherencia y al éxito de un proyecto colectivo y estatal.

Semejantes frases también fueron escamoteadas de la historia oficial y del Billiken.

“Soy de la opinión, mi amigo, que hasta las acciones felices en la milicia, deben juzgarse”, sostuvo. Con una concepción de la ética pública distante de los hechos practicados en los últimos treinta años de historia política argentina.

“El ganado no aparece y yo no lo he de arrebatar de los campos, tampoco los caballos que me dice el delegado directorial, y ni pienso tocar uno que no sea venido de ese modo...desengañémonos, nuestra milicia, en la mayor parte, ha sido la autora, con su conducta, de los terribles males que tratamos de cortar”. Era abril de 1819. Un anticipo del saqueo material y humano que se llevó adelante durante el terrorismo de estado entre 1976 y 1983.

El desprecio de Buenos Aires

Un Belgrano que puesto en *“descubridor”* del país y su gente real, critica los planes hechos desde los escritorios del puerto bonaerense siempre proclive a inclinarse ante lo extranjero y ningunear el interior.

“Para el tratado, que se criticará por los que viven tranquilos en sus casas y discurren con el buen café y botella por delante, mas he tenido en vista la unión de los Americanos y aun de los de Europa, que otra cosa; y si no me engaño me parece que la he de conseguir...Quisiera volar al Interior; pero es mucho lo que hemos sufrido y después de una acción tan reñida hay mucho que componer, mucho que arreglar; por otra parte, el tiempo de aguas nos es muy perjudicial y se me ha enfermado la gente del maldito chucho, bien que no es extraño pues se han padecido aguas, hambres, vigiliyas y cuanto es consiguiente para haber logrado lo que se logrado”, describió desde Salta, el 28 de febrero de 1813. Su lector era nada menos que Juan José Paso, otro de los 162 que se atrevieron a inventar un país aquel 25 de mayo de 1810.

“Siempre se divierten los que están lejos de las balas y no ven la sangre de sus hermanos, ni oyen los ayes de los infelices heridos; también son esos mismos los a propósito para criticar las determinaciones de los jefes; por fortuna dan conmigo que me río de todo y que hago lo que me dicta la razón, la justicia y la prudencia, que no busca glorias sino la unión de los Americanos y prosperidad de la Patria”, vuelve a desafiar Belgrano.

El puerto lo desprecia. *“De Buenos Aires me apuran, según costumbre, y no quieren creer lo que cuesta cada movimiento del Ejército: ya se ve, están lejos, y no conocen el país, o no lo han estudiado”*, escribía en mayo de 1813.

Exigió coherencia pero sabe que su voz será olvidada en un páramo político. Lo usarán pero no llevarán adelante sus ideas. *“Si los encargados de la autoridad pública en todos los pueblos no ponen su conducta y los sentimientos de su corazón en concordancia con sus palabras, y si unos destruyen por una parte, al paso que otros edifican por otra, a costa de los mayores desvelos y sacrificios”*, apuntó en setiembre de 1813.

Pero Belgrano ya sabía su condena.

Su manera de actuar y pensar, su adhesión permanente al proyecto de Mariano Moreno y su idea de hacer política desde las masas, lo sentencian.

“Nada puedo remediar, nada puedo hacer; y sólo me pongo en las manos de la Providencia por no caer en una desesperación espantosa”, escribió en octubre de 1816. Ya había sufrido un tercer consejo de guerra y comenzaba a ser perseguido por sus amores con Dolores Helguero.

Todavía sufriría cuatro años más de soledad.

“Es preciso revestirnos de paciencia y sufrir la pobreza”, le confesó a Güemes en enero de 1817.

Un año antes de morir, en marzo de 1819, le escribió al hacendado Cornelio Saavedra y se calificó de formar parte de un grupo de *“pobres diablos”* que andan *“en trabajos”*. Saavedra lo ignoró.

Su última carta, la del 9 de abril de 1820, es una confesión de derrotas.

Un descenso personal y colectivo. *“Nada se de la familia desde que salí de esa, no he podido escribir, por mis males, y porque además, las incomodidades del camino no me lo han permitido...Me he encontrado con el país en revolución...”*, dice el texto y luego se pierden las palabras de Belgrano por una rotura del papel.

Ya ni siquiera tiene la bandera de Vilcapugio.

No tiene dinero ni honores. El país que descubrió se hace a imagen y semejanza de los pocos que disfrutaron mientras sus vísceras se enfermaban al conjuro del desprecio de sus ideas políticas y económicas.

Se murió el 20 de junio de 1820. Le pagó a su médico de cabecera con una incrustación de oro que tenía en su dentadura.

El estado nacional conformado después de los años setenta del siglo XIX lo convertiría en un héroe de la abnegación y nada más que eso. Al servicio de la imagen de un político sumiso frente a los militares. Le otorgarán el rango de creador de la bandera pero jamás contarán que era un símbolo para enfrentar la indiferencia. Un símbolo para movilizar a los anónimos en pos de un proyecto nuevo, distinto. Tampoco se dirá que semejante invención mereció la desaprobación y su primer consejo de guerra.

Belgrano fue un político que pensó un país para las mayorías desde un estado que fomentara una economía basada en el mercado interno, la educación, el empleo y la soberanía política en relación íntima con los demás países de América del Sur.

El sujeto histórico para Belgrano eran las masas del interior del país.

Creía en la honestidad y en la ética pública como concepto preliminar para exigir morales individuales. Donó, permanentemente, la mitad de su sueldo.

Nunca renunció a la lucha iniciada en los días de mayo de 1810.

Este Belgrano desconocido, desfigurado por tantas avenidas, bronce, parques y monumentos, es el que necesariamente les habla a los contaminados por la indiferencia que el sistema esparce entre los que son más en estos arrabales del mundo.

No solamente su proyecto es indispensable para modificar el presente, sino también su pasión por transformar las individualidades a partir de la ética y la coherencia de los dirigentes.

Hoy el país está en manos de una minoría que desprecia la suerte de las mayorías y que sostiene que este es el único plan posible.

Su principal político economista de Domingo Felipe Cavallo, la expresión de los intereses que hace 191 años condenaron los proyectos de Belgrano.

Los orígenes de Cavallo

Cavallo tiene dos coincidencias y media con Belgrano.

Es de junio y es economista. También argentino. Pero esta cuestión es la que está en discusión en las presentes páginas.

Hijo mayor de una familia de tres hermanos, nieto de un socialista y un conservador, Domingo Felipe Cavallo nació el 26 de junio de 1946. Hacia 1963 ingresó en la Universidad de Córdoba. Militó en la Acción Católica en la agrupación El Ateneo.

En 1967 fue subsecretario de desarrollo de la provincia y cuatro años después fue vicepresidente ejecutivo del Banco de Córdoba. Eran los tiempos de las intervenciones militares del comodoro Roberto Huerta y del capitán Guosden.

En otoño de 1974 viajó a Harvard. Dos años y seis meses después presentó su tesis doctoral cuyo director fue Martin Felstein, quien años más tarde sería jefe de asesores de Ronald Reagan.

Su asalto al poder político llegó de la mano de los coroneles bolivianos que desplazaron al gobierno de Juan José Torres, asesinado en Buenos Aires.

Richard Musgrave, especialista estadounidense en Finanzas Públicas, lo buscó como ayudante a sueldo de los militares que luego serían investigado por haber llevado adelante una narcodictadura.

“La Argentina es quizá el país que tiene una estructura económica y social, como así también una organización económica, más similar a las modernas economías industriales del mundo no comunista. Durante el período bajo análisis, la Argentina no experimentó serios problemas de dualismo económico, explosión demográfica, estructuras sociales rígidas, bajos niveles de alfabetismo o falta de habilidad empresarial, que son características de otros países en desarrollo. Tampoco su estructura productiva ni sus sentimientos nacionales se vieron afectados por guerra u otras clases de conflictos internacionales o amenazas que indudablemente introducen rasgos especiales en el proceso económico. En la Argentina, desde la gran depresión de los años treinta, el comercio exterior ha estado restringido por barreras tarifarias muy altas, los movimientos de capital han estado, casi permanentemente, bajo estrictos controles directos y, de tiempo en tiempo, el tipo de cambio ha sido ajustado. Estas políticas restringieron la competencia en el mercado de bienes....Desde este punto de vista, la economía argentina se asemeja más a la economía cerrada de los modelos macroeconómicos de los libros de texto y a los

grandes países o bloques regionales, que a las economías abiertas desarrolladas o subdesarrolladas con menos dicrecionalidad para ejecutar una política monetaria independiente”, decía parte de su tesis.

Cavallo y la dictadura

El 6 de julio de 1977 nació la Fundación Mediterránea como consecuencia de la decisión política de cincuenta empresas, la mayoría de ellas cordobesas. Aceitera General Deheza, Arcor, Agrometal, Arnaldo Etchart, Estructuras Astor, Astra, Bagley, Bidas, Bodegas y Viñedos Peñaflor, Cerámica Cruz del Eje, Cive, Compañía Naviera Pérez Companc, Corporación Cementera Argentina, Editorial Juan Romero, Establecimiento Las Marías, Fate, Gatic, Arnaldo Grisanti, Georgalos, Industrias Metalúrgicas Pescarmona, Juan Minetti, Bagó, Ledesma, Mastellone, Massuh, José Cartelone Construcciones y Tubos Trans Electric; entre otras.

Su presidente, Pedro Astori, sostuvo en aquel acto que: “Hemos vivido años de anarquía y destrucción. Hemos vivido al borde la guerra civil y el colapso económico. Las Fuerzas Armadas asumieron la responsabilidad de la conducción de la Nación para salvaguardar la existencia misma de la Patria. El gobierno ha convocado a la ciudadanía a participar en el Proceso de Reorganización Nacional mediante un diálogo constructivo. La decisión de formar la Fundación Mediterránea es nuestra contestación afirmativa a la convocatoria”.

“Al principio tuvimos problemas con el gobierno. Lo acusaban de eurocomunista a Astori. Decían que estábamos en contra del Proceso. Llegaron incluso a decirle a los empresarios que nos apoyaban que no pusieran plata en es instituto subversivo. El que nos rescató fue Walter Klein, junto a Manuel Solanet. Seguramente le dijeron a Martínez de Hoz que esos de Córdoba no eran locos, sino que trabajaban seriamente”, recordó Cavallo en el libro “Un Domingo en el purgatorio”.

Las menciones a Walter Klein y Manuel Solanet son huellas interesantes de seguir. Klein, socio de Martínez de Hoz y Mariano Grondona hijo, fue uno de los responsables del enriquecimiento de varias empresas y del cierre de otras cuando se produjo la licuación de pasivos en tiempos de Cavallo como presidente del Central, según lo confirmó el ex fiscal de investigaciones administrativas, Ricardo Molinas, el 5 de setiembre de 1984. También fue el que dijo en una reunión de la embajada de los Estados Unidos en relación a los problemas gremiales de Villa Constitución que se quedaran tranquilos “porque todos los delegados están bajo tierra”.

Manuel Solanet no solamente volvió a ocupar cargos de importancia durante los pocos días de López Murphy como ministro de economía durante el gobierno de Fernando De La Rúa, en el año 2001, sino que fue secretario de hacienda de Leopoldo Galtieri cuando el propio Cavallo era titular del Banco Central.

“El programa económico dado a conocer por Martínez de Hoz el 2 de abril de 1976, propuso al país importante cambios en la estructura de la economía argentina. Se perseguía crear una economía libre y abierta en la que la iniciativa privada, a través del sistema de mercado, operando sin distorsiones, resolviera los problemas básicos de producción y distribución de bienes y servicios para el bienestar de la Nación. La decisión de implementar esa transformación estructural se adoptaba en medio de una situación general muy crítica que imponía varias urgencias coyunturales. Algunas de las medidas que se tomaron en 1976 tuvieron la virtud de ayudar a resolver esos problemas y

promover, al mismo tiempo, el tipo de reorganización de la producción que requería el cambio estructural propuesto”, indicó.

“Personalmente, luego de haber apoyado reiteradamente muchas de las medidas estructurales implementadas por el equipo económico, sería infinitamente más optimista si se eliminaran las distorsiones de la estructura arancelaria, si se alargaran rápidamente los plazos de las operaciones financieras, si se devolviera a los sectores verdaderamente eficientes los incentivos anulados por el rezago cambiario y si se crearan las condiciones para que la estocada final contra la inflación se haga en un contexto que asegure el cambio estructural que el país necesita, y no a costa de la resignación de los objetivos fundamentales”, pontificaba.

El general Horacio Tomás Liendo, por entonces ministro del interior de la dictadura, lo nombró, el 9 de abril de 1981, subsecretario técnico y de coordinación de aquella cartera. Se habían conocido cuando el militar era teniente coronel y estaba a cargo del batallón de comunicaciones 601, en los tiempos del cordobazo. Liendo, al tomar el poder Videla, sería ministro de trabajo. Cuando Viola asumió el 29 de marzo de 1981, el general llegaría a Interior. De la mano de Cavallo, el militar aumentaría considerablemente su patrimonio. Tanto que el propio secretario de Hacienda de Martínez de Hoz, Juan Alemann, pidiera una investigación sobre su curiosa evolución. El ex fiscal de Investigaciones Administrativas, Ricardo Molinas, en mayo de 1985, solicitó información sobre las cuentas bancarias de Liendo y su familia. Aquellos nuevos dineros se habrían originado en la licuación de pasivos ejecutadas por Cavallo cuando fue presidente del Banco Central. En setiembre de 1982, ambos viajaron a Estados Unidos para entrevistarse con funcionarios del Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Interamericano de Desarrollo. En plena democracia, antes de que Eduardo Angeloz asumiera por tercera vez como gobernador de Córdoba, Cavallo había impulsado la candidatura del genocida por una lista del peronismo celeste. Cosa que no prosperó.

Los tiempos del Banco Central

El 2 de julio de 1982, Cavallo asumió como presidente del Banco Central de la República Argentina. El ministro de Economía era José María Dagnino Pastore, Rodolfo Clutterbuck vicepresidente del banco y Amalio Petrei, director de la casa monetaria.

“Hay mucha gente que para analizar los problemas del país, se pregunta cómo nos ven los banqueros internacionales, o los gobiernos de Europa o Estados Unidos....Implementaremos una seria reforma monetaria y financiera”, dijo Cavallo.

“En la medida en que no forcemos a nuestros acreedores a financiar nuestra deuda externa, tanto pública como privada; vamos a entrar en cesación de pagos. Simplemente porque no van a quedar divisas en el Banco Central. En la medida, también, en que mantengamos esta política económica, se irán acentuando los desequilibrios entre el valor del capital físico y humano, el capital financiero; habrá fuertes incentivos a la especulación en contra del peso y se profundizará el deterioro del aparato productivo”, dijo Cavallo en un tono nacionalista que para los militares inmersos en la guerra de Malvinas sonó muy bien.

Sin embargo, el 5 de julio de 1982, el presidente del Central pasaría a la historia por nacionalizar la deuda externa.

El 25 de agosto de 1982, 53 días después, Cavallo dejó el Central.

José Wehbe, ex ministro de economía en los últimos días de Frondizi, Lanusse y los primeros de Guido, asumió la cartera de hacienda. Cavallo lo saludó con elegancia: *“Creo que tiene clara conciencia de que hay que acentuar el cambio en materia financiera, y no volver atrás; creo que quiere que haya reactivación y es un hombre que tiene sensibilidad social. Espero que sufra menos las influencias y las presiones del ambiente”*.

“La deuda externa la pagaremos sin demasiado sacrificio si aplicamos la inteligencia en la solución de los problemas”, profetizó.

Su paso por el Central había convertido una deuda de 8 mil millones de dólares en otra de 43 mil millones. Lo volvería a hacer con el Plan Brady en los tiempos menemistas.

Cuando asumió Raúl Alfonsín, Cavallo ofreció sus servicios. *“Si el gobierno demandara mis servicios colaboraría como lo hice antes con los militares. Yo no actúo según el gobierno de turno. Actúo porque tengo ideas en materias económicas y estoy dispuesto a ponerlas al servicio de objetivos que me parezcan correctos”*, enfatizó.

A fines de 1983, en ocasión de la inauguración del Banco Provincia de La Rioja en Anillaco, el hombre de San Francisco conoció a Carlos Menem. El 20 de noviembre de 1984, de la mano del geólogo y principal operador menemista, el sanlorencino Alberto Kohan, Cavallo se entrevistó con Alfonsín al que le regaló un ejemplar de *“Volver a crecer”*.

Por aquellos días aconsejaba que *“un gobierno debe hablar extremadamente claro para que la gente vea lo que pasa, lo que puede ocurrir, aunque ello sea muy duro. Nada se gana con decir que esta situación se arregla fácil y en cuestión de semanas. Yo creo que si hubiese un mayor acercamiento entre lo que se dice y lo que luego pasa, la gente daría más crédito”*.

Cuatro años después, Domingo Felipe Cavallo, el nacionalizador de la deuda externa, ingresaría a la política grande de la democracia argentina como diputado nacional por la provincia de Córdoba y representante del Partido Justicialista. Según Humberto Romero, diputado nacional peronista por Corrientes, *“Cavallo compró con un millón de dólares su candidatura a diputado”*.

El 6 de setiembre de 1987, de la mano del peronista José Manuel De La Sota, Cavallo, una vez más, arribó al escenario grande de la política nacional.

Dos años después sería ministro de relaciones exteriores del menemismo.

La convertibilidad

“El compromiso es con los argentinos a través de la ley de convertibilidad. Que como yo he dicho estará en vigencia por muchas décadas en la Argentina. Estamos inaugurando un período que tendrá como mínimo seis décadas de estabilidad y progreso. Equivalentes a las que se dieron a fines del siglo pasado hasta la gran recesión de los años treinta y que esperamos que no termine con una gran recesión como fue la del treinta”, dijo Cavallo ya como ministro de Economía del menemismo cuando a principios de 1992 surgió el peso. La convertibilidad surgió en abril de 1991. Los efectos fueron fuertes y contundentes. La inflación había pasado del 1300 por ciento mensual al uno por ciento y se le sacaron cuatro ceros a la moneda argentina. La desocupación creció al 18 por ciento.

Cuatro años después, Cavallo lloró ante la dirigente de los jubilados, Norma Plá. *“Yo me acuerdo que cuando era un niño...mi padre aportaba como lo hacía usted...Estoy emocionado”*, dijo. Por aquellos tiempos el ministro de Economía repetía que tenía que ganar 10 mil pesos por mes para poder vivir. Muy lejos de la realidad de los jubilados.

También mandó a lavar los platos a los investigadores del CONICET y fue el impulsor de la “carpa blanca” como consecuencia de su intransigencia ante el reclamo salarial de los maestros.

El 26 de julio de 1996 Cavallo renunció como titular del Palacio de Hacienda. Menem lo calificó como “el mejor ministro de economía de la historia argentina”. El ex presidente no le perdonó sus desplantes en contra de la prórroga de la vigencia del impuesto a los intereses de los depósitos que financia la obra social bancaria. Pero menos que denunciara la existencia de mafias alrededor del estado a través de la figura de Alfredo Yabrán. El 25 de enero de 1997, el asesinato de José Luis Cabezas, hizo de aquellas acusaciones de Cavallo una de las principales cuestiones políticas de la Argentina. El economista aprovechó para posicionarse como candidato a presidente para 1999 por su nuevo partido “Acción para la República”.

Las huellas de Cavallo

Desde la implementación del plan de convertibilidad, los que menos tienen en la provincia de Santa Fe se incrementaron en un 226 por ciento.

Esa fue la realidad existencial del efecto Cavallo.

Así surge de comparar los ingresos promedios de los sectores que menos perciben entre 1992 y 1999, de acuerdo a los datos cruzados del Instituto Provincial de Estadísticas y Censos (IPEC) y del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC).

Luego del primer año de convertibilidad, en la zona del aglomerado Rosario había 52.543 personas que conformaban el último segmento de ingresos en la zona, los que menos ganaban.

Tenían, como promedio, un ingreso de 155 pesos. En 1998, el sector se ensanchó socialmente: está conformado por 171.384 personas y ganan sueldos promedios de 52 pesos. En 1992, los que menos ganaban eran el 4,59 por ciento de la población total del aglomerado. A fines de 1998, los más pobres son el 15,4 por ciento.

Se triplicó la pobreza en la región.

En lo alto de la pirámide social, mientras tanto, los que más ganan pasaron del 4,41 por ciento al 7,2 por ciento.

Fiel radiografía de la dupla Menem - Cavallo: se triplicó la pobreza y aumentó el número de ricos.

Los datos cruzados de dos organismos oficiales de estadísticas marcan la evolución del ingreso en la región del Gran Rosario.

Desde Villa Gobernador Gálvez a Puerto General San Martín, con Rosario como centro, el aglomerado tenía, a fines de 1992, un año después de la implementación del plan de convertibilidad, 52.543 personas que conformaban el sector social con menores ingresos. Eran el 4,59 por ciento de la población total.

Seis años después, la evolución del plan económico político rediseñó la geografía social de la zona.

Los que menos ganan son cada vez más. Ahora suman 171.384 personas, el 15,4 por ciento de la población total.

Es decir que los más pobres se triplicaron. Hay 118.841 personas que se agregaron al segmento de los que menos pueden.

Expresando el crecimiento de los que menos tienen en porcentajes, la expansión se hace notoria: un aumento del 226 por ciento de la población más pobre en el Gran Rosario.

El verdadero rostro de la revolución productiva.

Por el lado del salarizado también es perceptible el deterioro social de las franjas más afectadas por la convertibilidad y la flexibilización laboral.

Y eso se percibe en el ingreso promedio por cada uno de los habitantes que sobreviven en el sótano del Gran Rosario.

A un año del plan Menem - Cavallo, la media salarial de dicho segmento era de 155 pesos.

Ahora, según la última medición del INDEC, el promedio por persona es de apenas 52 pesos mensuales.

Por un lado se triplicó la cantidad de gente que menos gana y al mismo tiempo se mutiló en una tercera parte el promedio mensual de ingresos.

En forma paralela es interesante observar la evolución del sector social con mayores ingresos.

De acuerdo a las mediciones del IPEC, en 1992 los que más ganaban conformaban el 4,41 por ciento de la población total.

Tenían un ingreso promedio que llegaba a los 7700 pesos.

Seis años después, ahora según la base de datos desagregados del INDEC sobre los ingresos en el Gran Rosario, el nicho de los más pudientes también se ensanchó. Representa el 7,2 por ciento de la población del aglomerado.

De 50.390 personas pasaron a sumar 80.646. Esto quiere decir que los más ricos crecieron en un 60 por ciento.

A diferencia de la precisión que tuvo el IPEC a la hora de marcar el promedio salarial de los que menos ganan, aquí no se observa esa rigurosidad.

El promedio de ingresos de los más acomodados, hacia 1992, era de 1000 a 7.700 pesos. Por lo que semejante diferencia hace difuso cualquier tipo de acercamiento más o menos serio al núcleo de la riqueza en el aglomerado.

Sin embargo, de acuerdo al INDEC, seis años después, la estimación era que el ingreso promedio por persona era de 828 pesos mensuales.

Cifra exigua si se la compara con los 7.700 pesos mencionados en el estudio del IPEC.

Sarmiento, Cavallo y De La Rúa

Una de las primeras medidas del gobierno nacional a principios de 2001 fue la inauguración del portal educ.ar. En la ceremonia no solamente habló el presidente de la Nación, Fernando De La Rúa, sino uno de los directores invitados, el ex ministro de economía durante el menemismo, Domingo Cavallo. El hombre, formado en la Fundación Mediterránea y ex presidente del Banco Central de la República Argentina cuando se estatizó la deuda privada y se la convirtió en deuda externa del estado nacional, comparó a De La Rúa con Sarmiento.

Todos, hasta el propio presidente, le dijeron que fue una exageración.

Cavallo lo admitió pero también explicó el sentido de la afirmación en un comentario que publicó "Clarín", el diario de mayor circulación en el país.

"Acepté integrar el directorio de Educ. Ar porque considero que la combinación de la desregulación de las comunicaciones con la informatización de todas las escuelas y el desarrollo de ese portal educativo constituyen un programa revolucionario de transformación de la educación y de la economía argentina. Significa apostar al ingreso temprano de nuestro país a la nueva economía que en los últimos años ha multiplicado por tres el aumento anual de la productividad en los Estados Unidos", sostuvo Cavallo

“Sin embargo como argentino no quiero perder la esperanza. Si el apoyo que De La Rúa y otros dirigentes políticos estamos brindando a Educ. Ar terminara siendo un apoyo efectivo al plan que bosquejó Llach durante su corto paso por el Ministerio de Educación, existe todavía la posibilidad de que mi exageración se transforme en realidad”, agregó.

Cavallo es claro. Su proyecto es dirigir la educación de acuerdo a la marcha de la economía. Subordinar la educación a la economía.

El problema consiste en darse por enterado que la subordinación que impone el actual desarrollo económico en la Argentina, abarca a vastos sectores de la población que se quedan afuera de la satisfacción de necesidades básicas.

Cavallo también cabalga sobre la idea del “sólo futuro” para aquellos que pueden acceder a los lugares “abiertos”.

Sus términos: *“desregulación de las comunicaciones”*, *“informatización de todas las escuelas”*, *“productividad”*; denotan la preeminencia de lo económico sobre lo científico, lo social y lo humano que históricamente se enanca en el término educación.

En forma paralela, otra información oficial destacaba -también en los primeros momentos del tercer milenio- que “Economía prepara el lápiz rojo. Proyectan cambios en la estructura de gobierno. Machinea quiere reducir tres ministerios. Propone achicar Desarrollo Social, Salud y Educación en un 80 por ciento. Y buscará negociar con los gobernadores el traspaso de algunos gastos a las provincias”.

En realidad, “la provincialización de los servicios educativos fue implementada más como un instrumento para restringir las remesas de libre disponibilidad que estaban recibiendo los estados provinciales, que como una política pública en si misma con el fin de armonizar el sistema educativo a partir de una clara delimitación de las responsabilidades entre los distintos niveles de gobierno. Muestra de ello es el hecho que primero se empezó a deducir de la masa coparticipable los recursos necesarios para financiar estos servicios y posteriormente se realizó el traspaso definitivo a las administraciones de cada jurisdicción”, sostuvo el investigador Alfredo Iníguez.

Desde el fondo del siglo XIX, los datos revelan una realidad diferente y contradictoria en relación a la lógica de estos días.

“La tradición de la educación estatal en nuestro país se originó en el siglo pasado en un marco que distaba de priorizar el elemento democrático en el sentido que le damos hoy. La prioridad la constituían por entonces la república, la nación, la civilización, por oposición a la barbarie que amenazaba el futuro de ese estado que nacía. Y la función de la universalización de la escuela se vinculó a partir de la sanción de la ley 1420 con el control social, el disciplinamiento y la reproducción ideológica que le permitirían sostenerse”, remarcó el profesor universitario Hugo Pérez.

Lo cierto que entre Cavallo - De La Rúa hay un proyecto diferente al expresado por el autor de “Facundo”.

“Sarmiento recibió el gobierno con 30 mil alumnos en escuelas primarias y lo dejó con cien mil (en seis años se crearon 800 escuelas nuevas); fundó la Escuela Normal de Paraná para formar maestros y subsidió la organización de la escuela normal de preceptores en Concepción del Uruguay, ambas en 1869; contrató maestras y maestros norteamericanos; prosiguió la tarea iniciada por Mitre de levantar colegios nacionales en las capitales y ciudades de provincia, en La Rioja, Santa Fe, San Luis, Jujuy, Santiago del Estero, Corrientes y Rosario; hizo construir el observatorio Astronómico de Córdoba cuya dirección recayó en su amigo, el norteamericano Benjamín Gould, y en esa ciudad organizó en 1871 una exposición industrial; trajo científicos alemanes y consiguio que se aprobara la

ley de protección de bibliotecas populares”, sostuvo Natalio Botana en su libro sobre el sanjuanino.

El párrafo sirve para destacar las diferencias entre las políticas aplicadas desde el estado nacional entre Menem - Cavallo y De La Rúa - Machinea - Cavallo con respecto a las obras sarmientinas.

Las últimas administraciones, de la mano de las recomendaciones del Banco Mundial, transfirieron las responsabilidades del Ministerio de Educación de la Nación a las provincias y sus políticas económicas lejos de incrementar el número de estudiantes en las viejas estructuras escolares, produjeron un exilio de muchachos que buscaban soportar el presente antes que alumbrar el futuro.

En la provincia de Santa Fe, entre 1997 y 1998, se fueron 14 mil chicos de la primaria y de la secundaria.

Y en la provincia de Buenos Aires, a principios del tercer milenio, con la aplicación de la Ley Federal de Educación y la implementación del polimodal, se llegó a la penosa cifra de un desgranamiento escolar que afecta a seis de cada diez pibes que están entre los quince y los veinticuatro años.

Los últimos dichos, los hechos de siempre

“Ahora viene la etapa del crecimiento. Con esto se normaliza la situación financiera argentina”, dijo el ministro de Economía, Domingo Felipe Cavallo el pasado 29 de abril de 2001, a casi veinte años de haber ingresado por primera vez en la administración pública nacional de la mano del general Horacio Liendo.

El dicho era consecuencia de haber cerrado con el Fondo Monetario Internacional una serie de préstamos por 2.700 millones de dólares.

“Usted llama a mi plan ajuste. Y o lo llamo responsabilidad, porque significa gastar sólo lo que se puede y tratar de recaudar lo que hace falta para mantener la salud de las cuentas públicas”, le respondió Cavallo a un periodista.

Antes de la bendición de los Estados Unidos, el ministro de Economía había anunciado la generalización del Impuesto al Valor Agregado.

Los diarios informaron que “después de una semana de corridas financieras, Cavallo volvió al clásico ajuste acordado con el FMI: generalizó el IVA a los cables, alquileres con fines comerciales, diarios, revistas, espectáculos culturales y deportivos y subió el nuevo impuesto a las cuentas corrientes al 0,4 por ciento”.

“La extensión del IVA a las publicaciones, radios y revistas, no atenta contra la libertad de prensa. Por el contrario, las empresas podrán desgravar el impuesto que pagan por sus insumos. Debemos disminuir el déficit público para que sea soportable. Pero el objetivo es eliminarlo, porque Argentina no puede aumentar más su deuda. El problema de la Argentina no es su deuda sino el crecimiento...Este es un programa argentino, elaborado acá. Lograda la aprobación, le explicaremos a los acreedores cómo vamos a cumplir con los compromisos de la deuda”, sostuvo Cavallo en el atardecer del viernes 27 de abril de 2001.

Según “Ambito Financiero”, los números resumen la actuación de Cavallo durante el menemismo. La deuda externa era de 90 mil millones de dólares en 1990 y seis años después ascendía a 116.572 millones de dólares, aumentó en un 29 por ciento.

El gasto total trepó de los 36.500 a los 84 mil millones de dólares, una variación del 129 por ciento.

El producto bruto interno creció un 71 por ciento, de 159 mil millones a 272.150 millones de dólares.

Las exportaciones aumentaron un 92,7 por ciento entre 1990 y 1996, de 12.352 millones a 23.811 millones.

Y el desempleo, a nivel nacional, se multiplicó del 7 por ciento al 17,20 por ciento. Una variación del 132 por ciento.

Cuando volvió a asumir como ministro de Economía de la Alianza, el 20 de marzo de este incipiente y crepuscular tercer milenio, Cavallo había interpretado otro papel.

“Toda la atención de mi ministerio va a estar enderezada a la rápida reactivación y a un vigoroso crecimiento de la economía, para que crezca el empleo, para que crezcan los ingresos familiares, para que la gente pueda consumir más y para que salgamos de esta recesión que ya lleva tres años. Ese va a ser el objetivo central de la economía”, dijo entonces y eran nada más que eso, palabras.

Sin embargo las encuestas sostuvieron que seis de cada diez argentinos confiaban en él.

Memorias del presente

“Vamos a honrar la deuda”, dijo Domingo Cavallo, al mismo tiempo que olvidaba sus repetidas promesas de hacer crecer el empleo.

Olvido que se verifica en la realidad existencial de los trabajadores a orillas del Paraná.

Los desocupados en los dos grandes aglomerados de la provincia, Santa Fe - Santo Tomé y el Gran Rosario, suman 123.879 personas, pero si se agregan los denominados subocupados las cifras trepan hasta los 250 mil santafesinos con problemas de trabajo.

Esto quiere decir que más de la tercera parte de la población en condiciones de trabajar en los dos principales conglomerados tiene serias dificultades para encontrar un lugar en el mundo de la producción.

Más del 50 por ciento de la población económicamente activa está por debajo de la línea de la pobreza, de acuerdo a los datos oficiales.

Hay 361.329 personas que ganan menos y hasta 600 pesos mensuales, siendo el piso de la canasta familiar de la provincia 820 pesos.

De los desocupados, el 60 por ciento corresponde a los muchachos que están entre los quince y los treinta años. Mientras que el otro 40 por ciento son desocupados que, en la mayoría de los casos, provienen del sector industrial.

El dato no es menor porque representan la cara visible de la modificación estructural del paisaje cotidiano en los últimos treinta años: el 45 por ciento de la población económicamente activa era obrero industrial hacia 1975, hoy solamente lo es un 14 por ciento.

Esos números remarcan el ascenso del área servicio y comercio, con lo que cambió también la representación y el peso político de las organizaciones sindicales.

Hacia 1983, la entonces poderosa Unión Obrera Metalúrgica rosarina fue capaz de colocar al gobernador santafesino, José Vernet y su abogado, Héctor Cerruti, comandó la “privatización” del poder judicial provincial.

En el tercer milenio, en cambio, la UOM es una sigla vacía, y los únicos dirigentes gremiales que buscan el calor del sol político son los referentes de la Unión Tranviarios Automotores santafesina que, a través de Jorge Kiener, integró una lista para disputar la interna peronista del próximo 3 de junio.

También los grandes contrastes con las proclamas del siglo XIX aparecen al verificarse la cantidad de horas que trabajan los santafesinos y las distancias que separan a los que más ganan de los menos tienen.

Tanto en Santa Fe - Santo Tomé como en el Gran Rosario, la mayoría de los trabajadores tienen jornadas laborales que superan las diez horas diarias. Lejos de las famosas ocho horas para el descanso, ocho horas para el amor, el estudio y la belleza y las otras ocho para el trabajo.

En la ciudad capital y en su vecina Santo Tomé, la brecha entre el subsuelo de la sociedad y la cumbre es enorme: 67 veces. Es la zanja que aparece entre los 100 pesos que ganan poco menos de 7.500 asalariados y los 6.700 pesos que perciben algo más de 11 mil personas.

En el Gran Rosario, en tanto, los que más ganan multiplican por 35 veces aquello que arañan los habitantes del sótano de la sociedad.

De acuerdo a la Superintendencia de Riesgos del Trabajo, en la provincia de Santa Fe produjeron 19.219 accidentes laborales durante el primer semestre del año 2000, última cifra oficial reconocida por el organismo nacional. Esa cifra significan 107 accidentes laborales diarios, cuatro por hora.

Número que se acerca al increíble record de despidos que se verificó durante marzo de 2001, con un trabajador desocupado cada quince minutos. Consecuencia de los 3.716 despidos producidos por las industrias frigoríficas, textiles, la eliminación de planes asistenciales nacionales, medios de comunicación y sanatorios.

Una ola de reducciones de personal que recordó a los días del año 1991 y a las jornadas sufridas durante el llamado efecto tequila del año 1995.

En forma paralela a la multiplicación de los despidos, la justicia laboral pasó del estado de colapso por la gran cantidad de juicios planteados entre las décadas del setenta y del ochenta, a un estado de vida vegetativa.

Los convenios colectivos se cayeron al influjo del menemismo, la flexibilización laboral, los contratos basura y los recursos de crisis presentados por las empresas.

Hechos que enmarcan la tercera temporada de Domingo Cavallo en la administración nacional en los últimos veinte años.

El futuro

Si el desafío de los tiempos es elegir entre la democracia o el mercado, está claro que hay que volverse a enamorar de la democracia.

Encontrarse de nuevo con ella.

Sin falsas presentaciones ni ocultamientos.

Democracia en lo político, social, cultural y económico.

Para ello es fundamental descubrir quiénes son hoy los señores neofeudales.

Conocer sus historias y sus máscaras.

Sus maneras de imponernos los códigos de obediencia.

Multiplicar las resistencias equivale a generar espacios de encuentros.

Escuelas, sindicatos, medios de comunicación que respeten las identidades regionales y locales, para que aparezca el futuro secuestrado.

El que queda para el otro lado del que marca el sistema.

El que sea capaz de hacernos compañeros de Castelli, Moreno, Belgrano, San Martín y Artigas.

En donde sus postergados proyectos sean nuestros nuevos sueños, individuales y colectivos.

Donde la palabra los clone en nuestras urgencias existenciales.

Si somos capaces de enamorarnos y traer hijos al mundo es porque todavía estamos a tiempo de protagonizar cambios históricos.

Si un pibe atravesado y cosido por la injusticia del neofeudalismo en Villa Ocampo, es capaz de defender su ilusión de querer ser poeta, ¿cómo vamos a ser nosotros menos dignos de sostener nuestros sueños?.

Por nuestros pibes tenemos el deber de reciclar los deseos colectivos de nuestros pueblos.

De esos deseos colectivos que están en los proyectos políticos económicos de Belgrano, Moreno, Artigas y San Martín y no en los de Martínez de Hoz y Cavallo.

Por eso el mejor presente y el indispensable momento del futuro es Belgrano y no Cavallo.

Por esa razón hay que ir “De Cavallo a Belgrano”.

Para volvernos a apasionar con la tarea de transformar nuestros lugares.

De Saavedra a Duhalde

Apuntes para una historia política del presente

Saavedra, un hombre puente

Cornelio Saavedra, hacendado y comerciante, dicen algunos diccionarios para definir al Comandante de Patricios y primer presidente de un gobierno nacional.

Para el sacerdote e historiador Guillermo Furlong no hay dudas sobre el valor de aquel hombre: “Saavedra, nuestro verdadero George Washington, ya que fue el caudillo máximo de los sucesos de Mayo de 1810, y que es, por ende, el indiscutible Padre de la Patria Argentina”.

Los otros datos formales agregan que nació en Potosí el 16 de setiembre de 1759, en la hacienda “La Fombera”, ubicada en Santa Ana de Otuyo, que se encuentra a mitad de camino ente Potosí y Sucre. Era hijo de un destacado porteño y de una mujer potosina. Años después la familia se trasladó a Buenos Aires, donde el niño concurre al Colegio de San Carlos. En 1773 era alumno de lógica, un año después de física y en 1775, de metafísica. En 1779 se recibió de licenciado en Teología.

Hacia 1788 se casó con su prima, Francisca de Cabrera y Saavedra, la viuda de Mateo Ramón de Alzaga con la que tuvo cuatro hijos. Después, en segundas nupcias, se casaría con Saturnina Otálora y del Ribeiro, uno de cuyos hijos, Mariano, llegó a ser gobernador de la provincia de Buenos Aires.

Luego entró al mundo de los negocios, reseñan las biografías clásicas.

Uno de sus primeros empleos públicos fue el de procurador de la ciudad en 1799, aunque ya integraba el Cabildo desde 1792.

Como síndico procurador impuso “un informe contra la asociación gremial de artesanos, dilucidando sus diversos aspectos en el campo laboral” y “propugnó la disolución del gremio para asegurar la libertad de trabajo, entorpecido por la fijación de precios y por las vallas del aprendizaje y del oficialato”, cuenta Furlong.

En 1801, fue alcalde de segundo voto del Cabildo y en 1805 se lo designó administrador del depósito de trigo.

Comenzó su carrera militar cuando los ingleses invadieron Buenos Aires en 1806. Tenía 47 años. Fue cuando el Virreynato llamó a reconquistar la ciudad en poder de los ingleses y solamente tres hombres de los que después conformarían la primera junta de gobierno se presentaron Saavedra, Belgrano y Matheu.

Organizó el cuerpo de Patricios del que fue su primer comandante. Allí estuvo su principal factor de poder.

En 1807 los condujo a Montevideo para ayudar a prevenir la captura inglesa de esta ciudad, pero llegó demasiado tarde.

“El Comandante de Patricios voluntarios de Infantería de Buenos Aires a los señores americanos: tengo el honor de manifestar a la faz de todo el mundo, las gloriosas acciones de mis paisanos en la presente guerra con el Britano...me atrevo a felicitar a todos los señores americanos, después de las pruebas que siempre han dado de valor y de lealtad; se han añadido esta última que realzando el mérito de los que nacimos en las Indias, convence a la evidencia, que sus espíritus no tienen hermandad con el abatimiento; que no son inferiores a los europeos españoles; que en valor y lealtad a nadie ceden”, escribió Saavedra el 30 de diciembre de aquel año 1807.

Después de las invasiones se produjo un creciente contrabando de productos de manufactura británica y un simétrico descenso de los ingresos fiscales y aduaneros. Faltaba dinero y las transacciones comerciales se realizaban con bonos, letras de tesorería y vales varios con los que el quebrado estado virreinal les pagaban a sus proveedores.

En la segunda invasión inglesa comandó a los patricios y supo defender a Liniers contra la revolución del primero de enero de 1809, organizada por Martín de Alzaga.

Representaba a la antigua estructura del virreynato, los ganaderos del Litoral que vendían ganado en pie en el Alto Perú, asegura el historiador Nahuel Moreno.

Los defensores de Saavedra lo convierten en un referente de lo que llaman la “democracia militar”. Una curiosa justificación que siempre rondó en los discursos golpistas desde 1930 en adelante.

1810

-Dejen que las brevas maduren y luego las comeremos -advirtió el hacendado potosino devenido en comandante de Patricios a los revolucionarios. Cuando el virrey Cisneros, el 18 de mayo, publicó una proclama en la que anunciaba la caída de Sevilla y las próximas de Cádiz o Isla de León, Juan José Viamonte le escribió a Saavedra para que deje su chacra en San Isidro para que viniera inmediatamente a la ciudad.

Un día después, frente al propio Cisneros, Saavedra entiende que su rol ya es otro.

-No, señor: No queremos seguir la suerte de España, ni ser dominados por los franceses; hemos resuelto reasumir nuestro derecho y conservarnos por nosotros mismos. El que a Vuestra Excelencia dio autoridad para mandarnos, ya no existe; por consiguiente, tampoco Vuestra Excelencia la tiene ya. Así es que no cuente con las fuerzas de mi mando para sostenerse en ella -recordó en sus Memorias Póstumas.

El 22 de mayo de 1810 por la noche, el coronel Cornelio Saavedra y el abogado Juan José Castelli atraviesan la Plaza de la Victoria bajo la lluvia, cubiertos con capotes militares. Van a jugarse el destino de medio continente después de tres siglos de dominación española.

“Señores, ahora digo que no sólo es tiempo, sino que no se debe perder ni una hora”, dijo entonces Saavedra en la última reunión mantenida en casa de Nicolás Rodríguez Peña.

Sobre la muchedumbre que irrumpe frente al Cabildo el 24 de mayo, el coronel la describirá como “un inmenso pueblo”. La mayoría de los militares y de los clérigos están con el comandante de Patricios, coinciden los historiadores.

Saavedra sostiene que “no quede duda de que el pueblo confiere la autoridad o mando”.

Mientras tanto, Castelli tiene las armas de Saavedra, los burócratas del Cabildo empiezan a pensar que iba en serio la advertencia que el abogado le hizo al propio virrey Cisneros: “¡Y usted no se caliente que la cosa ya no tiene remedio!”.

Saavedra y Belgrano abren las puertas del edificio. Afuera hay escaramuzas entre los soldados de French y los de Saavedra.

Domingo Matheu escribirá sobre los hombres de la Primera Junta que “Saavedra y Azcuénaga son la reserva reflexiva de las ideas y las instituciones que se habían formado para marchar con pulso en las transformaciones de la autognosia popular”.

-Dijimos que antes de anochecer convenía que el Pueblo se retirase a sus casas, impuesto solamente de que el Virrey ya no mandaba y que el Cabildo quedaba encargado de aquella autoridad -recordó Saavedra en sus Memorias.

Quedaba claro que el comandante sabía de su poder sobre gran parte del pueblo y, al mismo tiempo, quería que esos gauchos sean obedientes y no estuvieran movilizados de manera permanente.

El 25 por la mañana, es Castelli el que sale al balcón del Cabildo.

“Nosotros solos, sin precedente combinación con los pueblos del interior mandados por jefes españoles que tenían influjo decidido en ellos...nosotros solos, digo, tuvimos la gloria de emprender tan abultada obra...En el mismo Buenos Aires no faltaron quienes miraron con tedio nuestra empresa: unos la creían inverificable por el poder de los españoles; otras la guardaban de locura y delirio, de cabezas desorganizadas; otros, en fin, y eran los más piadosos, nos miraban con compasión no dudando que en breves días seríamos víctimas del poder y furor español”, escribió Don Cornelio en sus memorias.

Entre el 25 y 26 de agosto, cerca de Cruz Alta, en Córdoba, se fusila a Santiago de Liniers y sus compañeros, por Juan José Castelli, actuando bajo las órdenes de la Primera Junta de Gobierno, contra la cual se habían sublevado.

Desde la instalación de la Primera Junta, Saavedra no compartía la política de Moreno, sin embargo, estampó su firma al pie de decretos redactados por el secretario, a pesar que lo contrariaban, y Moreno aceptó nombramientos de amigos de Saavedra nada dispuestos a aplicar sus directivas.

Estos compromisos permitieron a la Primera Junta subsistir durante siete meses con evidentes ventajas para la aplicación de la política morenista, cuyo acmé se registró el 7 de noviembre al vencer las armas patriotas a los realistas en la brillante y demoledora batalla de Suipacha.

“Saavedra es un patriota pero no un revolucionario y no puede oponerse a la dinámica que se desata en esos días”, escribió Osvaldo Soriano.

Para el jefe de Patricios, Moreno es “impío, malvado y maquiavélico”; mientras el alma de Monteagudo es “tan negra como la madre que lo parió”.

Saavedra se opone las fusilamientos de diez jefes municipales complotados contra el nuevo régimen. “¿Consiste la felicidad en adoptar la más grosera e impolítica democracia?. ¿Consiste en que los hombres impunemente hagan lo que su capricho e interés les sugieren?. ¿Consiste en atropellar a todo europeo, apoderarse de sus bienes, matarlo, acabarlo y exterminarlo?. ¿Consiste en llevar adelante el sistema de terror que principó en asomar?. ¿Consiste en la libertad de religión y en decir con toda franqueza me cago en Dios y hago lo que quiero?”, se pregunta Saavedra en carta a Viamonte.

Entre el 25 y 26 de agosto, cerca de Cruz Alta, en Córdoba, se fusila a Santiago de Liniers y sus compañeros, por Juan José Castelli, actuando bajo las órdenes de la Primera Junta de Gobierno, contra la cual se habían sublevado.

Desde la instalación de la Primera Junta, Saavedra no compartía la política de Moreno, sin embargo, estampó su firma al pie de decretos redactados por el secretario, a pesar que lo contrariaban, y Moreno aceptó nombramientos de amigos de Saavedra nada dispuestos a aplicar sus directivas.

Estos compromisos permitieron a la Primera Junta subsistir durante siete meses con evidentes ventajas para la aplicación de la política morenista, cuyo acmé se registró el 7 de noviembre al vencer las armas patriotas a los realistas en la brillante y demoledora batalla de Suipacha.

Los ingresos aduaneros entre 1810 y 1820 fueron, en moneda constante, un 47 por ciento más bajos que los ingresos por la misma vía entre 1800 y 1810.

En 1810 los ingresos fueron de 2.491 millones de pesos y los gastos de 3.036 millones, por lo que la brecha deficitaria se cubría con la emisión de deuda pública bajo la reiterada fórmula de los bonos.

En diciembre los hombres que son individualmente Saavedra y Moreno rompen en forma definitiva, pero en realidad son los proyectos de clase que ellos representan los que chocan de manera irremediable.

En la plaza de toros de Retiro, el presidente hace colocar silla adornadas con cojinillos para él y su esposa, Matheu hace un escándalo porque considera que nadie merece distinción especial. Y el 6 de diciembre, brindan por Saavedra como el nuevo rey de estas tierras y le entregan una corona de azúcar a su mujer Saturnina. Moreno redacta y publica esa misma noche un decreto que suprime cualquier honor. Saavedra lo firma.

El 18 de diciembre, el presidente convoca a los diputados del interior directamente relacionados con la vieja estructura virreynal. Moreno renuncia ese mismo día.

1811.

El llamado Robespierre del Río de la Plata se embarca para Londres en enero de 1811.

“Me voy, pero la cola que dejo será larga”, dice.

El 19 de enero de 1811, el ejército libertador de Belgrano es derrotado en el río Paraguari.

En caso de que se produjera una invasión portuguesa contra Buenos Aires, Saavedra sostuvo que la ciudad no se rendirá y en todo caso será “dada en llamas y desaparezca de la faz de la tierra...primero seremos víctimas del cuchillo, que entregarnos a nuestros antiguos opresores: y finalmente, primero nos mataremos unos a otros que reconocer a Elío, a la Carlota, ni a ningún asno que nosotros mismos”, aseguró el entonces presidente de una Junta de Gobierno que todavía se decía fiel a Fernando VII.

El 2 de marzo se produjo la primera derrota de la nueva armada argentina en San Nicolás.

Cuarenta y ocho horas después, Moreno es impulsado a tomar antimonio tartarizado en una dosis cuatro veces superior a lo indicado y muere en medio de fuertes convulsiones a bordo de la fragata inglesa “La Fama”, frente a las costas brasileñas.

Entre marzo y setiembre, el bloqueo del Río de la Plata es renovado por las fuerzas españolas en Montevideo, bajo el nuevo virrey Elío, enviado por el gobierno de Cádiz, aliado con Gran Bretaña. El 10 de marzo, en Tacuarí, es derrotado el ejército de Belgrano. Se firma un armisticio en el que se preparan las bases de la independencia paraguaya.

Durante 1810 y 1811, el principal proveedor de armas fue Inglaterra y desde 1811 en adelante pasó a ser Estados Unidos. El pago era la apertura de los mercados criollos para ambos países.

Luego del asesinato del secretario, de la desaparición de su cuerpo en el fondo del mar en un macabro prólogo de lo que será la práctica habitual de los verdugos de la ESMA en la segunda mitad de los años setenta, Saavedra es el referente de una movilización protagonizada por los alcaldes de barrios que juntan a los gauchos de Buenos Aires en su apoyo. Eran los días 5 y 6 de abril. Es el triunfo del presidente en la interna de la Junta. Renuncian Larrea, Azcuénaga, Rodríguez Peña y Vieytes; mientras que French, Berutti y Posadas son confinados en Carmen de Patagones. Belgrano y Castelli pasan a juicio por desobediencia y van presos.

Pero Saavedra solamente aguanta cuatro meses en el gobierno y el camino que él despejó le servirá de plataforma al triunvirato primero y luego a los directores supremos, pero por detrás de ellos, la figura de quien se quedará con todos aquellos fuegos de mayo y con los

negocios de la sangre derramada en pos de la liberación nacional y social: Bernardino Rivadavia. Sin embargo Rivadavia es un hombre, su auge durante casi dieciséis años es directamente proporcional a los intereses que representa: el capital inglés.

Los hechos dicen que el 20 de junio de 1811 se sufrió el desastre de Huaqui, en Bolivia, una victoria realista a cargo de las tropas de Goyeneche sobre los patriotas comandados por Antonio Balcarce.

El 27 de junio le escribió a Viamonte: “Las cortes extranjeras y muy particularmente la de Inglaterra, nada exige más que el que llevemos adelante el nombre de Fernando y el odio a Napoleón: en estos ejes consiste el que no sea (Inglaterra) nuestra enemiga declarada”.

Ya muerto y desaparecido Mariano Moreno, Saavedra no podrá llevar adelante una política a favor de las muchedumbres, sino al antojo de los comerciantes impulsados por los intereses británicos.

Moreno no fue un agente pro inglés como repite una vieja lectura que luego se incorporó al peronismo, como tampoco Saavedra estuvo a punto de ser el caudillo popular de la revolución como insinuó el formidable Salvador Ferla en su indispensable “Historia Argentina con drama y humor”.

Y agrega en relación con su punto de vista político: “¿Y qué fuerzas tiene el pobre virreynato de Buenos Aires para resistir a este poder, en los primeros pasos de su infancia?. ¿O qué necesidad tiene de atraerse este enemigo poderoso y exterior, cuando no ha acabado con los interiores que nos están molestando hasta el día?”.

Saavedra es un hombre de orden. Desprecia las masas del interior que se movilizan a través del artiguismo, únicamente señalado por Moreno en el Plan de Operaciones. Allí estaba la verdadera proyección popular de la revolución de mayo.

El 26 de agosto de 1811, el mismísimo Saavedra salió de Buenos Aires en un intento personal de reorganizar el Ejército del Norte. Cuando llegó a Salta delegó su mando a Juan Martín de Pueyrredón. Fuera de Buenos Aires, Saavedra tiene poco y nada de líder político. Ya es, por entonces, un jefe militar venido en desgracia.

Juan José Paso, por entonces representante del gobierno de Buenos Aires en Santiago de Chile, pidió que Saavedra fuera entregado para deportarlo “a alguna isla o costa desierta”.

El padre de la falsificación histórica, Bartolomé Mitre, dirás después que el ex presidente de la Primera Junta es un “perseguido, desterrado, encarnecido, llegó en que el héroe del primero de enero, la columna fuerte del 25 de mayo, se halló pobre, solo y desnudo en medio de la nieve de la cordillera”.

En setiembre el primer Triunvirato reemplaza a la Junta Grande como órgano de gobierno, con una conducción más conservadora.

Al caer la Junta Grande, se adueñó del poder el sector de la burguesía comercial acaudillado por Bernardino Rivadavia, secretario del Triunvirato. Derogó todas las restricciones que pesaban sobre las importaciones de manufactura inglesa y se inició el nuevo período que culminará a fines de la década del 20 con el ascenso al gobierno del ala derecha del federalismo.

El 7 de diciembre, el Primer Triunvirato establece la autoridad civil sobre la militar sofocando la rebelión de las trenzas de los patricios.

El final del primer presidente

En 1814, el director Gervasio Posadas quiso someter a Saavedra al tradicional juicio de residencia. El ex primer presidente de la Junta de Mayo se refugió en Chile y fue San Martín quien le permitió regresar y afincarse en San Juan.

En 1818, el Congreso lo declaró inocente de todos los cargos y Pueyrredón, director supremo, lo ascendió a Brigadier General del Ejército del Nacional con efecto retroactivo al 14 de enero de 1811 y lo nombró jefe de estado mayor.

En ese año, a ocho de la revolución y siete de la desaparición de Moreno, ya operaban en Buenos Aires 55 firmas mercantiles británicas. La ruta Cádiz - Buenos Aires había sido suplantada por la ruta Liverpool - Buenos Aires.

Saavedra ya era un recuerdo, todo sonaba a Rivadavia y los intereses que representaba.

El ex jefe de Patricios realizó varias inspecciones militares y logró la paz con los indios ranqueles.

Murió en Buenos Aires el 29 de marzo de 1829.

Había sido el puente entre la dominación española y la dependencia económica de Gran Bretaña.

El “hombre corcho”

"El gobernador Eduardo Alberto Duhalde es quizás el ejemplo mas acabado de esa clase de dirigentes que dan la impresión de haber salido de una factoría de políticos. Un caso en extremo complejo que trae a la memoria las andanzas del "Hombre Corcho", proverbial personaje porteño que Roberto Arlt supo retratar con genio en una de sus Aguafuertes: 'El Hombre Corcho, el hombre que nunca se hunde, sean cuales sean los acontecimientos turbios en que está mezclado'. Ocurre que, al cabo de una rápida inspección, la apariencia del gobernador no es otra que la de un político de conducta irreprochable: eficaz en su gestión y en

el contacto directo con la gente; buen marido y atento padre de familia”, escribió el periodista Hernán López Echagüe en la biografía del ahora presidente argentino, Eduardo Duhalde.

Según el periodista, amenazado, golpeado y ahora exiliado, sus fuentes consultadas para la redacción de “El Otro”, marcaban la participación del ex intendente de Lomas de Zamora y ex gobernador de Buenos Aires como responsable “en la organización y regencia del narcotráfico en la provincia de Buenos Aires; referían que había logrado la posibilidad de reelección luego de haberles pagado doce millones de dólares a los convencionales del carapintada Movimiento por la Dignidad Nacional (MODIN)” y en tono de confianza le sugerían que “su empecinamiento en privatizar los casinos provinciales obedecía a la formidable

comisión que le había ofrecido un grupo norteamericano”.

López Echagüe también remarcó que “la fortuna era de procedencia incierta y que ha depositado en bancos del extranjero e invertido en el club Banfield”.

Duhalde es “propietario de dos estancias legendarias en la zona más fecunda de la provincia de Buenos Aires” y esas mismas voces le decían que “el Fondo de Reparación Histórica del Conurbano Bonaerense no era otra cosa que un espléndido negocio político y económico mediante el cual ha logrado no ya adquirir fotos y simpatías, sino también gruesas cantidades de dinero constante y sonante; afirmaban que ha conseguido moldear su imagen

de hombre probo merced a un sutil mecanismo de información y publicidad fundado en la compra de periodistas e inversiones poco claras que superan largamente el presupuesto anual de cualquier provincia del norte argentino”.

El libro también repara en que Duhalde fue quien “alertó a los militares, en diciembre de 1975, sobre el operativo que iba a llevar a cabo el Ejército Revolucionario del Pueblo contra el Batallón de Arsenales 601, en Monte Chingolo; favor que posteriormente, durante la dictadura, había de permitirle vivir en sosiego mientras sus compañeros del partido eran perseguidos, secuestrados y torturados.”

La investigación de López Echagüe fue publicada en 1996, recientemente reeditada y nunca desmentida a pesar de que recibió un cúmulo de juicios, entre ellos el de la familia de Bujía, que en ese momento estaban a punto de perder, según señaló el periodista. En el libro Echagüe da cuenta de las actividades de Bujía, mano derecha del gobernador Eduardo Duhalde durante 13 años, y de su misteriosa muerte en un accidente de tránsito.

Eduardo Duhalde, ex vicepresidente de la primera administración de Carlos Menem, a partir de 1989, senador nacional electo por la provincia de Buenos Aires en octubre de 1999, fue votado por la Asamblea Legislativa luego de la destitución palaciega que se hizo de Adolfo Rodríguez Saá en los días violentos de principios de 2002.

Eduardo Duhalde, al igual que Cornelio Saavedra, es un hombre puente hacia otra forma de gobierno y quizás también hacia otra manera de dependencia económica.

Espejo en tres tiempos

Saavedra pudo haber sido el gran caudillo nacional, escribió Salvador Ferla.

Y terminó siendo uno de los tantos símbolos que intentaron justificar los golpes militares del siglo XX.

El curioso término que en 1960 difundió el padre Furlong, “democracia militar”, tiende a reivindicar un supuesto compromiso social de las fuerzas armadas que, en definitiva, derivó en las atrocidades del terrorismo de estado a partir de 1976.

Pero, en forma paralela a esta interpretación, la figura evoca más al presente que al pasado reciente.

Hay en aquellos días de mayo de 1810 reflejos especulares de la realidad política de 2002.

Y en Saavedra, quizás, haya algo de Duhalde y sus circunstancias, al decir de Ortega y Gasset.

Como esto se trata de un análisis periodístico y no tiene ninguna pretensión científica, es interesante repasar ciertas similitudes del llamado clima social de ambas épocas y de las señales internacionales y los hechos interiores.

Desde la década del '80 en adelante, con la recuperación de las democracias en transición en América latina, comenzó a hablarse de “democracias vigiladas”, según la perspectivas del imperio a través de varios documentos emitidos durante la administración de Ronald Reagan.

A principios del tercer milenio, la renovada cruzada por el dominio territorial, económico e ideológico de todo el mundo de parte del gobierno de Estados Unidos, afianzó la idea de la intervención militar contra lo que ellos estigmatizaron como los “ejes del mal”.

Reaparecieron los ejércitos coloniales en varias zonas de la geografía latinoamericana y el rol de garantes del sistema otorgado a las fuerzas armadas nacionales.

En el vasto territorio del que fuera el Virreynato del Río de la Plata existe hoy la certeza de vivir en democracias restringidas y con la plena vigencia de la represión potencial contra toda forma de protesta organizada.

Hay democracias más que vigiladas, militarizadas.

Imagen muy cercana a la utilizada para enmarcar el breve período de influencia de Saavedra, fundamentalmente en la ciudad y provincia de Buenos Aires, entre 1806 y 1811.

Cuando Duhalde es elegido presidente por la Asamblea Legislativa, luego de las 32 muertes de diciembre de 2001, uno de los principales argumentos es que maneja la base social del explosivo conurbano bonaerense. Es el hombre que a través de su gobernación supo tejer una red de contactos en los municipios capaz de articular, impulsar y desbaratar cualquier tipo de movilización o estallido de las masas desesperadas.

En las últimas semanas, al no lograrse el acuerdo con el Fondo Monetario Internacional, Duhalde amenazó con renunciar y dejar librado al “azar” lo que pueda pasar en el Gran Buenos Aires. Una espada de Damocles que él ciñe mejor que nadie no solamente para la interna del peronismo sino también para todos los actores políticos de la realidad nacional. Los analistas políticos de los grandes medios de comunicación nacionales subrayaron esta “extorsión” que el hombre de Lomas de Zamora exhibe de tanto en tanto para conseguir los avales que le permitan avanzar en el terreno trazado por los organismos internacionales.

Duhalde, entonces, garantiza el orden del imperio, es el mayor símbolo de las democracias vigiladas, de las “democracias militares”. Así como Saavedra al comandar el regimiento de Patricios aseguraba el monopolio de la principal herramienta de choque y, al mismo tiempo, del principal elemento de represión contra las muchedumbres soliviantadas.

Y el mismo Saavedra lo dice, su plan pasaba por acordar todo aquello que Gran Bretaña, la potencia imperialista de aquellos años, disponía para las nuevas Provincias Unidas del Río de La Plata.

En ambos casos, tanto en Duhalde como en Saavedra, el origen del poder político reside en los alcaldes de barrio, como se los denominaba en 1810 y en los intendentes del conurbano, como se los nombra en la actualidad. Porque fueron aquellos funcionarios los que conformaron las llamadas milicias en los tiempos últimos del virreynato y son estos intendentes los principales creadores de un nuevo modelo de vasallaje político que algunos medios de comunicación, de manera eufemística, describen como clientelismo político. Una forma que adquiere los colores de las patotas o de grupos de choques parapoliciales como los que asolaron la historia argentina desde la Liga Patriótica de la década del treinta a los comandos de la Triple A hasta llegar a las barras bravas que son enviadas a reprimir a las asambleas barriales del conurbano bonaerense.

Es una misma matriz de acumulación de fuerzas. A través de alcaldes, intendentes o punteros que generan fuerzas de choques que controlan el potencial desborde de los orilleros de mayo de 1810 o del pueblo en la Plaza de Mayo en diciembre de 2001.

Semejante poder de disuasión los encumbró al máximo lugar de poder político a través del voto de una minoría y no de la libre elección popular, como también sirvió para dejar hacer a los grupos de poder económico que venían concentrando la riqueza no solamente en los últimos treinta años sino también aquellas cuatro décadas de virreynato del Río de La Plata. Saavedra y Duhalde son líderes reconocidos por su manejo de fuerzas de choques vecinales pero subordinados a los factores de poder dominantes en cada una de las coyunturas históricas en las que les tocó participar.

Y eso se demuestra a pesar del discurso pretendidamente nacionalista en ambos exponentes de estas etapas caracterizadas por un proceso de ebullición política de transformación superestructural.

Mayo de 1810 y diciembre de 2001 son síntesis del agotamiento de un modelo institucional político que cosido por la corrupción y la exclusión de las mayorías, avanzan hacia otro entramada de relaciones políticas.

Pero lo que triunfó en Mayo de 1810 no fueron los proyectos políticos y económicos de Mariano Moreno, Manuel Belgrano y Juan José Castelli, sino los que usaron a Saavedra como herramienta de control social para permitir el desembarco de mercaderes ingleses que hicieron migas con los otros factores de poder ya existentes en el virreynato como los saladeros de la provincia de Buenos Aires y del Litoral, en desprecio del interior.

Un interior al cual se lo convocó para legitimar el modelo impuesto por Gran Bretaña a través de la Junta Grande, luego por medio de los triunviratos y por último con los directores supremos. Hechos que determinaron la aparición de una oligarquía poderosa, el llamado paraíso terrateniente del que hablaba Milcíades Peña.

Saavedra y Duhalde, entonces, símbolos de la contención social de ambos períodos de cambios políticos, degeneraron en nuevos compromisos con las bancas internacionales y la aparición de empréstitos, deuda externa en lenguaje contemporáneo, garantizados, por último, con las tierras del país. Ahora son 14 millones de hectáreas que están en los créditos del Banco Nación las que están amenazadas por la derogación de la ley de quiebras que dejará el campo vacío para que los acreedores reclamen semejante cantidad de territorio nacional. A principios de la década del '20 del siglo XIX, en pleno auge del rivadavismo, la ley de efiteusis determinó que el estado argentino garantizaba sus compromisos a través de las tierras públicas.

Ese futuro es el que ya se dibuja en los actuales decretos del gobierno de Eduardo Duhalde, de allí que el hombre puente que fue Saavedra sirva para reflejar en otra dimensión de tiempo, quizás el futuro que le aguarda a las grandes mayorías en caso de no retornar al proyecto de un estado nacional que se oponga a las grandes riquezas y que fomente el trabajo, la industria local y regional, la educación y la salud que eran, justamente, los principios nunca aplicados que sostuvieron Moreno, Belgrano, Castelli, Artigas y San Martín.

Santiago del Estero y el encubrimiento

Cuando los 270 chicos que componían la Marcha Por la Vida cruzaron por Santiago del Estero, la policía provincial los desalojó de una escuela.

Era en Quimilí, donde la pobreza impuesta todavía no pudo con la sensualidad de la chacarera y la resistencia de los campesinos que se niegan a regalar la esperanza de un futuro mejor para sus pibes, aunque el estado provincial y sus instituciones desempeñen el rol de carceleros.

En Santiago del Estero, sin embargo, se inició la vida política de la Argentina.

Allí estaba la mayoría de la población de lo que luego sería el último virreynato creado por los españoles, el del Río de la Plata, en 1776.

En aquellos años, el 52 por ciento de los habitantes de estos arrabales del mundo estaba allí, en el noroeste.

Desde esos parajes santiagueños, tucumanos, jujeños y salteños, salían carretas, aguardiente, vino, productos textiles, maderas y hasta los primeros doctores de la tierra americana.

Era el centro político, económico, social y demográfico de la futura Argentina.

Pero a partir de 1811, como consecuencia del abandono del proyecto original de la revolución de Mayo, los tenderos y dueños de saladeros de Buenos Aires entablan relaciones carnales con la potencia hegemónica de entonces, Gran Bretaña y deciden que el territorio para librar la guerra por la independencia no sea el puerto ni el Litoral, sino el noroeste.

Una vez más la clave histórica del país: el poder del estado minoritario decide aplicar sus decisiones en las geografías física y humanas más desarrolladas para imponerle otro destino.

Hacia 1857, Buenos Aires, Paraná y Santa Fe ya tenían el 44,3 por ciento de la población y el noroeste, el 43,9 por ciento.

A finales del siglo XIX, en 1895, ya estaba todo definido.

Ganadores, perdedores y ciclos económicos regionales concentrados y con estados feudales por encima de la democracia federal.

En el noroeste quedaba menos del 27 por ciento de la población; mientras que en Buenos Aires y el Litoral, vivía la mayoría, el 63,5 por ciento de los habitantes.

En menos de un siglo, la geografía del país interior fue demolida por la decisión de aquellos que constituyeron un estado que miraba hacia fuera y respondía a los intereses de los pocos.

De la riqueza original del noroeste argentino, a la pobreza extrema del presente.

De la alta densidad poblacional, a la soledad impuesta.

De los proyectos económicos políticos libertarios a la configuración de un país para los privilegios.

De la riqueza natural al desastre ecológico, como consecuencia de un proyecto impuesto desde los estados nacional y provincial.

Un verdadero crimen que, sin embargo, quedó impune por la construcción de mitos que ocultaron la identidad de los asesinos y exhibieron a las víctimas como victimarios.

El mito de la vagancia de los santiagueños.

Ellos, los santiagueños, culpables de una historia política que no se cuenta ni se masifica.

“La explotación de los bosques comenzó a atraer decididamente a los capitalistas. La vinculación con el ferrocarril fue evidente. La ecuación ferrocarril, explotación forestal y

latifundio comenzó a modularse. En el año 1895, se exportaron 402 toneladas, la mayor cantidad a Alemania; en 1915, superaban las cien mil toneladas”, contó el periodista e historiador, Raúl Dargoltz, en su imprescindible “Hacha y Quebracho”.

Santiago del Estero “contaba a comienzos de la explotación forestal con una extensión de 10.792.200 hectáreas de bosques. En la actualidad solamente quedan 600 mil hectáreas. Más de nueve millones de hectáreas fueron irracionalmente explotadas. Ciento cincuenta millones de quebrachos destruidos, ciento setenta millones de toneladas de madera, según la Dirección Provincial de Bosques”.

Y aquí viene la imagen de la demencial explotación de los recursos naturales santiagueños desde los estados nacional y provincial y que determinó el primer proceso de exclusión social al destruir el ecosistema de la región: “Con respecto a los postes de quebrachos colorados que fueron utilizados para alambrar las grandes estancias de la pampa húmeda, diremos que si bien la medición fue mucho más difícil por la variedad de los medios de transporte que se utilizaron, se ha documentado durante el período 1900 - 1966, en los registros ferroviarios únicamente, más de 64,5 millones de piezas, que puestas en alambrados imaginarios, a razón de ocho metros entre cada poste, tendría una longitud de una vez y media la distancia Tierra - Luna, según el Ministerio de Economía de la provincia, en 1971”, remarcó el escritor.

Semejante saqueo de la riqueza natural terminó con la diversificación de actividades.

A la explotación del quebracho siguió el irracional ciclo del azúcar.

Ya no se necesitaban tanta mano de obra.

Vino entonces, a fines del siglo XIX y a principios del veinte, la gran desocupación de los santiagueños.

La historia oficial, contada a través de los grandes diarios, no habló del proyecto económico impuesto, sino que describía la falta de actividad entre los lugareños.

Las víctimas, entonces, fueron apuntadas como responsables de su propia desgracia, la falta de trabajo.

Comenzó a hablarse de la vagancia de los santiagueños.

Un encubrimiento cultural a los responsables de semejante crimen ecológico.

Tantos quebrachos como los necesarios para hacer un camino de ida y vuelta a la Luna.

Una tierra que era llamada el vergel de la civilización por los españoles, se convirtió, entonces, en un lugar agrietado.

El estado nacional y el provincial se aliaron a los saqueadores y sus instituciones fallaron a favor de los intereses de los más fuertes.

Los culpables, una vez más, eran los ninguneados.

Los vagos.

Otro dato para la lógica de la historia profunda argentina: desarrollo humano independiente, terrorismo de estado, geografía del poder, geografía del hambre, encubrimiento cultural, estado cómplice de las minorías e instituciones serviciales a esos intereses.

Hoy, sin embargo, desde la misma tierra desolada surge el Movimiento de Campesinos de Santiago del Estero que quiere crear hasta sus propias facultades y escuelas, al mismo tiempo que pelea por elegir el futuro de sus integrantes de manera libre e independiente.

A fuerza de militancia abren surcos en la tierra pero también en el estado que no puede seguir haciendo de cuenta que no existen esas miles de personas que necesitan de otro estado y de otras instituciones que sean compañeros de su deseo de libertad y justicia.

Algo que los hace ser.

La vieja identidad nacional: el proyecto todavía no concluido de levantar sobre la faz de la tierra una nueva y gloriosa Nación.
Esa idea que fue abortada entre 1810 y 1820.

El billete de cien pesos

“Ya vamos consiguiendo que sepan respetar y obedecer: tienen miedo, están sumisos”, coronel Ramón Estomba, 1826.

“No ahorre sangre de gauchos, es lo únicos de humanos que tienen”, carta de Domingo Faustino Sarmiento a Bartolomé Mitre instándolo a seguir con la cacería de los últimos gauchos rebeldes organizados en montoneras.

“Se acercó al grupo y saludó. Klein lo saludó por su designación diciendo. “Ahí se necesitaba un hombre enérgico como usted”. López Aufranc—recientemente designado presidente de Acindar reemplazando a Martínez de Hoz—sonrió complacido. Luego la conversación se orientó hacia los rumores de una posible huelga en el sector, señalando Klein que tenía noticias de la detención de 23 delegados de fábrica. El general, creyendo que yo también pertenecía a la banda adueñada del poder, comentó tranquilizándolo: “No se preocupe Walter, todos están bajo tierra”, de Emilio Mignone, en “Iglesia y Dictadura”.

Postales históricas.

Símbolo máximo del poder económico en los billetes de circulación en la Argentina de fin de milenio: 100 pesos, el rostro de Julio Argentino Roca, en el anverso, la imagen de la llamada Conquista del “Desierto”.

Es una expresión contundente.

El billete de mayor valor se referencia con la imagen del representante de la generación del 80 y con su hecho superlativo, la campaña contra los indios.

La generación del 80 fue aquella que introdujo la Argentina a la modernidad del siglo XIX, le dio su rol de factoría agroexportadora dentro de la llamada división internacional del trabajo, la ubicaba en el orden económico que diagramaba Inglaterra y comenzaba a discutir Estados Unidos.

Aunque existía la constitución nacional, no había democracia.

La inserción argentina en el mundo desarrollado suponía la eliminación de los proyectos políticos antagónicos, el exterminio de los recursos humanos no funcionales y el disciplinamiento social de los sobrevivientes para que aportaran su fuerza de trabajo con el mínimo costo.

La modernidad económica de los 80, se basó en la “conquista del desierto”.

Entre abril y mayo de 1879, el general Julio Argentino Roca movilizó 6 mil soldados contra los últimos “hombres libres” de las naciones pampas y tehuelche.

En dos meses, las cinco divisiones de Roca ocuparon las llanuras hasta más allá de los ríos Negro y Neuquén, designaron gobernador de los territorios de la Patagonia al coronel Alvaro Barros, se crearon fortificaciones que sirvieron de base a las futuras poblaciones y se diezmaron a las comunidades indígenas.

Entre abril y julio de 1879, la campaña de Roca le produjo a los pueblos indios 14.152 bajas, entre muertos, heridos y desaparecidos. En octubre de 1880, Roca asumió la presidencia de la Nación.

Los tiempos modernos de la Argentina de fin de siglo pasado también llegaron a la región del Gran Chaco, incluyendo el norte santafesino.

En 1877 se crearon dos compañías de gendarmes destinados al servicio nacional en el territorio, antecedente inmediato de lo que después sería Gendarmería Nacional.

En el término de 37 años, entre 1862 y 1899, fueron muertos en el Chaco cerca de mil indígenas.

Entre 1821 y 1848, en la Pampa, Patagonia y Chaco, el total aproximado de víctimas fueron 7587.

Desde 1862 a 1899, en la Pampa y la Patagonia, otros 3648 seres humanos fueron muertos.

El historiador Carlos Martínez Sarasola, en su imprescindible “Nuestros Paisanos los indios”, sostiene que entre 1821 y 1899, el total estimado de indígenas muertos llegaba a 12.335. Pero esta cifra solamente reflejan los guerreros muertos en combate.

La adecuación de la economía argentina a los intereses de quienes manejaban los factores de poder internacional se realizó a posteriori de una política basada en el terrorismo de estado, implementado a través de las fuerzas armadas y de seguridad.

En forma paralela a la política de exterminio contra las naciones indias, se concretó la llamada “guerra de policía”, contra las últimas montoneras.

Aparecieron los elementos de tortura, como el cepo y los grilletos y como consecuencia directa de la represión contra las últimas organizaciones de gauchos pauperizados, como las de Peñaloza, Varela y López Jordán, surgieron los alambrados, el ferrocarril y la concentración económica, en pocas manos, en cada una de las provincias.

Estos capitales se forjaron a través del monocultivo y de la monoexplotación, produciendo verdaderos procesos de transformación de los ecosistemas, provocando catástrofes ambientales que modificaron geografías enteras, como sucedió en Santiago del Estero, como consecuencias de la tala del quebracho colorado.

Puertos y latifundios.

Exterminio de indios y gauchos rebeldes.

Fomento de la emigración y de la importación de bienes suntuarios.

Explotación de trabajadores.

La lógica de los bloques políticos - económicos - financieros que conquistaron el dominio del estado argentino, en la década del 20 y del 80 en el siglo pasado, se fundamenta en el terrorismo de estado, como paso previo a la concentración de las actividades económicas que necesita, como elemento vital para la perduración del estatus quo, el disciplinamiento social.

Terrorismo de Estado y Concentración Económica.

Exterminio de focos rebeldes y mano de obra barata.

Desaparecidos y desocupados.

El disciplinamiento social

En forma paralela a la persecución del artiguismo, del aislamiento del proyecto de Martín Miguel de Güemes—que suponía la expropiación de las grandes fincas en beneficio de los muchos--, y de la intencionada demora al proyecto político sanmartiniano; se comenzaban a imponer las bases, desde el estado naciente, para establecer el código en las relaciones sociales de producción.

“Todo individuo que no tenga propiedad legítima de qué sustentarse será reputado en clase de sirviente, debiéndolo hacer constar ante el juez territorial de su partido. Es obligación

que se muna de una papeleta de su patrón, visada por el juez. Estas papeletas se renovarían cada tres meses. Los que no tengan este documento, serán tenidos por vagos...Se castiga a los vagos con cinco años de servicios en el ejército de línea. Los que no sirvan para este destino, están obligados a reconocer un patrón, a quien servirán por obligación durante dos años, por su justo salario, en la primera vez y en la segunda por diez años”.

Era parte del texto de la reglamentación del 10 de agosto de 1815, emanada durante el directorio interino de Alvarez Thomas.

Papeleta del conchabo.

Documento de obediencia al patrón.

Si no se tenía la vista buena del reconocido como patrón -persona de bien - dueño de propiedades, la persona terminaba siendo un sospechoso, un subversivo.

La frontera entre trabajador y sospechoso ante la justicia era difusa ya en el inicio mismo de las relaciones sociales.

Lo que aparece claro es el lugar de lo admitido: todo aquello que era autorizado por los factores de poder. Lo no admitido debía ser perseguido.

La papeleta del conchabo sufrió metamorfosis a lo largo de la crónica del siglo XIX, después vinieron levas e incluso, el artículo 6º de la constitución rivadaviana de 1826, expresaba que se suspendía la ciudadanía a los “criados a sueldo, peones jornaleros, simples soldados de línea o notoriamente vagos”.

El trabajador no tenía derechos. No era considerado ciudadano para el bloque de intereses que se hizo del poder luego de la política de exterminio contra el artiguismo y la dispersión de los seguidores de los proyectos de San Martín y Güemes.

Después de la conquista del “desierto” y de las últimas montoneras.

“La guerra social en el siglo XIX tuvo objetivos políticos y sociales muy precisos. No fue, como pretenden algunos escritores, el enfrentamiento entre una arcaica civilización del cuero representada por las montoneras y la oligarquía, representando el desarrollo necesario de la sociedad argentina: fue una guerra entre las clases sociales con dos proyectos diferentes, uno de los cuales triunfó, porque su vinculación con el imperialismo le permitió una capacidad militar y logística superior...”

“La clase trabajadora, desalojada del interior o imposibilitada de repartirse por las provincias, comienza a juntarse, criollos pobres y desesperanzados inmigrantes, en la región que dentro del cuadro de explotación puede ofrecerle mejores condiciones de subsistencia...”, resume el investigador Guillermo Gutiérrez.

El terrorismo de Estado del gobierno mitrista, primero, y roquista, en segundo término, determinó una nueva configuración espacial y social del territorio argentino.

Alambrados, ferrocarril, fusiles remington y cepos, eran los símbolos de la incorporación de la Argentina al mundo civilizado.

Los ferrocarriles no solamente servirán para extraer las riquezas del interior y llevarlas hasta el puerto de Buenos Aires, sino también para remodelar el esquema demográfico del país alrededor de las ciudades puertos.

Millones de inmigrantes europeos, desocupados y desesperados, llegaron entre 1880 y 1910. Para disciplinarlos socialmente, la ley de residencia del año 1902.

La secuencia de hechos que configuran la estructuración de un bloque de poder que se hace cargo del estado nacional supone: terrorismo de estado - concentración económica - adaptación al modelo económico internacional - falsificación de la historia - limitación de derechos sociales - explotación de recursos naturales y humanos - reformulación demográfico de las regiones del país - cooptación de estados provinciales en beneficio de

intereses privados - consenso basado en el miedo y en la inevitabilidad de los procesos económicos.

Estos hechos se verificaron durante el acomodamiento posterior al proceso iniciado en 1810 y en forma paralela a la “conquista del desierto” y la “guerra de policía contra las montoneras de fin de siglo”.

En los mencionados proceso de reacomodamiento, el terrorismo de estado fue la herramienta política con que se beneficiaron los principales grupos económicos, regionales, nacionales y trasnacionales.

Los desocupados y excluidos luego de la guerra de la independencia terminaron presos o sobreviviendo hasta formar parte de un proyecto político - social que se oponía al modelo hegemónico.

Los que habían formado parte de las organizaciones armadas de Artigas y Güemes, terminaron en cárceles y los que sobrevivieron no fueron legalizados por la papeleta del conchabo.

En los años ochenta del siglo pasado, antes de los desocupados, tanto los nacidos en la Argentina como los inmigrantes, fueron los desaparecidos de las naciones indias, de los negros que vivían en el territorio y de los gauchos que no tuvieron cruces luego de ser masacrados por las fuerzas “nacionales”, como consecuencia de haber formado parte de las montoneras.

Desde finales de los años sesenta del siglo XX, como consecuencia de cambios en las formas de producción, el mundo asistía a una convulsionada transformación, tanto política, social y económica.

Una nueva puja por el poder volvía a instalarse en el seno de las naciones.

Con otros actores, con otras dinámicas, la lógica del bloque de poder en la Argentina volvería a utilizar su herramienta histórica, el terrorismo de estado.

Sería entre marzo de 1976 y 1983, cuando el estado fue cooptado por los representantes de los intereses minoritarios para volver a instaurar la geografía del poder, la actual geografía del hambre.

Ese estado, a pesar de casi veinte años de democracia, servicial a los pocos, dejó de ser funcional y la mayoría de las instituciones sobreviven sin tener posibilidad alguna de generar consenso.

Porque ambos, estado e instituciones, han desempeñado roles contrarios al mandato político histórico que vertebra la identidad nacional, la búsqueda de un país independiente y con justicia.

Voces

La falsificación histórica sirvió para justificar el rol del estado en contra del mandato político original: ser libres y estar en contra de los intereses minoritarios.

La concentración de riquezas fue posible gracias a sucesivas matanzas y otros tantos saqueos.

A fines de 2001, los partidos políticos tradicionales se cayeron como lo hicieron las torres gemelas en los Estados Unidos.

El estado nacional a favor de pocos.

El parlamento viciado de denuncias de coimas, sobornos y vaciado de credibilidad.

La Corte Suprema de Justicia sentada en el banquillo de los acusados.

Los grandes medios de comunicación exhibiendo su impúdica complicidad con los sectores de la economía concentrada.

Los bancos protegidos desde afuera y convertidos en ladrones de sus propios clientes.

La cúpula eclesiástica navegando en el punto medio de una mesa cuyo diálogo le interesa a muy pocos.

Y las grandes empresas, como siempre, haciendo lo que quieren.

Del otro lado, es decir del lugar de los que son más, piqueteros y asambleístas comenzaron a discutir al presente como hijo directo de un pasado desconocido.

Deliberadamente desconocido.

¿Cómo recrear el estado y las instituciones, entonces?.

Solamente será posible si se retoma el proyecto de construir un país libre y se hace carne en los que son más.

Sin ese proyecto - la verdadera identidad nacional - no será posible ningún estado ni ninguna institución.

Tampoco será posible ningún tipo de vida, sea individual o colectiva.

De allí la necesidad de sumar voces.

Un cuarteto digno de ser tenido en cuenta.

Que apunta al corazón que late en este ensayo que descarga su furia contra los falsificadores de memoria y contra los multiplicadores del dolor.

Dice Alcira Argumedo: “Estas opciones entre modelos de sociedad equitativos, de alta integración social, donde se valoran la soberanía nacional, la participación popular; frente a modelos de gran concentración económica, fuerte polarización social y valorización de los lazos con las potencias dominantes en desfavor de la soberanía frente a las posibilidades de una integración autónoma de América latina, como líneas básicas, no importan las grandes diferencias de las condiciones históricas fueron los debates que en su momento enfrentaron a Artigas y Dorrego con Rivadavia o a Solano López con Mitre; o a Perón con la Unión Democrática. La paradoja de esto es que si uno analiza la historia de Estados Unidos en donde el norte le ganó al sur, era más funcional, más moderno para la nueva etapa que se abriría después de la independencia, el modelo de Artigas que el de Rivadavia...”, le respondió a este cronista en una vieja entrevista de varios años atrás. (29)

Alcira marcaba la modernidad de los planteos de los revolucionarios de los primeros veinte años del siglo XIX.

Pero, ¿será posible que las ideas y los proyectos del siglo XIX sirvan para responder a las urgencias políticas y existenciales del tercer milenio?.

Para la psicoanalista Silvia Bleichmar, no hay dudas.

“La historia es una continuidad. En realidad cada generación de argentinos produce un nuevo intento de independencia. La historia no está acabada porque la independencia no está alcanzada. De allí que sea fundamental recuperar la memoria no solamente desde el lugar de lo que nos hicieron, sino también de los proyectos colectivos que fuimos capaces de lograr. Porque esa es una forma de sentirnos e identificarnos. Nuestros abuelos no pelearon en Vilcapugio, pero durante todo el siglo veinte fueron protagonistas de peleas permanentes por una vida mejor y eso es lo que forma nuestra identidad. Porque la salud, la humanidad de una persona, no solamente pasa por la autoconservación biológica, sino por la autopreservación de la identidad. Hace poco leí una experiencia que me impactó. Un grupo de gatos fue encerrado en una jaula. Algunos de ellos naturalizaron el encierro. Se acostumbraron a la falta de libertad. Y fueron los que primero se murieron. El otro grupo de gatos buscaba desesperadamente la salida. Sufrieron estrés, dormían menos, comían menos, tuvieron gastritis, pero vivieron. De eso se trata, de saber que cada nueva generación en la Argentina pelea por la independencia”, sostuvo en diálogo con el autor de estas líneas. (30)

La tercera voz es, en realidad, el cuerpo elástico de un pibe que entonces tenía trece años.

Vive en el norte profundo santafesino, allí donde marcó sus garras La Forestal, donde dejó claramente fijada su geografía de poder y, cuando se retiró, la geografía del hambre.

El lugar se llama Villa Ocampo, una ciudad de dieciocho mil habitantes, cuyo personaje más conocido es un ex senador nacional, Jorge Massat, imputado de los delitos de lavado de dinero, enriquecimiento ilícito y evasión fiscal por 23 millones de pesos dólares.

Su poder, el de Massat, se basa en la obediencia feudal que muchos le rinden en esos parajes en donde crece la caña de azúcar y el algodón.

En un extremo de sus actividades, los contactos diversos en la minoritaria Argentina que habita; y en el otro, en el subsuelo, la explotación de chicos, el ninguneo de los que ponen el cuerpo horas y horas hasta que el sol se hace luna a cambio de papeles, de vales que se transforman en alguna mercadería en los negocios de sus amigos.

El pibe de trece años se llama César y desde los seis que anda cosechando algodón y participando de la zafra. (31)

Tiene la espalda jodida y la mirada triste.

Habla en la escuela rural que parece caída de otro planeta en esa llanura en la que abunda el silencio y la pobreza.

Dice que cuando sea grande quiere ser poeta, que alguien le regaló un libro de un tal Neruda y que entonces escribe como esas palabras para la mamá que ya se fue hace rato a la pampa de arriba.

Tiene trece años César y sueña con ser poeta.

Si no lo hubiera filmado y grabado, no lo creería. Pensaría que es el exceso de un izquierdista por hacerme pensar en la llegada de Neruda a los sectores populares, pero no. Ahí está la filmación y la grabación. Y ahí está César que lee sus versos pidiendo por favor que cuiden a sus madres.

Si un pibe como César es capaz de defender su sueño, ¿cómo diablos no vamos a ser capaces de intentar un nuevo proyecto de país que sea capaz de parir un estado y otras instituciones que realmente den respuestas a nuestro pueblo?.

Y la última postal es también de una piba.

Una nena de quince años.

Ella es militante de una agrupación de origen católico que ayuda a otros chicos a denunciar los abusos sexuales en los barrios de la ciudad de Rosario.

Ella se acerca al micrófono y mira a los cientos de personas que también la miran.

Tiene ojitos marrones y su cuerpo lleno de gracia. Lleva una carpeta con cartulinas multicolores y ahí se adivinan papeles escritos a mano y a máquina.

Le gusta escribir, cuenta. Dice que de chiquita su papá la destapaba para después violarla. Ahí me doy cuenta que hasta ese momento creía que alguien que sufrió semejante violencia estaba prácticamente condenada al sufrimiento permanente, que nunca iba a escuchar un testimonio semejante. Me doy cuenta de todo ese ropaje burgués que me fueron poniendo al mismo tiempo que nos distanciaban del proyecto histórico de hacer un país libre. Pero ella sigue hablando. Y sonrío, con sinceridad, sonrío.

- A mi me gusta mucho escribir porque cuento esas cosas que los chicos y las chicas me dicen. Y a ellos y a mi, nos hace bien...Yo muchas veces los escuché decir a gente grande como ustedes que hablan de una resistencia...Y a mi, en el grupo en el que estoy, me enseñaron otra palabra. Resiliencia. Es la capacidad que tienen algunos metales que luego de ser alterados son capaces de convertirse en algo mejor. Y eso somos nosotros, resilientes. (32)

Si esa piba es capaz de pelear, todos los días, por un futuro mejor para todos, desde su propia verdad original para ser alguien mejor y lograrlo; ¿por qué creer que es una locura o una pérdida de tiempo encontrarnos con los proyectos originales de nuestro pueblo para que nos volvamos a enamorar del país y darle un sentido superior a cada una de nuestras vidas?.

Fútbol, historia y futuro

Cancha chica de la cultura popular.

De los más once mil muchachos que juegan al fútbol en los casi ciento veinte clubes que conforman la Asociación del Fútbol Argentino, solamente el dos por ciento llega a primera división.

Metáfora de la Argentina de principios del tercer milenio.

Una pequeña minoría llega a disfrutar.

Los otros, la inmensa mayoría, se queda afuera.

Cancha chica de la cultura popular.

Los hinchas siempre del otro lado del alambrado.

En las tribunas y plateas.

Peleándose entre si, pero incapaces de cambiar las reglas del juego.

Cancha chica y cancha grande la cultura popular.

¿Cuándo protagonizaremos la final del campeonato de la historia argentina que definirá quiénes serán felices en estas tierras?.

Un equipo del seleccionado popular.

En el arco cuidando la dignidad de las mayorías, Las Madres de Plaza de Mayo.

Línea de cuatro.

El primer líder popular del siglo XX, Hipólito Yrigoyen.

Marcadores centrales, columnas vertebrales del sueño inconcluso, Mariano Moreno y Manuel Belgrano.

Y como marcador de punta izquierda, el otro líder popular del siglo veinte, Juan Perón.

En el medio campo, fogonero incansable de la utopía, Ernesto Guevara.

De cinco, el gran capitán de los pueblos libres, José de San Martín.

Y de diez, el Diego. ¿Quién otro?.

En la punta, corriendo como lo hizo siempre, ideal para el contragolpe certero y los centros para que otros definan, Martín Miguel de Güemes.

De nueve, el gran goleador, líder popular del siglo XIX, José Artigas.

Y de once, Mario Kempes.

Cuando digo este equipo que sintetiza la historia argentina, pibes de distintas escuelas en diferentes provincias empiezan a preguntar quién es el referí que controla el partido por la felicidad del pueblo.

Y en casi todos los lugares, los mismos chicos dicen el FMI.

Y luego vienen las otras preguntas.

¿Quién es el director técnico?. Quizás todos, para que alguna vez la historia vaya para el lado que nosotros queremos.

¿Cómo forman los rivales?. Y en ese momento a los pibes les sobran jugadores: Cavallo, Menem, López Murphy y siguen las firmas.

El fútbol como metáfora de la historia argentina.

Resultado incierto.

Búsqueda de la liberación definitiva para que las mayorías sean felices o resignación a ver la historia del otro lado del foso o de la alambrada y siempre discutiendo por pavadas, peleándonos entre nosotros y siendo comparsas de minorías.

El fútbol como método de análisis de la realidad.

¿Y ese que habló anoche por la tele, para quién juega, para qué lado patea?.

El fútbol para saber que a pesar de sentir varias derrotas, todavía hay tiempo para pelearla.

Para ganar sobre la hora.

Memoria esperanza

La memoria molesta por partida doble.

Primero porque dice quiénes se enriquecieron a través de la sangre derramada y se convirtieron en los actuales dueños del país.

Y segundo porque es capaz de contagiar sueños colectivos inconclusos.

Pasiones que nutren de horizonte a los muchachos que sobreviven en el presente.

La historia fue contada en Río Negro, Santa Fe, un taller rosarino, en el corazón de Empalme Graneros y en el Normal 2.

En la esquina de San Lorenzo y Dorrego donde funcionaba el Servicio de Informaciones de la ex Jefatura de Policía, en agosto de 1976, se encontraron dos muchachos.

Ella tenía quince años y militaba en la Unión de Estudiantes Secundarios; y él tenía diecisiete y formaba parte de la Juventud Guevarista, del Partido Revolucionario de los Trabajadores.

A los dos los habían mutilado a pura picana. Ellos, los torturadores de la pareja, tenían veintiséis años, según se desprende de los legajos personales de aquellos policías hoy en libertad.

Los chicos se habían enamorado a pesar de sus insondables diferencias políticas.

Y llegaron junto al umbral de la muerte impuesta.

Cuando se sintieron al final de sus vidas, ella le pidió que le regalara como canción de despedida alguna de amor que él supiera.

El muchacho, entonces, empezó a cantar el himno nacional.

Una vez, dos, tres, diez veces.

Cantó por dos horas consecutivas y ninguno de sus mutiladores se animó a cerrarle la boca de un repetido y común puñetazo o puntapié.

El himno en su boca servía de conjuro, de muralla.

Tuvo que venir el más asesino de todos, Agustín Feced, para que con su Magnun descargara la noche eterna sobre los pibes enamorados.

La historia me fue contada por dos de aquellos torturadores y dos sobrevivientes del pozo.

¿Por qué aquellos chicos de quince y diecisiete años eligieron como canción de despedida de sus existencias el himno nacional?.

¿Por qué identificaron como máxima canción de amor aquellas estrofas que hoy parecen decir tan poco a los pibes que atraviesan como pueden ese segmento etario?.

¿Qué sentían aquellos muchachos por el país y por la vida?.

Y he aquí, entonces, la segunda gran molestia que produce la historia: su increíble capacidad de transmitir ideales.

¿Qué pasaría si los actuales habitantes de esa franja de edad se contagiaron de esa profunda convicción de vivir a favor de un proyecto colectivo?.

Ya no serviría tanto discurso individualista y consumista. No tendría sentido ni la autoayuda ni las alabanzas a la formación técnica de los nuevos profesionales.

Interesaría el país como proyecto de amor colectivo y la igualdad aparecería como algo por lo cual pelear todos los días.

Por eso la memoria molesta por partida doble: porque habla de los que ganaron y ganan aún hoy con la sangre derramada y porque transmite ideales en un mundo que parece haberse quedado sin ellos.

Cuando conté esta historia en Viedma, los pibes sintieron que necesitaban saber más sobre lo que hacían muchachos como ellos en los años setenta; cuando lo hice en Santa Fe, cientos de adolescentes terminaron cantando el himno tomados de la mano; y en distintos lugares de Rosario, decenas de estudiantes se emocionaron por un relato que aunque lejano en el tiempo se les mete en el corazón de sus necesidades y angustias del presente.

La memoria será cada vez más molesta.

Cada 24 de marzo profundizará más el conocimiento sobre quiénes colaboraron con el proyecto de hacer un país para pocos, antes, durante y después.

Y también servirá para conocer algo más sobre por qué vivían y cómo vivían aquellos muchachos que en el último momento de sus luminosas existencias elegían entonar el himno nacional como canción de amor de despedida.

Epílogo

Caminan mis hijas por las calles de la ciudad de Rosario.
Victoria y Lucía juegan, saltan, ríen.
De pronto ven a dos chiquitos muy parecidos a ellas.
Tienen entre seis y ocho años, algunos más que ellas.
Revisan la basura, venden pañuelitos descartables.
Victoria y Lucía siguen de la mano, pero están calladas.
-¿Qué hacen esos chicos, papis? - pregunta Victoria, la más grande.
-Quieren ganarse unos pesos para comer - balbuceo.

Esos pibes, iguales a mis hijas, gambetean el hambre en el granero del mundo.
En la ciudad que alguna vez fue la capital de los cereales y rosa crispada siderúrgica y obrera.
Forman parte del país de la carne y las riquezas sin límites.
Pero ellos, los únicos privilegiados, son los primeros perjudicados.

Los que creemos que el amor tiene sentido.
Los que creemos que traer hijas e hijos a la Argentina tiene sentido, debemos hacer algo para cambiar la realidad del país.
No es una tarea para los pibes.
Ya basta de cargarles las espaldas con mochilas tan pesadas.
El patrimonio regalado, los modelos de desarrollo impuestos desde afuera, el genocidio; no fueron responsabilidades de la juventud. Al contrario. Entonces ya basta de transferirle la responsabilidad que nosotros no tuvimos ni quisimos o no pudimos enfrentar para construir el sueño colectivo inconcluso: la segunda y definitiva independencia.
Porque de eso se trata, de llevar adelante el proyecto que viene del fondo de la historia, de la Tierra Sin Mal de los guaraníes al Plan de Operaciones de Belgrano y Moreno.
Hacerlo realidad.
Para que Victoria, Lucía y los pibes de la calle jueguen y sientan que la vida tiene el sabor de un alfajor de chocolate en más de una ocasión.

Por eso es necesario volver a encontrarle el sentido a la vida de los argentinos, recuperar el sueño colectivo inconcluso de los argentinos, su historia política de la esperanza, esa que se continúa en cada uno de nosotros ya no como espectadores, sino como protagonistas.

Para que el futuro sea de todos y no de una minoría cínica.

Para que alguna vez ganemos los que somos más.

Carlos del Frade
Rosario, abril de 2008.

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

BELGRANO, Manuel, "Memorias del consulado", ediciones varias.

BRUSCHERA, Oscar, "Artigas", Librosur, Montevideo, 1969.

CARDENAS, Felipe (H), "Los tres renuncios del general Alvear", Revista Todo es Historia, número 15, Buenos Aires, 1968.

CASCO, Marcos, "La Argentina, un tigre al acecho", Ediciones Corregidor, Buenos Aires, 1996.

CHAVES, Julio, "Castelli, el adalid de mayo", Ediciones Leviatán, Buenos Aires, 1957.

GALASSO, Norberto, "La larga lucha del pueblo argentino", Centro Rosarino de Estudios Argentinos, Rosario, 1987.

GARCIA HAMILTON, José Ignacio, "Don José", Editorial Sudamericana, julio de 2000, Buenos Aires.

GIBELLI, Nicolás, "Crónica argentina", Codex, Buenos Aires, 1968.

HALPERIN DONGHI, Tulio, "Historia contemporánea de América latina", Círculo de Lectores, Bogotá, 1981.

JESUALDO, "Artigas, del vasallaje a la revolución", Editorial Losada, Buenos Aires, 1961.

MITRE, Bartolomé, "Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana", Editorial Anaconda, Buenos Aires, 1950.

MORENO, Mariano, "Plan de Operaciones", Talleres Gráficos Argentinos, Buenos Aires, 1937.

MORENO, Nahuel, "Método de interpretación de la historia argentina", Ediciones Pluma, Buenos Aires, 1975.

N'HAUX, Enrique, "Menem, Cavallo. El poder mediterráneo", Corregidor, Buenos Aires, 1993.

PEÑA, Milcíades, "El paraíso terrateniente", Ediciones Ficha, 1975, Buenos Aires.

RAMOS, Jorge Abelardo, "Historia política del ejército argentino", Colección La Siringa, Peña Lilio Editores, 1959, Buenos Aires.

REVISTA NOTICIAS, número 1.103, febrero de 1998, Buenos Aires.

REVISTA “TODO ES HISTORIA”, número 16, 1968, Buenos Aires.

REYES ABADIE, Washington; BRUSCHERA, Oscar; MELOGNO, Tabaré; “El ciclo artiguista”, Tomo 4, Centro Editor de América Latina, Montevideo, 1968.

ROJAS, Ricardo, “El Santo de la Espada”, Eudeba, Buenos Aires, 1970.

SEJEAN, Juan Bautista, “San Martín y la tercera invasión inglesa”, Editorial Biblos, 1997, Buenos Aires.

SEJEAN, Juan Bautista, “Prohibido discutir sobre San Martín”, Editorial Biblos, 2000, Buenos Aires.

SUPLEMENTO “ZONA”, Diario Clarín, 16 de julio de 2000, Buenos Aires.

TERRAGNO, Rodolfo, “Maitland & San Martín”, Universidad Nacional de Quilmes, 1998, Buenos Aires.

VARELA, Luis y ZICOLILLO, Jorge, “Un Domingo en el purgatorio”, BEAS Ediciones, Buenos Aires, 1992.

VERBITSKY, Horacio, “Rodolfo Walsh y la prensa clandestina”, Ediciones de la Urraca, Buenos Aires, 1985.

WEINBERG, Gregorio, “Espistolario belgraniano”, Taurus, Buenos Aires, 2001.